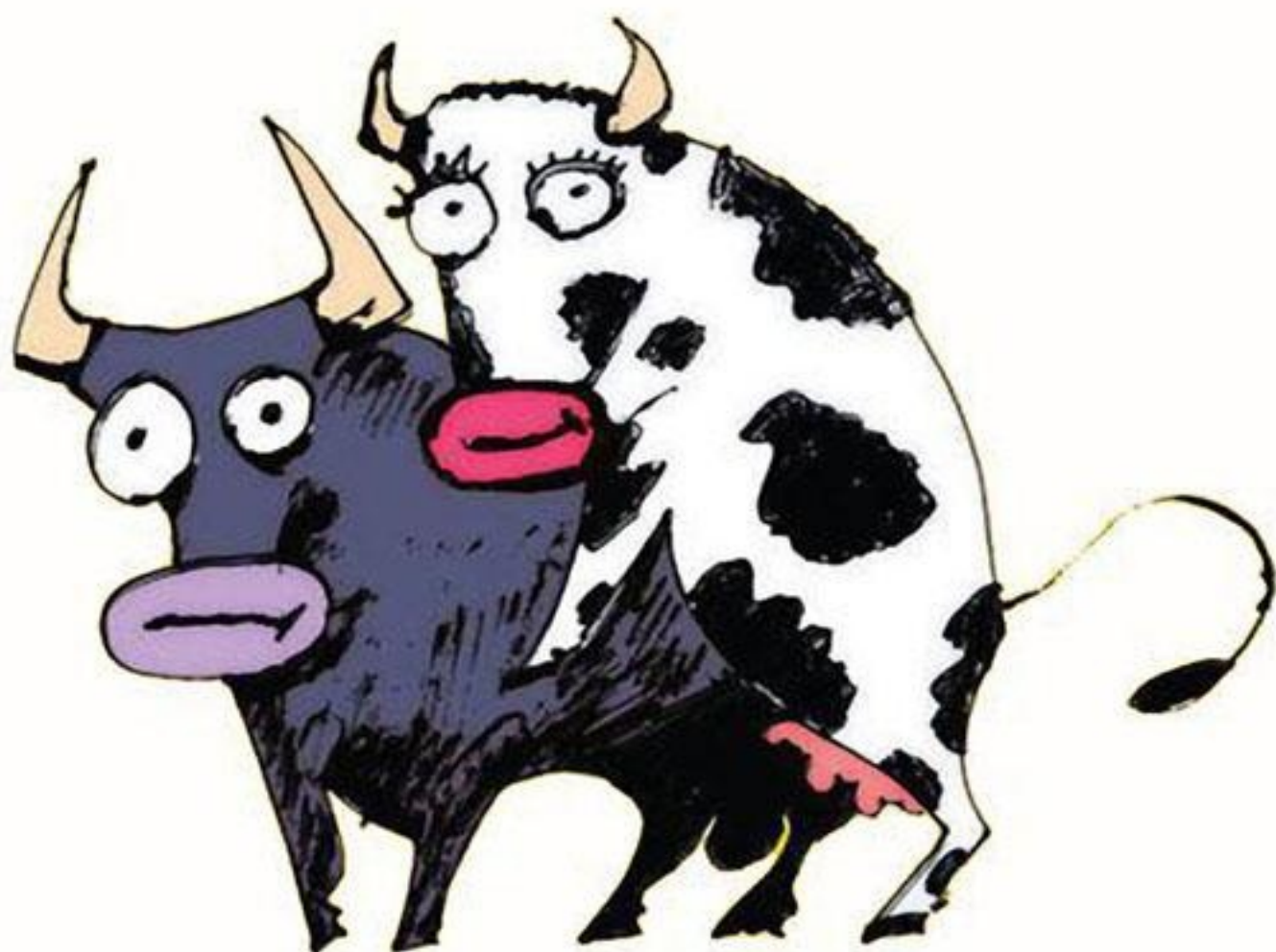




ESPAÑA
DECÍ ALPISTE
HERNÁN
CASCIARI

Después de la crisis de 2001, una nueva camada de argentinos desembarcó en España. Fueron muchos, estaban muertos de hambre, eran profesionales de clase media y tenían un afán secreto: corromper la cultura ibérica hasta desestabilizarla. Entre sus objetivos a corto plazo se destacaban: contaminar la gastronomía peninsular, seducir a la mujer española, ocupar puestos directivos, posicionar a sus artistas, imponer sobremesas filosóficas, masificar el consumo de dulce de leche, obligar a los hinchas de fútbol a entonar cantitos con argumento, educar al carnicero en el corte paralelo al nervio, dar protagonismo a sus actores en la tele y, sobre todo, invadir las guarderías españolas de chicos con apellidos terminados con la letra «i». Con un nada desdeñable empeño, lo consiguieron en menos de una década.

España, decí alpiste es una lectura obligada tanto para quienes quieran conocer las aventuras de nuestros compatriotas en el exterior como para los que piensan emigrar. Además de vivir esta historia en primera persona, Hernán Casciari es una de las voces más destacadas de las nuevas letras locales. Con su certera capacidad de narrar nos revela la verdadera historia de la mayor plaga que sigue asolando a la península ibérica, y también nos ofrece una crónica despiadada sobre los esfuerzos de una reconquista triunfal.

Lectulandia

Hernán Casciari

España, decí alpiste

ePub r1.0

lenny 25.07.13

Título original: *España, decí alpiste*

Hernán Casciari, 2007

Editor digital: lenny

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Pepita y José Antonio,
que siempre tienen chimichurri en la heladera.

Para Adriana y Paco,
que jamás se olvidan de dónde vinieron ni dónde están.

Para Ana y Xavi,
que toman mate con miel y me hacen sentir en casa.

Prólogo

España, decí alpiste

Empezamos de a poco y en silencio a corroerte, España. Primero llegaron ellas, nuestras indestructibles Hormigas Negras, macizas, hijas de puta, y te alteraron el ecosistema peninsular. Después te mandamos a King África, para reventarte directamente el cerebro. Y entonces, calladitos la boca, llegamos nosotros, los argentinos. Nos colamos en tus bares, en tus calles, y les dijimos a tus carniceros cómo se corta la carne. El tiempo siempre estuvo de nuestro lado, España: era cuestión de esperar a que vos cambiaras, no nosotros. La especie más fuerte es la que sobrevive. Siempre.

Al principio, como si te hubieran puesto delante de la puerta un inofensivo caballo de Troya, no olfateaste el peligro que representábamos para tu cultura ancestral. Somos una plaga simpaticona, eso es cierto; a primera vista no te dimos problemas, como los marroquíes; ni asaltamos tus coches en la carretera, como los peruanos; ni asesinamos a tu esposa e hijos, como los inmigrantes del Este. Al principio te sentiste segura con nosotros, España; bajaste los brazos. Y ahí fue donde nos hicimos fuertes.

Paulatinamente empezaste a sentir cierto temor. No solamente nos quedábamos con tus mujeres, también comenzamos a quedarnos con los empleos cualificados de tus hijos y cuñados. Por tus calles, antaño, circulaba el viejo chiste: «el mejor negocio, comprar un argentino por lo que vale y venderlo por lo que cree valer». Ahora por tus calles circula otro chascarrillo, más punzante, que no te hace tanta gracia: «No le des empleo a un argentino, porque en seis meses será tu jefe».

Ay, España, España... Hay que estar más atenta, m'hija. ¿No notaste que tus hijos, al ver a una mujer guapa, empezaban a decir «pibón»? ¿No relacionaste que esa palabra viene del lunfardo «piba»? ¿No oíste a tu juventud empezar a decir «guita» en lugar de «pelas»? Así empiezan las colonizaciones: desde los arrabales. Me extraña España, que siendo mosca no nos conozcas.

Después te mandamos a Darín envuelto para regalo, y tus mujeres empezaron a acartonar la medibacha. Cada verano, puntualmente, les damos a tus hijos una dosis de Daniela Cardone, para que se hagan la paja con carne argentina.

Nuestros triunfos han sido imperceptibles a tus ojos. Pero nosotros los festejábamos saltando de alegría en los sofás y tirando papelitos. Sabemos cuándo una publicidad de tu tele se hizo en Buenos Aires, sabemos cuándo un guionista es argentino. Hace un mes, cuando tu televisión comenzó a pasar —sin siquiera doblarlo— el spot de mayonesa Calvé, supimos que habías perdido otra batalla.

La guerra ha sido lenta, y vos también presentabas pelea: no nos dabas los alimentos básicos, España. Esa fue siempre tu estrategia. Sabés muy bien que no podemos vivir a arroz y pescado, que nos moriríamos si sólo probáramos el cocido, el

pan con tomate, y los pinchos. Y vos nos dabas eso para comer. Nos dolía; sangrábamos en silencio.

No hay una puta cosa en tus panaderías que tenga dulce de leche. No sos amiga de lo dulce, España. Al hojaldre lo rellenas de atún. Al bizcochuelo de chocolate le metés... ¡chocolate líquido! Tu escasez peninsular de dulce de leche casi nos hace desistir e irnos, casi nos hace claudicar. Lo confesamos.

Pero somos como las hormigas negras; somos feroces y creativos. Entonces descubrimos que si comprábamos leche condensada y la hervíamos (con lata y todo) durante cuatro horas, teníamos un sustituto que nos daba fuerza. No era Chimbote, pero podíamos seguir respirando. Y así tuvimos, durante un tiempo, dulce de leche para seguir corroyéndonos las entrañas, España.

Creció entonces la venta de leche condensada en toda la península ibérica. Un doscientos treinta por ciento. La empresa «La Lechera» volvió a tener ganancias netas después de catorce años. Pero para nosotros la lucha continuaba sin cuartel. El dulce de leche es nuestra gasolina, y no podíamos esperar cuatro horas para zamparnos una cucharada y seguir peleando por lo nuestro. Eran muchas horas, y además las ollas se nos oxidaban.

Estuvimos a punto de irnos, España. En serio. Estuvimos a esto de dejarte en paz con tus paellas y tus corridas de toros. Hace un año nos juntamos todos en la clandestinidad: las hormigas negras, Daniela Cardone, Calamaro, todos nosotros. Votamos. Y por una pequeña mayoría decidimos aguantar un poco más.

Por eso ahora estamos felices. Porque ayer, España, caíste por fin rendida. Ayer la raza más fuerte se puso en pie, en toda su fantástica altura. Te puede el capitalismo, España, te puede el dinero. La empresa «La Lechera», al ver que el consumo de leche condensada había crecido gracias a nosotros, sacó por fin esto al mercado:



Dulce de leche español. Con un envase demasiado concheto, un práctico tapón anti-goteo y un cartelón que reza «¡Nuevo!» en el envase. Y además es rico.

¡Ay, España, ahora empezá a correr! No sólo nos das combustible ilimitado para acabar con tus ruinas, sino que además lo envasás con pico antigoteo. Ahora sí que no nos vamos más. Vamos a cogernos a tus mujeres con doble ímpetu y ellas parirán hijos españoles que tomarán mate día y noche. Sí, sí, España, oíste bien: todos tus nuevos hijos tendrán apellidos que terminen con «i».

Ahora no, porque ahora ni siquiera te diste cuenta de que has perdido la batalla final. Ahora no, España. Pero dentro de muchos años, cuando desde Cataluña a Andalucía, desde Cantabria hasta Melilla, todo el mundo diga remera en vez de camiseta, cuando el presidente de la Real Academia se cambie el apellido por vergüenza, ese día, España, mirarás para atrás y descubrirás que la debacle de tu pueblo comenzó la mañana de verano que se puso a la venta el dulce de leche «La Lechera». Y ese día fue ayer, 28 de julio de 2005.

Feliz día de la independendia, España. Perdiste.

I

Las costumbres

Cagar leyendo, un placer rioplatense

Cuando vivía en países serios con bidet, yo leía mucho en el baño mientras cagaba. En esos tiempos nunca supe si leía porque me venían ganas de cagar, o si cagaba porque me entraban irreprimibles deseos de leer. Posiblemente mi cuerpo, aún en formación, debió aprender a desarrollar ambas urgencias a la vez. El asunto es que yo era feliz cagando y leyendo. Y hubiera seguido así, alegremente por la vida, pero hace cinco años me vine a vivir a España, un país sin bidet, y desde entonces leer literatura se ha convertido en un suplicio.

Con mi amigo el Chiri, desde muy jóvenes, intercambiábamos pareceres sobre el rito de cagar leyendo. Había dos problemas capitales: 1) que se te durmieran las piernas (es un momento dolorosísimo en el que hay que permanecer inmóvil, de pie frente al espejo, durante largos minutos de angustia); y 2) que se te reseca la mierda en el culo por culpa del tiempo transcurrido entre la cagada inicial y el final del libro. El Chiri me descubrió una tarde que había que sacarse los pantalones por completo para cagar —no sólo bajarlos a la altura de los talones— a fin de neutralizar la parálisis:

—La falta de libertad de los tobillos, Jorgito, —me dijo mi amigo durante un recreo de tercer año— es lo que nos provoca el posterior hormigueo.

—¿Vos ya lo probaste, Chiri?

—Lo vengo haciendo desde el lunes, y ya casi estoy terminando el Adán Buenosayres. En dos cagos más lo liquido.

El segundo problema (la sequedad de la mierda en el ano) era más grave, pero lo solucionamos con el chorro de agua caliente del bidet, artefacto que hasta entonces era dominio de madres y hermanas. Primero había que limpiarse el culo con papel, como cualquier hijo de vecino, después pasarse un rato al bidet y darle un rato al chorro con movimientos de cadera circulares (incluso en el bidet se podían releer algunos párrafos felices del libro), y por último secarse otra vez con papel. El culo quedaba como si nunca hubiéramos cagado en la vida. Una vez que le encontramos la vuelta a ese par de problemas técnicos, leer y cagar fue un placer que nos acompañó desde los quince años.

Todo iba bien, hasta que a los treinta tuve la maldita ocurrencia de cruzar el Atlántico. Aquí en Europa los bidet no sirven para limpiarse el culo pues carecen del chorro invertido de agua caliente; por lo tanto no conviene enfrascarse en la lectura amena del baño porque, al segundo capítulo nomás, se te reseca la mierda en las paredes del esfínter y no te la sacás ni con espátula.



En la imagen pequeña, un bidet español: inútil completamente. En la imagen grande, el imprescindible bidet argentino con chorro invertido de agua caliente.

Durante mis primeras temporadas en el exilio opté por un recurso intermedio: primero cagaba, me limpiaba y tiraba la cadena; y después seguía leyendo tranquilamente sentado en el inodoro, intentando engañar al cerebro. Lo malo es que también lograba engañar al intestino, que al verse otra vez en posición de combate, reiniciaba el proceso y volvía a cagar soretitos más modestos, pero igualmente molestos. Yo no sé si el cuerpo humano es estúpido o se hace, pero yo he descubierto que el aparato digestivo trabaja por sugestión. Uno caga siempre, incluso sin ganas, cuando se sienta en el inodoro. Es cuestión de tiempo.

Más tarde opté por llevarme al baño toallitas mojadas de papel. El objetivo era cagar y mantenerse una horita sin hacer nada, leyendo tranquilamente, y después tener algo húmedo a mano para dejar pulcra la cavidad. El truco funcionó en las estaciones estivales, pero cuando llegó el invierno, que acá es crudo, volví a extrañar el chorro caliente del bidet, la cascada de agua hirviendo que antaño me devolvía la temperatura del cuerpo y que, además de rasquetearte el ano hasta dejarlo lustroso, te generaba esa duda tan ambigua de no saber si eras friolento o si eras maricón. En conclusión: las toallitas mojadas y heladas tampoco servían.

El siguiente paso, temerario, fue el de cagar, leer y después meterme directamente a la ducha para pegarme una buena enjuagada completa, pero resultó que los libros (máxime los de la editorial Seix Barral) se me deshacían mucho con el vapor. La solución, en este caso, hubiera sido salir del baño y dejar el libro en otra parte antes de ducharme, pero el objetivo de este ritual es hacer todo sin abrir la puerta, sinó no tiene joda. Así que más o menos en 2003 ya no sabía qué carajo hacer con mi vida.

Hubo un último manotazo de ahogado que no prosperó. Fue cuando le pedí a Cristina si no me hacía la gauchada de conectar la manguera al agua caliente de la

cocina y cuando yo, en cuatro patas, dijera «¡aura!», me manguereara un poco, poniendo el dedo gordo en la boca de escape para que saliera el agua filosa. Pero así como acá no hay bidet en los baños, tampoco hay desagüe en las casas, por lo que la primera y única vez que Cris accedió a manguerearme fue un enchastre. Además, el verme en posición perrito la traumatizó un poco a nivel emocional:

—Si quieres que siga apostando por este matrimonio —me dijo muy seria— deja de pedirme estas cosas.

Durante el invierno de 2003 casi no leí. Fue una época borrosa, anodina, sin grandes revelaciones intelectuales. Además, cagaba muchas veces al día y sin la pasión lúdica que caracterizaba mis deposiciones; tiraba la cadena enseguida y salía del baño tan ignorante como había entrado. Más que el cago de un joven escritor lo mío parecía el meo de una señora jubilada. Y eso, obviamente, repercutía en el resto de mis actividades cotidianas: un hombre que se la pasa cagando y no lee nunca, más que un hombre es un concejal peronista. Me sentía muy triste.

Entonces, por pura casualidad, descubrí el «Barbarella». Este bar es como todos los bares de Barcelona, pero en el baño de mujeres hay, olvidado y funcionando, un bidet argentino. La primera vez que entré al baño del Barbarella me equivoqué de puertita —cada noche agradezco a Dios la existencia de esos carteles tan ambiguos que ponen en los baños—; las siguientes veces, en cambio, me hice el equivocado para poder cagar allí.

Ya hace un año que frecuento el Barbarella todas las tardes, con una mochila llena de libros. Me pido un poleo menta que rara vez bebo, y a los diez minutos me meto al baño de mujeres. Como la lectura suele llevarme una horita diaria, cada tanto el picaporte se mueve en falso (las mujeres siempre quieren mear, no sé por qué), o alguien golpea la puerta pidiendo paso, y entonces yo debo poner la voz finita y decir:

—¡Està ocupat! —porque, ya que me finjo señora, lo mejor es fingirme señora catalana.

El dueño del Barbarella es un gordo pelado que se llama Enric, y que nunca en la vida me ha preguntado nada. Ni porqué me equivoco de baño, ni porqué tardo tanto, ni porqué hablo con voz de mujer una vez dentro, ni porqué nunca me bebo el poleo menta ni, mucho menos, porqué le dejo siempre propinas tan extraordinarias. El pelado Enric es un amigo silencioso y sabio, que ha de pensar de mí cosas horribles, pero que jamás ha dejado de decirme «adéu, fins demà», cada vez que salgo de su bar un poco más liviano y un poco más leído.

El «Barbarella» está en la esquina de Travessera de Gràcia y Torrijos; apunto la dirección exacta por si hay otros lectores argentinos viviendo en Barcelona que tampoco pueden cagar y leer en sus casas. El baño está muy bueno, tenemos desodorante de ambiente y toallitas de papel gratis. El poleo menta sale un euro. Los

libros, obviamente, hay que traerlos desde casa.

Quedan todos invitados a cagar y a leer en este bar del barrio de Gràcia. No estaría mal que, de a poco, vayamos convirtiendo el sitio en un café-literario con bidet. Eso sí: de cuatro a cinco de la tarde, el baño de mujeres del Barbarella está ocupado por el socio fundador.

El tipo aburrido de la mesa del fondo

En las fiestas de casamiento yo soy el que se queda solo, sentado a un costado de la mesa, mientras los demás bailan fingiendo que son un trencito. Yo soy ése porque en la vida hay roles que debemos cumplir. Alguien debe ser el borracho que da vergüenza ajena, y alguien tiene que ser la yegua omnipresente con el vestido rojo, y alguien tiene que ser el novio, y alguien tiene que ser la bisabuela que fuma, y alguien tiene que ser un primo que vino desde Boston especialmente a la boda. Yo soy el aburrido de la mesa del fondo. Y no me quejo.

En realidad sí me quejo, pero no en ese momento, sino cuando me llega la invitación, unas semanas antes. En general mi vida es tranquila, previsible y cómoda. También solitaria. La llegada de una invitación indeclinable a lo que sea funciona en mi cabeza como si me echaran encima una bolsa de mierda. Me tambalea cualquier invitación. Pero las que tienen que ver con una fiesta, y de casamiento, me desmoronan.

Hay personas que tenemos una enorme dependencia del futuro inmediato, que vivimos gracias a la certeza de que ocurrirán pequeñas maravillas en poco tiempo. Por ejemplo: yo sé que en menos de once meses hay un Mundial, y muchas veces me levanto de la cama sólo por eso. O porque mi hija en cualquier momento conversará conmigo. Son detalles luminosos. Tener que ir a una fiesta de casamiento dentro de dos semanas me predispone en sentido contrario. Me amarga la vida, la llena de tormenta.

No me preocupa la idea de conseguir un traje, ni de tener que hacer un regalo. Ni siquiera pienso en eso porque ya alguien lo hará por mí. Me agobia saber que tendré que estar allí esas cuatro horas. Es únicamente eso: la sensación de pánico que me produce ver tan de cerca al ser humano convertido en trencito.

Intentaré ser claro: las tres deformaciones humanas que más miedo me dan en todo el mundo son los borrachos que te agarran, la gente grande que te cuenta chistes y los parientes lejanos.

Las fiestas de casamiento son un lugar en el que, por alguna razón misteriosa, se juntan estos tópicos nefastos. Incluso tengo un tío segundo que, él solito, cumple los tres roles maléficos de ser borracho, sospecharse gracioso y llevar mi ADN, todo al mismo tiempo.

Después de días de masticar la impotencia de tener que ir, cuando finalmente llego a la fiesta toda mi angustia se desvanece. Como dije, funciono a base de futuros felices. Y una vez que estoy ahí, con un traje horrible, con una sonrisa falsa, descubro que al día siguiente todo habrá pasado y volveré a mi vida de serenidad. Eso me alivia mucho, y desarrollo mi rol con cierta dignidad apresurada.

Mi rol en los casamientos, como dije al principio, es convertirme inmediatamente

en el aburrido de la fiesta. Esto consiste, principalmente, en no reírle los chistes a nadie, en no emborracharme, en no participar en las conversaciones masculinas que giran en torno a cogerse una prima de la novia, y en no bailar ni a punta de pistola. También consiste en mirar con los párpados entrecerrados los ritos que ocurren a cada hora: el vals, la liga, la torta, el ramo, el saca la mano antonio, el cuñado gracioso y la invitación a tomar merca de un tipo que en la vida diurna te parecía respetable. Yo nada. Impertérrito. Mi función consiste en fingir que no estoy allí.

Como todo el mundo sabe, cada rol tiene un antagonista. Por ejemplo: la señorita que ocupa el rol «yegua omnipresente con vestido rojo», que por lo general es una separada joven que, mires para donde mires, la ves bailando; tiene su antagonista en el tipo grande que cumple el rol de «baboso con corbata en la cabeza que se sospecha inmortal» y que está siempre con un vaso de whisky porque asegura que le ha pagado al mozo para que le sirva del bueno.

Por tanto, y al igual que en la dramaturgia clásica, hay roles pasivos y roles activos. La yegua de rojo y yo somos pasivos: estamos ahí para ser vistos y que los demás no intuyan que falta algo. Los roles activos, en cambio, están en las fiestas para ser sentidos y padecidos.

El baboso es un antagonista activo y debe molestar a la yegua. Está escrito. Su consigna secreta, su tarjetita del TEG, dice: «Ocupá seis países de Asia o cogéte a la de rojo en un ligustro». Y el baboso con corbata en la cabeza va hacia donde lo manda el instinto natural.

Yo también tengo un antagonista activo, y lo digo con pesar. Se trata de la simpaticona medio borracha que quiere sacar a bailar al aburrido. Ésa es su consigna en la fiesta. Sacarme a bailar; a toda costa.

Las chicas que cumplen el rol de «simpaticonas» no tienen ganas de bailar conmigo, ni de bailar a secas: ellas lo que quieren es convertirse en la que logró un imposible a base de simpatía. La simpaticona quiere demostrarle al mundo que yo no bailé con la yegua, ni con la novia, ni con nadie más que con ella. Y usará todas sus armas, que en general son siempre las tetas y su premeditado vaivén, para conseguirlo.

No habrá excusa válida, no habrá argumento lógico, no habrá nada que la detenga durante toda la reputísima noche. La chica que quiere sacarte a bailar es capaz de sacrificar su orgullo, es capaz de malgastar cuatro horas de su vida diciendo la palabra «dale», con tal de hacerte la vida imposible.

Debo decir, con cierta vanidad, que hasta el día de hoy ninguna simpaticona lo ha logrado. Y conste que en ocasiones simpaticona y yegua conviven dentro de un mismo cuerpo físico. Pero mi voluntad en los casamientos es de hierro; es lo que tengo. Nunca he bailado. Nunca he sonreído. Sólo he fumado como un escuerzo, he bebido coca-cola y he mirado el reloj hasta que alguien me ha dicho la frase redentora:

«Voy para el centro, si querés te acerco».

Otro antagonista directo de mi rol es el «denso al que todo el mundo le escapa». Este papel infame suelen desarrollarlo mucho los cuñados, los funcionarios administrativos y los maridos cornudos. Son tipos normales hasta que promedia la cena, pero se conoce que el vino tinto los desquicia. Una vez que el tipo descubre que nadie más le ríe los chistes, y que por donde él pasa se hace un hueco, ve en el fondo del salón a la única presa sentada. Soy yo. Entonces viene, se invita, y empieza.

El denso generalmente está erecto. Me cuenta chistes sexuales, me saca un cigarro del paquete, me pega palmadas amistosas. Yo aprieto los dientes y miro la hora, porque sé que falta poco para que la simpaticona vuelva a intentar llevarme al baile. Es lo que llamo, en términos científicos, «simplificación de antagonistas».

Cuando llega la simpaticona y yo le digo que no por enésima vez, el denso erecto borracho le enfoca las tetas vaivén, le dice groserías de albañil en hora punta y me la espanta. Una vez que la simpaticona se ha ido, miro al baboso como si fuéramos amigos de toda la vida y pronuncio la frase salvadora: «Esa mina está con vos, ¿viste cómo te miraba?», y entonces él también se va a buscarla, y así los dos antagonistas naturales me dejan por fin solo, con mi sufrimiento ancestral. Sé muchísimos trucos como ése.

Y también hay muchos otros roles. Y todo el mundo tiene su antagonista pasivo o activo. Y podría seguir hasta que me caiga desmayado de dolor. Pero yo creo que, en el fondo, no elegimos estos papeles secundarios, sino que nos vienen de fábrica. Incluso el rol «novio» y el rol «novia» forman parte de un staff de personajes involuntarios. Incluso el rol «discjokey». Todos.

Están allí, riendo, y ya son casi las cinco de la mañana... Siguen haciendo el trencito, beben, gritan, sospechan que se divierten. Cientos de personas oyendo una música que jamás pondrían en su propio tocadisco, bailando de una manera que no tiene gollete, brindando por cosas que no son la verdad.

Todos ellos, y yo también, estamos allí componiendo la coreografía del caos. Tenemos un mandato y lo cumplimos. A la yegua le ha tocado sacar a pasear un lomo, al consuegro le ha sido dada un chaleco enorme con reloj de oro, a los niños los han vestido idénticos y les han dicho troten alrededor de las mesas pegando alaridos, a una gorda le han dicho que llore porque no ha conseguido el ramo, a un morocho le han dicho vos poné el toque étnico, a un tarado le han propuesto que no lleve traje sino vaqueros para demostrar algo... Y a mí me dijeron andá a ese casamiento que necesitamos un aburrido; andá, sentate al fondo y pensá con resignación en quiénes somos y por qué vivimos.

Y no me quejo, porque alguien tiene que hacerlo: la vida sería un disparate si todos, absolutamente todos, fingiéramos al mismo tiempo que somos un trencito de imbéciles bailando la conga; si nadie se quedara quieto en la oscuridad, con gesto

incrédulo, sintiendo fascinación por la condición humana.

La pluma, el Chimbote y la palabra

Cuando Cristina no me ve, cuando se descuida, cuando baja la guardia o se duerme, unto el chupete de Nina en un tarro de dulce de leche Chimbote, y se lo pongo en la boca con gesto conspirativo. Entonces espero que mi hija deguste el manjar, que se le dilaten las pupilas, que haga esta especie de sonrisa triunfal y que se llene de genuina argentinidad.

—¡El pediatra ha dicho que solamente leche! —se queja la madre cada vez que descubre a su hija con la trompa marrón—. ¡Que le van a salir parásitos, gilipollas!

—Pero son parásitos argentinos —le discuto—, que no le hacen mal a nadie.

Ella, la madre, juega con ventaja: tiene el contexto de su lado y casi no debe hacer esfuerzos para que su hija se empape de cultura catalana. Prende la tele y salen los Teletubbies diciendo «una abaçaaada», por ejemplo. Vienen los abuelos y le dicen cosas con equis. Sale a la calle y los carteles están en ese idioma tan raro.

—Nos tendríamos que ir a vivir a un país neutral —le dije un día a la madre—. Viviendo acá ganás vos seguro. Nos tendríamos que ir a Chipre. A ver quién gana.

—Esto no es un partido de fútbol —me discute ella—. Además la niña «es» catalana, viva donde viva.

—¡Una mierda! —me retobo—. Es argentina, haya nacido donde haya nacido. Si fuera catalana no sería tan linda.

Aunque lucho a brazo partido, sé que tengo todas las de perder. Me cago en el contexto. Yo tengo que hacer malabares para darle el otro cincuenta por ciento de sangre a la criatura. Ya probé también de darle mate frío, para que empiece a descubrir los placeres de la vida, pero parece que los bebés de cuatro meses no entienden el tema de chupar cosas metálicas. El sistema del dulce de leche, en cambio, funcionaba muy bien.

Yo hubiera seguido con la Estrategia Chimbote, pero Cristina me amenazó: si yo continuaba en esa tesitura de ganarme la nacionalidad de Nina a través de los sabores, ella iba a empezar a ponerle crema catalana en la mamadera, y que al final no íbamos a tener ni una hija autóctona ni una hija argentina, sinó más bien una nena obesa. Entonces firmamos la primera tregua y, de mutuo acuerdo, desde el seis de agosto dejamos de sobornarla con gastronomía regional.

La batalla, en cambio, sigue viva. Ahora, que empezaron los Juegos Olímpicos, la guerra fría ha pasado al terreno de los símbolos patrios:

—Mirá, Nina —le digo—, esos chicos tan lindos que le están haciendo seis goles a Serbia somos nosotros: los argentinos —y me pego fuerte en el pecho, para que le quede claro.

—¿Ese es bonito? —ironiza Cristina, señalando a Tévez.

—Ese no es argentino, Nina. Ese es de Boca. Caca. Feo.

Nina mira la pantalla, y luego a nosotros. Procesa datos.

—¿Ves hija? —vuelvo a la carga yo, señalándole la tele—. Ésos de rojo y amarillo son los únicos de Europa que no ganaron ninguna medalla. Gallegos. Caca. Feo.

—Ésos son españoles, Nina —le dice la madre, mostrándole fotos de Barcelona '92—: y nosotras somos catalanas. No te preocupes.

Entonces yo arremeto:

—¿Ves, mi amor? Esos que no aparecen por ningún lado, porque la Comisión Olímpica dice que ni siquiera son un país, tampoco ganaron ninguna medalla. Catalanes. Caca. Feo.

Y así podemos estar toda la tarde, mientras Nina nos mira seriecita, sopesando todas las posibilidades de nacionalización.

Pero desde que leímos en un libro sobre bebés que en cualquier momento la criatura se larga a hablar, el epicentro de la contienda bélica tiene una nueva baza, un flamante botín que no estamos dispuestos a perder: la primera palabra de nuestra hija.

Cuando la Nina abra la boca y diga su primer sustantivo, estará eligiendo el idioma que más le gusta. Y ambos padres sabemos que si empieza en nuestra lengua, tendremos la mitad de la batalla ganada. Por eso estamos permanentemente diciéndole cosas, para seducirla:

—Hi havia una vegada, una serp que es deia Mixi —le dice Cris, poniendo voz seductora—. Mixi era tant petita, però tant petita, que semblava un cuquet.

—¿Cómo le vas a contar cosas de serpientes, mala madre? —la interrumpo, y se la arranco de los brazos—. Las serpientes son malas, Nina. Caca. Feo —le digo a la criatura, que me mira con los ojos enormes—; las buenas son las tortugas. Sobre todo una que se llamaba Manuelita y que vivía en Pehuajó.

Pero Cristina no se rinde:

—¡Mixi estava molt contenta de ser com era! —grita, intentando tapar mi cuento—. ¡Tot i ser diferent de les altres serps!

—¡¡Nadie sabe bien por qué —me desgañito yo—, a París ella se fue!!

—¡¡Era molt feliç al bosc, excepte els dies que plovia, gilipolles!!

—¡¡Un poquito caminando y otro poquitito a pie, pelotuda!!

Cuando Nina empieza a asustarse con nuestros gritos y llora, nos quedamos los dos padres frente a frente, en el comedor, con la garganta reseca, mirándonos con odio, y entonces pactamos una nueva tregua de no agresión.

Pero los dos sabemos que la guerra no termina nunca, que el enemigo está en todas partes, que hay que dormir con un ojo abierto. Nuestra casa, de un tiempo a esta parte, se ha convertido en tierra iraquí. Y nuestra hija es el pozo petrolero.

—Jo solament vull que creixi amb salut —me dice Cris, llena de rabia, tomando litros de café para no claudicar.

—Es lo que yo digo —asiento, con los ojos muertos de cansancio y las manos temblorosas—: lo importante es que sea sanita.

Hace días que no dormimos, temiendo que —si nos gana el sueño— el otro aproveche para lavarle el cerebro a la criatura.

Ser una familia, muchas veces, nos resulta terriblemente desgastante.

Guillotina tiene nombre de mujer

Hay palabras que suenan a lo que son («agua», sin ir más lejos), y otras a las que hay que ponerle voluntad. Por ejemplo «horchata». En mi barrio la gente toma horchata, y en verano me quieren convidar. ¡Ni en pedo! Esa bebida suena a concha sucia; tranquilamente podés decirle a una vieja: «¡andá a lavarte la horchata!», y te quedás relajadísimo.

Yo en esta vida tengo tres prejuicios: Brasil, las motos grandes y las berenjenas. Nunca pisé Brasil (incluso una vez lo tuve que esquivar seis días, para llegar a Guyana) porque creo que si voy, me vuelvo con el sida. Nunca me subí a una moto grande, porque si me subo creo que me mato. Y jamás en la vida comí berenjenas, porque no me gusta el nombre. Tiene feo gusto.

Y es que el tema de los nombres de las cosas, aunque no parezca, es fundamental. Sobre todo cuando hablamos de la comida y de las mujeres, que son las cosas que uno más consume.

Uno se puede acostar, medio borracho, con una señorita muy fea, siempre y cuando no se llame Berta o Marta. Es humillante despertar con alguien al lado que se llame Berta, o que se llame Marta, o cualquier otra cosa que dé sensación de tía. Es como haber fracasado en la vida, como ser viejo a los treinta, como haber perdido el tren de las Sofías, las Danielas y las Valerias.

(Yo lo siento en el alma si detrás de algún nick hay una lectora que se llame Berta o Marta. Si por desgracia existe, le pido disculpas, pero que vaya sabiendo que jamás cogería con ella. Por lo menos gratis.)

Con la comida es lo mismo. Yo no entiendo cómo hay gente que puede comer berenjenas en escabeche. Se están comiendo una enfermedad de la edad media (Luis XV murió en 1698 de unas berenjenas fulminantes) en una salsa hecha con un payaso de los setenta (¡con ustedeees... el gran Escabeche y su inseparable Chimichurri!). A veces la gente come sin pensar, por eso hay tanto niño obeso.

El picaporte es otra palabra infame que no tiene nada que ver con lo que nombra. Ocurre que uno ya nació con el sustantivo incorporado, pero si te ponés a pensar, picaporte suena a instrumento de tortura: garrote vil, silla eléctrica, picaporte y guillotina. Queda muy bien metido ahí. En cambio el instrumento para cerrar puertas y ventanas se tendrían que llamar más fácil.

Y ya que estamos: guillotina queda mejor como nombre de esposa concheta — Guillotina Pérez Davobe acaba de dar a luz a su primogénito, ¡enhorabuena, Guillotina!— que como lo que es, que obviamente debería ser «sacamarote».

Los alemanes la tienen muy clara en ese sentido. Son capaces de encadenarte seis o siete palabras sin poner espacios. Para ellos, ley de modificaciones para la regulación de prescripción de calmantes se dice

betäbungsmittelveordnungsänderungsgesetz. ¡Son unos genios! La desventaja es que no respiran mucho cuando hablan, por eso tienen el cogote colorado. Pero sacando esa mínima desventaja, la idea es muy útil.

En castellano tenemos una palabra medio alemana —«correveidile»— que está formada por tres imperativos y un nexo coordinante. Pero tendríamos que tener más vocablos que escondan la definición en sí mismos (por ejemplo «cosaquemata» o «guardaelpozo»), sinó estaremos condenados a revisar el diccionario hasta el fin de los días.

En muchos países se usa tomacorriente en lugar de enchufe, que debería no existir. ¡Perfecto! Y hay una clase de asquerosidad que te sale en la cara que en todos lados se llama acné (que parece el apellido de un poeta francés del XIX), y que en Argentina (un país sin futuro pero muy práctico) le decimos «pornoco» —contricción de «por-no-coger»—, que además de ser un vocablo mucho más divertido, cumple la función de explicarte por qué nos aparecen esos granos ominosos.

¿Será muy difícil mandar a la mierda a todas las palabras que no tienen nada que ver con su significante, y empezar a hacer como los yanquis, que a «deténgase por el amor de dios» le dicen «stop»? ¿O como los chinos, que en vez de escribir juegan al pictionary? ¿O como los ya mencionados alemanes, que nodejanespacioperosëentienden? ¿Será muy difícil dejar de fingir solemnidad académica y empezar a hacer collage, como el resto del mundo?

Yo creo que el problema del castellano es que las reglas las inventan unos viejos chotos, unos gerontes tristes y con pocas ganas de jugar. Gente, además, que lee mucho pero que habla poco, y que de tanto leer no sale a la vereda a ver qué pasa, ni a escuchar de qué blabla la mareja. Si al mataburro lo escribiéramos nosotros, los calleparlantes, otro gallo corococó, sin lugar a humm.

Un asadito, por el amor de dios

Cuando uno llega a España no entiende muchas costumbres, pero creo que la más terrible (por encima del terrorismo y el tamaño ridículo de los yogures) es por qué insisten en descuartizar a la vaca muerta sin pedir consejos. ¿Por qué reinciden en el corte transversal paralelo al nervio, si ya saben que así no es? ¿Por qué el carnicero finge no saber qué significa «colita de cuadril» cuando es obvio que sí lo sabe, y pone cara fastidio cuando un cliente, nacido en un país ganadero y democrático, le pide un kilo?

«Será por orgullo o desgano», pensaba yo al principio de mi estancia, «será por modorra o desidia, o quizás por costumbre cultural arraigada». ¡No señor! Ya hace años que vivo aquí y ahora no soy tan ingenuo como entonces. Se trata de una nueva conspiración para que los argentinos no podamos alimentarnos y debamos regresar, y dejemos de seducir a sus mujeres, y dejemos de quedarnos con sus empleos ejecutivos, y ya no consigamos simpáticos papeles secundarios en sus series de televisión.

¡Porque en otras cosas sí que van a la vanguardia! En España te imprimen los euros en braille para que al cieguito no lo estafen con el vuelto, te subtitulan el noticiero de la tele para que el sordo se informe, te construyen una mezquita si hay más de treintidos moros a la redonda, etcétera etcétera etcétera; pero vos vas con tu familia a un camping y no hay una mísera parrilla de cemento por ningún lado. ¿No es también eso discriminación? ¿No es acaso racismo solapado impedirle al argentino el disfrute de un asadito en territorio español?

Si al árabe le traban la construcción de un templo ya están todos los zurditos mandando cartas a los diarios; si al ecuatoriano le impiden regentar un locutorio, ya salen los defensores de los derechos del inmigrante en manifestación, si un minusválido se topa con una esquina sin rampa, vienen todos los canales de la tele a armar escándalo... ¿Y las parrillas? ¿A dónde están las parrillas comunales? ¿Alguien las vio, algún progre se ha rasgado las vestiduras ante esta ausencia xenófoba en los espacios públicos al aire libre?

El otro día estuve sacando la cuenta, y descubrí que en España hay muchos más argentinos que paralíticos: nosotros somos medio millón, y ellos cuatrocientos mil (los rengos de una pata no cuentan, como así tampoco los uruguayos, para equilibrar). Y yo, la verdad, rampas de discapacitados veo por todas partes, ascensores con manubrio los hay en multitud de cines y teatros, taxis especiales con sistema hidráulico en cualquier esquina, pero platos de madera, pan galleta, parrillas de hormigón, ají molido para el chimichurri y vino en damajuana no vi nunca en la puta vida.

Y no solamente nos obstaculizan la logística necesaria para llevar a cabo un

asadito, sino que además nos corrompen la materia prima: la manipulan, nominal y físicamente. Con el objetivo rastrero de enloquecernos, de hambearnos hasta que claudiquemos, han bautizado «chuletón» a la costeleta, le dicen «churrasco» al bife de chorizo, nombran «solomillo» al lomo, y además pretenden que a las achuras, uno de los mejores inventos de dios nuestro señor, les digamos «menudencias», igual que a la porquería que viene adentro del pollo en bolsa de plástico.

Tras cartón, no existe sinónimo alguno para «chinchulines»; ninguna palabra, ningún sonido, ni siquiera una onomatopeya para nombrar esta delicia. Decís «chinchulín» en territorio español y nadie sabe de qué estás hablando, o incluso te confunden con un chino y te mandan a trabajar a un sótano. Quién sabe cómo cagarán las vacas en este país, si tendrán una sonda de goma o algo, pero a los chinchulines nadie los conoce. Hay una grieta legal en el intestino delgado del vacuno, señor presidente de la Real Academia; hay una cosa blandita adentro de los cuadrúpedos que según usted no tiene derecho a identidad.

De todos modos, el argot ambiguo que utilizan es la menos preocupante de nuestras desgracias. Lo realmente peligroso es que los españoles han organizado un plan secreto, milimétrico y canalla, para que no logremos juntarnos en paz a comer un asadito, que es nuestra forma de sociabilizar, de reponer energía dominguera para sobrellevar la semana, de no perder la argentinidad y seguir firmes en la re-educación moral de este pueblo.

¿Así que vosotros no podéis vivir sin vuestra famosa carne asada?, habrá pensado, un buen día, el Ministro del Interior, ¡y zácate!: le cambió el nombre a todos los cortes de res, nos impuso una dieta de carne dura y nerviosa, quitó todas las parrillas de los campings y pretendió conformarnos con un símil al que llaman «barbacoa», que es un artefacto enclenque, de veinte centímetros de diámetro, que calcina la carne en diez minutos. La barbacoa se parece, mirada con buena voluntad, a la parrilla portátil de un enanito apurado.

—¿Y si construís una de cemento en el balconcito que da a la calle?

¡Jamás!: los vecinos llaman a la policía por hacer fuego en zona común y el ayuntamiento te ponen una multa de 148 euros la primera vez, y prisión preventiva si reincidís poniendo una chapa para despistar. Lo tienen todo calculado.

Es por estas razones que, cuando volvemos unos días al terruño, cuando una vez cada tanto regresamos a la Argentina, lloramos a moco tendido si un amigo nos pone un pedazo de vacío crujiente en el plato de madera, y seguimos llorando cuando presentimos las mollejas asarse parsimoniosas, y no paramos de llorar hasta que promedia el truco de seis o la ronda de mate.

No es nostalgia, ni es melancolía, ni es amor a las costumbres: es que tenemos el llanto atragantado desde que nos fuimos a España, es la bronca de este racismo invisible, de las noches y noches en que nos hemos despertado soñando con un asado

que no era... Pero no vamos a llorar en cancha de ellos, no vamos a darles el gusto de que nos vean flaquear.

Lo tenemos complicado, es cierto. Esta conspiración cárnica es diez veces más compleja que la que nos impusieron durante la década trágica del dulce de leche y que estuvo a punto de expulsarnos en masa; esta nueva lucha por quitarnos el placer del asadito es un frente abierto, estratégico, y no tenemos las de ganar.

Y es claro: para nosotros el vacuno es un animal irrepetible, único, dador de infinitos manjares tiernos; mientras que para ellos la vaca es solamente la mujer del toro. Y viendo lo que le hacen al marido, tampoco se puede esperar que a la esposa la traten con cariño.

Buenos Aires

Cuando terminaba de trabajar me volvía a casa en el subte D, de punta a punta. Como salía a las seis de la tarde, el vagón iba relleno de gente (no digo re-lleno como lo diría un adolescente, si no «relleno»: del verbo empanada). Íbamos todos apretados, colgados, tratando de quitarnos de la cabeza la última hora laboral y pensando qué haríamos de nuestras vidas si las cosas no cambiaban para mejor.

Algunos nos poníamos los auriculares y oíamos música para hacernos la ilusión de que la existencia tenía banda de sonido; otros abríamos el librito de bolsillo en la página que habíamos marcado durante el viaje de ida, y seguíamos viendo cómo iba la historia del cuento de Javier Marías. Los más, sin literatura ni música, cabeceaban tristes, tratando de no mirar a los ojos al que estaba nariz con nariz.

En Pueyrredón la cosa se calmaba un poco, no mucho, pero se podía cambiar de posición las piernas. Igual la mayoría viajaba triste. A veces una chica que había conseguido un asiento para leer sonreía por alguna cosa de su libro, y esa sonrisa perdida en el mar del malhumor parecía un colibrí entre una marejada de cuervos. Pero a veces ni siquiera había una chica sonriendo.

En Palermo, con suerte, me podía sentar. Y en José Hernández nos bajábamos todos en silencio y subíamos las escaleras. Arriba, entre los rieles y la calle, Metrovías había dejado que un grupo de músicos del Colón pusiera sus parlantes e hiciera melodías de Bizet, de Tchaicovsky, de Mozart y de Beethoven. Eran tres: una pianista linda, un violinista gracioso y un flautista enloquecido.

La gente salía del subte y ya desde lejos podía oírlos. Cuando la turba pasaba por al lado del trío, lo más frecuente es que cada uno se detuviera algunos un segundo, otros más, y se quedaran un ratito suspendidos en medio de la armonía. Se notaba que por ese pasillo todo el mundo experimentaba una transición, algo extraño, una certeza de que las cosas de esta vida podían ser mejores, algo que los acariciaba con fugacidad.

Todos salíamos del subte desesperados por llegar a casa, pero cuando atravesábamos la música no había quien no se detuviera un segundo. Cuando una composición terminaba, los aplausos eran tan reales y agradecidos que parecían ser los primeros aplausos verdaderos que yo había escuchado en mi vida. Los anteriores sonaban a fórmula y compromiso, a costumbre cultural.

Un martes me tocó pasar cuando terminaban de ejecutar «Carmen». Oí otra vez los aplausos y también vi, de reojo, una mirada que se hicieron la pianista con el chico del violín. La mirada era de triunfo. Han pasado cuatro años pero la recuerdo intacta. Se miraron y sus ojos decía «estamos en la gloria». Yo pensé en ese momento que el arte estaba allí, congelado en ellos, y que la pareja de músicos, durante el segundo que les duró la mirada, lo sabían mejor que nadie en el mundo.

Los oficinistas más tristes y devaluados pasaban de a montones y durante un instante creían que las cosas podían ser mejores de lo que eran. Ellos solamente hacían un poco de música, y al final del día contaban las monedas que el público pasajero les había dejado en la funda del violín. Músicos que tenían que vivir de tocar en el subte: si alguien lo medía con la vara del éxito, esos chicos estaban fracasando rotundamente. Pero yo pasé y los vi, y pude retener la mirada del violinista y la pianista, y era una mirada de triunfo.

Después saqué la cabeza a la avenida Cabildo. Me fui a casa pensando que yo conocía a esos chicos, que conocía en ese país a un montón de gente que, como esos músicos del subte, no querían nada malo para este mundo, sino únicamente un poco de magia y de misterio. Y que se conformaban con hacer lo que amaban, en el Teatro Colón o en el entresuelo de la línea D. Y me sentí yo mismo tan lleno de misterio y de felicidad, que me hubiera gustado tener un frasco a rosca para encerrar ese sentimiento fugaz y usarlo durante estos días, en los que me cuesta tanto recordar por qué amo con desesperación a Buenos Aires.

Argentinos, a los besos

El macho español observa con estupefacción y extrañeza a dos amigos argentinos besarse en el momento del encuentro, o a la hora de la despedida; lo he notado muchas veces. El beso masculino es, para ellos, inaudito; tan espantoso como llorar en público. Que una boca de hombre roce la mejilla de otro hombre no les tiñe la vista de representaciones homosexuales, sino de algo peor: les genera una sensación de vértigo, de asquete, de intimidad imposible. Besarse es, para ellos, como hablar de caca mientras se cocina una mousse.

Quizás por eso lo más complicado de conseguir en España ya no es la batata, la yerba, el dulce de leche o los yogures de dos litros, sino, y lo digo con tristeza, los amigos de la raza masculina.

Yo hace mucho que vivo acá, y solamente tengo dos amigos locales con los que se puede hablar con total franqueza, con el corazón en la mano; es decir, como dios manda. Tampoco es que los haya buscado mucho, porque esas cosas tienen que surgir con espontaneidad, pero lo cierto es que los hombres ibéricos son muy ariscos para la amistad verdadera. Son incapaces de venir a tu casa sin motivo, por ejemplo; no saben abrirte la heladera sin permiso, no toman mate, y se enojan bastante si les decís «cómo estás, hijo de una gran puta». Pero estoy convencido de que el problema mayor, por encima incluso de su incapacidad genética para hablar de fútbol con fundamento, es que no saben darle besos a otros hombres.

Cuando fui un recién llegado a estas tierras me sentía solo, necesitado de compañía. Entonces, ingenuo de mí, quise trabar amistad con los nativos. Recuerdo haber actuado con naturalidad argentina frente a ellos: cuando conocía a españoles simpáticos, enseguida los saludaba con un beso en la mejilla. Si me caían muy bien, al día siguiente me pasaba por sus casas a la tardecita, sin avisar, y una vez dentro me metía en sus cocinas y les preparaba panqueques. Durante las charlas íntimas yo les contaba que había tenido un sueño extraño donde había un dinosaurio con una poronga grandota, por ejemplo, y más tarde me despedía de ellos con un abrazo y otro beso, y quizás por la noche los llamaba por teléfono para hacerles escuchar un disco entero por el auricular, o para explicarles algún trauma psicológico de mi adolescencia.

A causa de estas prácticas, durante mi primer año en España recibí doce órdenes de alejamiento de los juzgados y cuatro trompadas en el ojo (en el mismo ojo, para peor). Y así fue que, con el tiempo, descubrí que en España no existe la amistad masculina. Me costó darme cuenta, pero finalmente lo entendí. Desde entonces, le doy la mano a todo el mundo, pido permiso para ir al baño en casa ajena y nunca intento hablar de cosas profundas si estoy solo frente a otro señor.

Al principio es normal caer en la confusión, porque se ven por las calles muchos

hombres en grupo y, a primera vista, puede parecer que son amigos del alma. Sin embargo, si los mirás bien te das cuenta que algo falla: son todo golpecito, todo palmada, todo testosterona y carcajada demente cuando pasa una rubia. Yo solía mirarlos y no descubría el error, eso que me hacía dudar. Hasta que un día lo noté: ellos no se hablan a solas.

Hay algo que los une, sí, pero se parece más a un servicio de acompañantes simultáneo. Los hombres se encuentran en la calle, se saludan, van a la cancha, van al bar, conversan sobre Ronaldo y Ronaldinho, se emborrachan, ríen a carcajadas y se vuelven a dormir. Sin embargo, ninguno de esos hombres sabe nada sobre el alma del otro. Ninguno ha estado más de un momento en la casa de nadie. No han permanecido nunca a solas largas madrugadas, no se han dejado ver cuando lloraban, ni han confesado a otro hombre sus preocupaciones más profundas. Y no. Tampoco se han besado.

El problema de los besos es el principal escollo de los argentinos novatos en estas tierras. Acostumbrados desde la infancia a darle uno a la dama y el caballero, aquí descubrimos que debemos estamparle dos a las mujeres y ninguno a los señores. Y eso nos hace sentir extranjeros, que es la peor cosa que le puede pasar a un argentino. Porque si hay algo que odiamos, que odiamos mucho, es que los demás descubran que en el fondo somos sudamericanos. Entonces nos metemos al baño, a veces días enteros frente al espejo, y nos ponemos como locos a imitar el saludo local, hasta que nos sale igualito.

—¿Qué haces en el baño tanto tiempo? —me preguntaba Cristina en el año dos mil, cuando yo era un recién llegado.

—Me estoy dando besos en el espejo —le decía yo.

—Me habían dicho que erais egocéntricos, sí —concluía ella.

Pero el beso, como se sabe, es un automatismo cultural muy arraigado. Casi siempre la cabeza va sola al encuentro de la otra cabeza, casi siempre los labios se contraen sin que nadie se los pida. Al llegar a España, todos los argentinos nos sentimos un poco estúpidos durante las presentaciones y los saludos. Esa incomodidad nos dura unos seis u ocho meses. Besamos a las mujeres una sola vez, y ellas se quedan con el cogote alargado, como si esperasen un tren. En realidad lo que esperan es el segundo beso, que no llega nunca.

Los argentinos más alzados, al ver que las señoritas esperan algo más de nuestra boca, se creen que hay coqueteo, sospechan que ellas están calientes o algo, y entonces comienzan a actuar como pavos reales. Los malos entendidos ponen las cosas muy tensas. Y lo mismo pasa cuando, automáticamente, besamos a un hombre español sin querer. Si éste es heterosexual se pone incómodo, se le sube los colores y empieza a tartamudear, o mira para abajo. Si tenemos la desgracia de besar a un homosexual, los próximos tres meses serán devastadores. Llamados nocturnos,

proposiciones indecentes, manoseos en los baños públicos... Yo conozco muchos argentinos que, por culpa de un beso mal dado, ahora están casados con señores de este país. Y les va muy bien.

Pero el problema más grave, el más incómodo y vergonzoso, ocurre con el paso de los años. Cuando ya hace mucho tiempo que estamos aquí y ya nos hemos acostumbrado al saludo local, a veces pasa que conocemos a otro argentino. Y no sabemos qué hacer para saludarlo. Empezamos el acercamiento y nos miramos a los ojos. ¿Nos dará un beso? ¿Le daré un beso? ¿O solo la mano, como se usa acá? ¿Qué haré yo? ¿Será lo mismo que haga él? El tiempo se pone en cámara lenta. Dos hombres se acercan cada vez más, nacieron en Buenos Aires, pero viven en otro lugar. El mundo se detiene a observar el choque.

Y entonces ocurre la catástrofe: nos damos dos besos. Somos hombres y argentinos, y acabamos de besarnos doble. Nos da asco. Nos ponemos colorados. No nos miramos a los ojos nunca más. Nos vamos alejando el uno del otro.

Somos putos.

II

El deporte nacional

Tan lejos del dolor y de la fiesta

La noche del 27 de diciembre de 2001, una semana después del caos, ya habíamos tenido cuatro nuevos ex-presidentes, y yo buscaba con desesperación, en Barcelona, un bar con TV satelital para ver a Racing salir campeón en un país que se estaba cayendo a pedazos.

Recuerdo el bar, casi vacío. Dos españoles mirando esa final como quien ve llover, un camarero aburrido y con sueño, y un chico argentino, desgarrado, envuelto en una bandera celeste y blanca, sentado solo en una mesa, agarradito a una botella de Damm. Cristina y yo nos acodamos en la barra. Afuera un invierno cerrado, que no hacía juego con las tribunas que mostraba la tele, con la hinchada enloquecida y en cuero, revoleando las camisetas.

Había sido una semana muy rara. El día veinte me desayuné con esta portada en La Vanguardia, el 21 con esta otra, y desde entonces en los noticieros españoles no se habló de otra cosa más que de la debacle de un pueblo.

Los catalanes me preguntaban por mi familia, si estaban bien, si les había ocurrido algo. Los taxistas —al escuchar mi acento— querían saber cómo era posible, un país tan rico, gente tan culta. Argentina se estaba yendo a la mierda como siempre: es decir, más que nunca. Pero esta vez yo no estaba.

Nunca pensé que sería tan triste el fútbol. Desde que tengo uso de razón, una de los milagros que más deseé en la vida es que Racing saliera campeón mientras viviera mi padre (confié siempre en su longevidad mucho más que en el equipo), que pudiéramos verlo juntos como lo vimos descender en el '83, como lo vimos resurgir un año después, contra Lanús en cancha de River. Ver juntos a Racing campeón, en el sillón de casa o en la cancha, y después ir a una plaza a gritar, o a tocar bocina por la calle venticinco; eso quería yo.

A diez mil kilómetros, tan lejos y tan cerca del milagro, mis ojos miraban el monitor —aburridísimo partido— pero estaban en otra parte: mi vieja trayendo el mate, yendo y viniendo de la cocina al comedor, preguntando «cómo van»; mi papá en su sillón de siempre, mirando la hora, puteando al idiota que llamaba por teléfono (mi papá piensa que si alguien llama por teléfono en medio de un partido trascendente, es mujer o es puto). Y después mi sillón vacío. No podía dejar de pensar en mi hueco sin nadie, y me molestaba en el hígado saber que mi viejo tampoco estaba disfrutando porque le faltaba algo. No podía dejar de pensar que todo el mundo estaba en su sitio menos él y yo.

Cuando el juez señaló el centro del campo y pitó el final, Racing había salido campeón después de 34 años. Yo tenía treinta, y un nudo en la garganta del tamaño de un pomelo. Automáticamente agucé el oído para empezar a oír los bocinazos de los coches por Passeig Sant Joan. El silencio fue como un cachetazo. El chico argentino,

desgarbado, que había moqueado en silencio durante todo el partido, ahora había metido la cabeza entre los brazos y se había hundido en el llanto. Pensé que seguramente también pensaba en su padre, en esas ironías.

Entonces miré al camarero y al dueño del bar, a ver si me hacían un guiño, pero lavaban las copas y miraban la hora esperando cerrar, como si en ese pitido arbitral no hubiese cambiado el mundo para siempre. Me acuerdo como si fuera ahora: mientras Macaya Márquez hacía el resumen del partido, me puse de espaldas a Cristina para que no me pensara un maricón, para que no me viera llorar ni creyera que el fútbol, esa tontería, podía hacerme sufrir.

Lloré de cara a la pared, en un lugar del planeta donde Racing no era nada. Nunca —ni antes ni después— me había sentido tan lejos de todo lo mío, tan a destiempo del mundo, tan del revés de mi vida, tan en orsai, desesperadamente solo. Lejos como nunca del dolor y de la fiesta.

En Europa no se consigue

La primera cosa horrible que ocurrió en mi matrimonio tuvo lugar la madrugada del 6 de junio del año 2002. Acostumbrado a mis orígenes, di por sentado que Cristina, como cualquier mujer adoradora de su marido, se iba despertar a las cinco de la mañana para ver conmigo el Mundial del Japón. Para cebar mate en silencio y disfrutar de las tribunas multicolores, para preguntar esas cosas que preguntan las mujeres durante los mundiales, esas ridiculeces simpáticas que respondemos con desgano disfrazado de dulzura. Pero no.

Cristina, al igual que el resto de las mujeres españolas, siguió durmiendo durante ésa y todas las madrugadas de junio. Un sueño, el suyo, que me llenó de tristeza, porque el único motivo por el que un argentino acepta vivir en pareja es, sin duda, que la mujer lo mime en medio de un partido complicado.

No sé cómo funcionará el amor en otras familias, pero en mi hogar mercedino el amor de madre, o el amor de esposa, alcanzaba su máxima expresión cuando Chichita entraba al comedor a los cinco minutos del primer tiempo con la bandeja del mate y los bizcochitos de grasa. O cuando, promediando un partido trabado, asomaba la cabeza por la puerta y preguntaba:

—¿Siguen uno a uno?

A mi madre, como es lógico, le importaba una mierda el resultado de la semifinal de la Copa Libertadores. Pero en esa pregunta («¿siguen uno a uno?») había otra inquietud escondida, una duda que sí era fundamental para ella. La pregunta tácita era esta otra:

—¿Cómo está mi familia? ¿Son ustedes felices con este empate transitorio, o debo preocuparme y amasar una pastaflora?

La mujer argentina, desde que es hermana menor, es decir desde la cuna misma, ve llorar a su padre, a sus tíos y a su abuelo. Esto no suele pasarle a las demás mujeres del mundo. Ver llorar a un hombre no es tan fácil en otros países. Y esto, el llanto masculino, marcará para siempre a la mujer nacional.

Sabe esta mujercita, desde la niñez de sus trenzas, que el hombre sufre. Que no es tan macho. Que el hombre se angustia y llora y patalea, que hace puchero frente a un córner a la olla en área propia cuando faltan dos minutos, o que se persigna con repentina devoción católica ante un avance peligroso; y conoce de sobra, la mujer argentina, que el hombre se quedará mudo días enteros si echan a la Selección de un Mundial en semifinales, o que será capaz de abrazar y besar a todas las mujeres de la casa si su equipo logra el triple punto G —gustar, ganar, golear— y que habrá felicidad y alegría en la pobreza del hogar si el domingo por la tarde la radio trae buenas noticias desde la cancha de Talleres.

La mujer argentina (y la brasileña, y la uruguaya; no la chilena, no la española)

nace sabedora de esta pasión que envuelve al hombre de la casa. No sólo eso: la mujer argentina guarda en su memoria para siempre el recuerdo feliz de cuando su padre la llevaba, sobre los hombros, a la cancha, y le explicaba los secretos maravillosos del balompié desde una tribuna atiborrada de otros hombres con otras hijas en brazos.

Y esta mujercita luego crece, a veces de Boca, a veces de River, sin que le guste el fútbol, pero con un amor inmenso de domingo por la tarde, de sobremesa interrumpida por Zabatarelli, de regreso eufórico o trágico. La mujercita nacional crece con la visión de ver a los hombres de la casa entrar por el zaguán trayendo banderas en alto o banderas arrastradas por el suelo.

Y cuando por fin se convierte en novia o esposa, por pura fotosíntesis, conoce los horarios de los partidos mejor que nadie, intuye el significado metafísico del orsai, reconoce la diferencia entre un lateral derecho y un arquero, disfruta de los Mundiales, sale a tocar bocina si se gana por penales un cuarto de final complicado, memoriza cantitos y los tararea con rubor en las mejillas, o entra a los comedores con la bandeja del mate para preguntar si la cosa sigue uno a uno, con el corazón en un puño, con el miedo genético de no querer ver sufrir a su manada.

La mujer argentina de edad madura, además, sabe que si gana Boca por la tarde, es posible que a la noche haya festejo en la cama matrimonial. Y también sabe que si Boca pierde, nadie la tocará ni con un palo: ni su marido en particular, ni la mitad más uno de la población en general. Por eso ella también es de Boca. Por eso ella también es capaz de gritar esos goles absurdos que hace Palermo con la rodilla.

Una domingo negro, negrísimo, de 1991, Boca le metió a Racing un seis a uno humillante (con un gol de Palermo con la rodilla, justamente) que nos dejaba sin opciones para el campeonato. Roberto apagó la radio a cinco del final y se encerró a dormir la siesta. Yo me quedé en la cocina, sin razones para vivir, y metí la cabeza entre los brazos. El martes al mediodía mi papá seguía durmiendo la siesta y yo todavía estaba con la cabeza metida dentro de los brazos. Mi mamá y mi hermana nos llevaban algo de comida, que nos daban en la boca con una cucharita. Y cada nueve horas nos arrastraban al baño para aliviar esfínteres. Si no hubiera sido por ellas, mi padre y yo habríamos muerto de hambre o inundados en nuestra propia mierda. Si eso no es el amor, amigos míos, ¿qué es el amor?

Durante el Mundial del Japón, cuando Argentina quedó eliminada en primera ronda, aquí en España eran las seis de la mañana y yo estaba solo en este sofá, con los dientes apretados y sin nadie que me cebara un mate, o que me dijera «no es nada, corazón, en cuatro años llega Alemania 2006 y la rompemos». Nada. La luz de la cocina estaba apagada; en la cama grande dormía una mujer ajena al pitido final y a mi angustia. Pero no solo Cristina dormía: dormía toda España.

Abrí la ventana de la calle y no había una puta luz en los edificios. Nadie lloraba

por la calle. Los taxistas hacían su ronda feliz... Entonces pensé en Buenos Aires. Allí era todavía mayor la madrugada; en ese Buenos Aires nocturno, millones de mujeres empezaban a consolar a sus hombres. Madres, novias, esposas, hijas, nietas, amigas, incluso abuelas, todas en camisón y con los ojos llenos de sueño y de espanto, empezaban a cocinar pastafrolas y a balbucear frases de aliento al oído de sus hombres tristes.

Si no fuera porque vivo en planta baja, esa madrugada hubiera saltado por el balcón. ¿Para qué vivir, si Argentina ya no estaba en el Mundial, si yo ya no estaba gusto en este mundo, si ya nada ocupaba su lugar en el universo? Pero, como se sabe, antes que argentino soy cobarde, y no me suicidé un carajo.

Hice algo mejor, creo. Tuve una hija. Una hija argentina chiquitita que ya reconoce los colores de Boca por la tele y pone cara de asco, que ya sabe que los viernes puede quedarse despierta hasta las tres de la mañana porque pasan a Racing por cable, y que ya vio jugar a la Selección desde la tribuna del Camp Nou.

Una hija que en julio de 2006, cuando Argentina la rompa en Stuttgart, cuando mi vida se cubra otra vez de espíritu mundialista, cuando mi corazón estalle de felicidad o de tristeza, estará aquí a mi lado, en este sofá, temerosa de mi sufrimiento, inmensa, convertida en todas las mujeres que he perdido.



Nueva teoría sobre los horóscopos

Pertenezco al selecto grupo de varones que han sido concebidos durante un Mundial de Fútbol. Esto significa que el padre macho, mientras engendra a su señora, está pensando en otra cosa, y provoca que el feto se inicie en la vida con capacidades psíquicas diferentes. Los Mundiales ocurren cada cuatro años, entre junio y julio, por lo tanto padecemos este síntoma los varones nacidos entre febrero y marzo del año siguiente a un Mundial. A mí me tocó llegar al mundo a mediados de marzo del 1971. Es decir que, astrológicamente hablando, soy México '70 con ascendente en Pelé.

Los concebidos bajo el signo de México '70 somos personas calladas, con un gran mundo interior, y nos llevamos muy bien con los Suecia '66 y con los Alemania '74. No debemos hacer negocios con un Argentina '78 ni viajar en un avión pilotado por un Chile '62.

Las mujeres, en cambio, se rigen bajo los poderes astrológicos de los Juegos Olímpicos, que son unas competencias más afeminada (por contar con deportes como el nado sincronizado, la gimnasia rítmica y el voley playa). Según mis estudios, los varones que somos México '70 nos enamoramos muy fácilmente de las chicas Montreal '76 (mujeres nacidas a mediados de 1977), que son unas chicas generalmente equilibradas, modositas, bastante altas y con una clara tendencia al comunismo, dado que Alemania de Este ganó cuarenta medallas de oro en esa competición.

Las mujeres Munich '72 pueden llegar a ser muy buenas madres, pero tienen en contra una personalidad un tanto explosiva. Las Seúl '88 son pizpiretas, alocadas y sexualmente sumisas. Mientras que las Helsinki '52 suelen ser sobreprotectoras y algo frías, además un poco viejas para mi gusto.

La astrología tradicional intenta hacernos creer que nuestro comportamiento en la vida, nuestros gustos, obsesiones y traumas, tienen una relación directa con la posición de los astros en el momento de nuestra llegada al mundo. A mí me parece muy agarrado de los pelos este sistema: demasiado facilón y desactualizado. Prefiero mil veces entender nuestro temperamento desde un dato básico: qué programa de televisión estaban mirando papá y mamá mientras nos concebían.

Me resulta mucho más probable que un ser humano sea «introvertido, sereno y soñador» por culpa de que su padre estaba escuchando en un gol de Platini durante el coito, y no a raíz de que el planeta Júpiter haya pasado justo en ese momento por la órbita de Mercurio, tapando a la luna. ¿Qué tienen que ver los planetas con nuestra vida? ¿De repente somos todos astronautas?

Mi teoría es sencilla. Desde siempre, los matrimonios engendran a sus hijos en sus habitaciones. Pero desde la segunda mitad del siglo XX, en las habitaciones matrimoniales hay un televisor. Este dato —sistemáticamente obviado por los

astrólogos occidentales y los gurúes del horóscopo chino— me parece fundamental y revolucionario para los tiempos que corren.

¿Qué tienen que ver los perros, las serpientes y los monos con nuestra vida? Según la torpe visión de los chinos, yo vendría a ser un Chanco de Madera. ¿Qué me quieren decir con eso? ¿Es un chiste? ¿Es una ironía oriental? «Chanco de madera» es un insulto de tribuna, es lo que los hinchas del Real Madrid le dicen a Ronaldo cuando erra un gol:

—¡Chanco, sos de madera, dejá los postres!

¿Qué tiene que ver eso con el temperamento de las personas? Nada. Los chinos están todos desquiciados y lo peor es que nosotros (la gente normal) les hacemos caso. Pero si nos paramos a pensar, en occidente somos todavía peor: los astrólogos nos dicen cosas como cáncer, escorpio, leo, virgo... Parecen insultos de gente vieja que no se anima a decir cosas más graves.

La vida ha cambiado mucho, pero los brujos y chamanes parecen no haberse dado cuenta de nada, porque sus supersticiones siguen siendo antiquísimas. Posiblemente en aquellas épocas estaba todo el mundo mirando el cielo, las estrellas, los cometas. Y es lógico, porque no había otra cosa para mirar. Los occidentales miraban los planetas, y los orientales miraban a sus animalitos. Hoy, en cambio, miramos el Mundial, las Olimpíadas, el Festival de la OTI y otros eventos internacionales de gran calibre.

La mayoría de las veces, las parejas modernas conciben a sus hijos con la televisión encendida. Por eso, las mujeres nacidas en noviembre de cualquier año casi siempre son muy agradecidas y visten con corrección. El motivo es claro: la madre fue inseminada a finales de febrero, que es cuando en la tele pasan la ceremonia de los Oscars. Por tanto la desconcentración sexual materna, a raíz del premio a mejor actriz secundaria, es detonante del temperamento futuro de la hija.

Mi esposa, sin ir más lejos, nació a finales de 1974. Esto quiere decir que es Oscar '73 con ascendente en Glenda Jackson. Según su carta astral, debería haberse casado con un Goya '69 con ascendente en Carlos Saura (se hubieran llevado muy bien), pero se casó conmigo, que soy México '70 —¡para peor con ascendente en Pelé!—, y por esa causa a veces tenemos algunas diferencias irremediables, sobre todo a la hora de decidir quién se queda con el control remoto a la noche.

Mi hija, nacida a mediados de abril de 2004, fue concebida a principios de julio del año anterior. La pobre Nina carga con el estigma horrible de ser Copa Toyota 2003, con ascendente en Carlitos Tévez, porque mientras su padre la concebía (es decir yo) no podía dejar de pensar en que el Milan podría haber ganado esa final del mundo. Por eso la chica ahora es tan díscola y con una leve tendencia a hablar en japonés y despertarse por la madrugada pidiendo la hora.

Es necesario que dejemos de ser piscis y sagitarios, conejos y monos, libras y

colibríes, renacuajos y cánceres. Es hora de que dejemos de sentirnos orgullosos de eso, de hablar del tema en las sobremesas, de preguntarle el signo a las mujeres tetonas para empezar una charla en la discoteque... La temática de los horóscopos parece una broma de mal gusto urdida por nuestros antepasados con el fin de saber hasta cuándo sus descendientes podían ser tan pelotudos. Y la pelotudez nos está durando un par de miles de años.

Ya es hora, queridos contemporáneos, de que las supersticiones se rijan por una astrología moderna y utilitaria, tan absurda como aquélla, pero por lo menos con un mínimo de sentido común.

¡No digas nada, no quiero saber nada!

El fútbol, mal que les pese a los filósofos serios, nos ayuda terriblemente a comprender el sentido de la vida. Y ver la Copa América en diferido es, creo yo, una metáfora sutil del *carpe diem*: «¡Vive intensamente, ajeno y ciego a los resultados, como si lo que está pasando realmente estuviera ocurriendo ahora!». Esto es metafísica: lo demás son boludeces.

TV3 de Catalunya está pasando los partidos de Argentina a las 11:30 de la mañana del día siguiente. Es decir: entre que suena el pitido inicial en Perú, y hasta que empieza mi partido en casa, yo me escondo, apago el messenger, desconecto Clarín y no miro mails; suspendo la realidad durante seis horas, para creer que lo estoy viendo «en directo». A veces me da miedo lo fácil que resulta engañar a mi cerebro. Pero soy así. Somos así.

La transmisión del fútbol en diferido debería incluirse como materia en la Universidad de Filosofía y Letras de cada ciudad del mundo. Y es que esta práctica muestra —como ninguna otra— la textura del alma humana: una mitad de nosotros es crédula y tiene esperanzas (el alma), mientras que la otra desconfía, se encierra y quiere encontrar las verdades concretas del mundo (la razón).

Ver un partido que ya ocurrió como si estuviera jugándose, es un acto de amor incomparable para con nosotros mismos. ¿Cómo es posible que una misma persona pueda engañar y caer en la trampa al mismo tiempo? ¿No es ésa, también, la semilla del arte?

A pesar de esto, la Copa América (en vez de hacerme mejor persona) me está poniendo los pelos de punta. Mi horario de trabajo empieza exactamente cuando acaba el partido «real», y mi trabajo consiste en coordinar, vía messenger, a un grupo de gente en Buenos Aires que ha podido verlo en directo y ya sabe el resultado. Yo no lo sé ni lo quiero saber hasta más tarde. Pero ellos saben que yo no quiero saber, y es cuando empieza la tortura psicológica.

—No me digas nada de Argentina-Uruguay, que quiero verlo en directo.

—Pero si ya jugaron.

—Vos no me digas nada. Calláte y trabajá.

—Ok. No te digo nada, pero no te pierdas sobre todo el primer tiempo.

¡No, hijo de puta! A veces me dan ganas de echar a todo el mundo a la calle en esta empresa. Lo peor de todo es cuando te dan estos pequeños datos inocentes. Cuando uno no quiere saber, es que no quiere saber nada. Será por eso que nunca fui a un vidente.

Los videntes, creo yo, son gente que ya vio el partido de tus días en directo. Y vos, que te jugás la vida en diferido, vas y le preguntás algunas cosas.

—¿Me va a ir bien en mi matrimonio, Horangel?

—No te pierdas sobre todo el primer tiempo —te dice el brujo—. Son cincuenta dólares; que pase el que sigue.

Cuando yo era chico, la mayoría de los partidos eran en diferido. Y Roberto Casciari se ponía como loco. Apagaba las radios, cerraba las persianas y no atendía los teléfonos. Una vez había un Boca-Racing e incluso se taponó las orejas con algodón, para no escuchar las bocinas de los autos, que a veces son las mejores comentaristas del fútbol argentino.

Cuando empezó el partido en la tele, se acomodó en el sillón y le pidió a mi mamá el mate, previa admonición:

—Si sabés algo —le dijo—, no me digas nada.

Y Chichita, trayendo la bandeja con la pastafrola, sin maldad, le contestó:

—No te voy a decir el resultado, pero goles no hubo.

Ésa fue la vez que estuve más cerca de ser hijo de padres separados. Mi papá se puso pálido y se le detuvo el corazón; pero no por conocer la verdad como un baldazo de agua fría, sino por no poder disfrutar cada instante de esos noventa minutos como si no hubiesen ocurrido nunca.

Lo que nos diferencia del mono es una guerra interna, secreta y despiadada. Por un lado sabemos que todo lo que hagamos en la vida será en vano. Por otro lado, somos conscientes de que no podríamos vivir sin hacer algo. ¿Paradoja? Nada de eso.

La fuerza que nos mueve, la pasión, vive gracias a estos dos ejércitos en lucha constante. No creo equivocarme si digo que las grandes obras literarias del siglo XX, la música genial de Bartok, la danza moderna y el arte conceptual, surgieron gracias a que ha habido fútbol en diferido.

Mientras escribo esto, no sé si el domingo nos toca Brasil o Uruguay. Sin embargo, en uno de estos países hay tambores enloquecidos, y en el otro un silencio ensordecedor.

Esta magia inusual, este eclipse, habitará en mí hasta las 11:30. Después, mi reloj y el reloj del mundo volverán a ser los mismos.

Prohibido decir negro de mierda en este estadio

Una noche de verano de 1985 vi por primera vez a sesenta mil aficionados de River y de Boca, unidos en un sentimiento, cantando a gritos: «Ruggeri hijo de puta, la puta que te parió» (bis). Sin parar, durante noventa minutos. Sin detenerse ni a respirar ni a comer el pancho del entretiempo... Incluso la gente corría a comprar la cocaola para volver pronto y seguir cantando «Ruggeri hijo de puta» (bis).

Lo insultaban porque ayer jugaba en Boca y ahora era defensor de River: había quedado en el limbo, en el no lugar del amor. Aquella puteada masiva fue una de los hechos más educativos que presencié en mi adolescencia. Supe, de una vez y para siempre, que todo en el fútbol es un juego: también lo que lo rodea. Que todo está ahí para que disfrutes de un circo perfecto.

Ir a la cancha, como todo el mundo que va a la cancha sabe, es más que presenciar un partido. A la cancha uno va también a divertirse con la exageración de la animosidad general. Pero resulta que, ahora, la sociedad europea ha encontrado otro terrible mal de nuestro tiempo al que dedicar tiempo completo: el racismo en el balompié. Es decir que desde hoy, y por plazo de seis meses, los medios, los políticos y las asociaciones civiles del viejo mundo estaremos buscándole la solución al triste hecho de que los hinchas, desde la tribuna, le griten «negro de mierda» a un negro que juega para el otro equipo.

A un señor que salía de la cancha, envuelto en una bufanda del Betis, un periodista hipersensible le ha preguntado sobre el racismo en el fútbol español, y el hombre ha dicho con sensatez:

—Yo no estoy en contra de la gente de color. Si le grito «negro de mierda» a Ronaldinho es solamente para que no me marque goles.

También le han preguntado a Assunção si le dolía que los espectadores del fútbol le hicieran muecas de mono cuando entraba a la cancha. Dijo el brasileño, que tiene de tonto lo mismo que de ario:

—La gente va al campo a hacerme muecas y para eso paga 35 euros. Yo voy al campo a hacer goles y me pagan; me pagan para eso y para ver cómo la gente hace el mono.

¡Qué sabios son los hinchas blancos y los deportistas negros! Ni los unos ni los otros parecen concebir problema alguno en actuar sus roles tácitos en el folklore futbolístico. ¿Entonces por qué las asociaciones civiles, los medios de prensa y los gobiernos europeos sí ven allí un problema?

Otra vez, me parece, flota en el ambiente el típico debate que sólo sirve para dar de comer a las abuelas y a los progres. Para que se exciten y se exalten las abuelas y los progres con lo que se ha dado en llamar «un debate social candente». Me está empezando a preocupar que las gestas sociales de estos dos grupos humanos (progres

y abuelas, antaño tan diferentes en sus ideologías) cada vez se parezcan más. ¿Es que las abuelas se están aggiornando, o es que los progres están empezando a oler a pis?

Miraba la semana pasada, entre embobado e incrédulo, un debate en la Televisió de Catalunya sobre el llamado «racismo en el fútbol». Son esas cosas que a veces miro para poder enojarme con algo. Me encanta enojarme con las cosas. Había en el debate representantes sociales válidos: había un sociólogo, un entrenador de divisiones inferiores, un ama de casa ilustrada, uno de esos tipos que escriben libros sobre los grupos humanos; es decir, gente aburrida de bien. Habían invitado también, cómo no, a algunos negros dolidos. Todo el estereotipo necesario para dar la impresión de pluralidad.

Como ya es costumbre, éste era uno de esos debates en los que la producción se cuida muy bien de que todos estén de acuerdo con lo mismo. Donde no se invita a nadie dispuesto a manifestar pensamientos alternativos, o a contradecir las reglas de la hipersensibilidad social. Todo el mundo debatía, ya no la existencia del fantasma, sino cómo había que hacer para que nadie se asuste con él. Se debatía un imposible: cambiar la cultura de un deporte. Convertir el fútbol en danza clásica y a sus aficionados en serenos de biblioteca.

A mí me daba mucha alegría cuando el arquero del equipo contrario era pelado, porque las barbaridades que puede decirle un hincha gracioso a un arquero pelado, desde la tribuna, es inenarrable. Un hincha experto es capaz de molestar tanto, pero tanto, como para que el arquero pelado salga mal en un córner. Y es que el hincha necesita tener la ilusión de que con sus groserías y sus desplantes puede cambiar el devenir del juego a su favor. O encrespar al contrario hasta sacarlo de quicio. Eso no es racismo en el fútbol, es magia colectiva en el deporte.

Cuando el jugador Tarantini se casó con una modelo llamada Pata Vilanueva (al que las malas lenguas señalaban como putita de lujo), los cánticos en las canchas argentinas fueron gloriosos. Tanto, y tan crueles, que durante mucho tiempo el Conejo Tarantini jugó espantosamente mal. ¿Quién puede marcar bien la punta izquierda cuando veinte mil tipos aseguran que «el Conejo está jugando y la Pata yirando por Constitución»? ¿Quién puede concentrarse en el juego?

De eso se trata, señores progresistas, señores sociólogos de televisión, señores de los gobiernos europeos. De eso se trata cuando alguien le grita «negro de mierda» a un delantero morocho del equipo contrario. La idea es que se ponga nervioso y no haga goles. Nada más que eso. No hace falta que se sancionen leyes ni contravenciones, señores diputados, no hace falta que se quiera hacer creer a la gente que hay un nuevo fantasma acenchado a la sociedad.

Pero no. Éste es el nuevo flagelo de nuestros días, parece. Los gobiernos de Europa estén haciendo honrados esfuerzos (económicos y sociales) para aplacar la tristeza que sienten unos deportistas negros que cobran 45 millones de euros por

temporada, cada vez que un señor les dice «negro» desde una platea.

Por supuesto que la ironía, el folklore, la festividad y la sorna competitiva no tienen nada que ver con el asunto. Esto racismo puro y duro, señoría, igualito a lo de Auschwitz. ¡Por fin los europeos tenemos otro problema grave que resolver!

Recetas argentinas de exportación

La alta cocina consiste en servir los platos de siempre, presentados de un modo extravagante para poder cobrarlos un ojo de la cara. La argentinidad, bien entendida, es más o menos lo mismo. El chiste famoso debería ser diferente: «Cocine a un argentino por lo que vale, sírvalo caliente, y cóbrelo por lo que dice valer». Así que coja papel y lápiz, señora, porque en el artículo de esta noche le enseñamos a preparar cuatro platos argentinos de fama mundial.

Asado de zorzal criollo

Ingredientes:

- 1 cantor uruguayo
- 1 letrista tierno
- 2 guitarristas
- 4 películas de Hollywood
- azúcar, pimienta y sal

Preparación:

Ponga un cantor uruguayo —lo mismo puede ser francés— en una década bien enmantecada (por ejemplo la del veinte), y mézclelo con un letrista argentino que no chorrée mucha grasa, hasta que se compenetren. Agréguele dos guitarristas a los costados, y engomine al cantor suavemente hasta que quede brillante. Déjelo cantar para que se hinche. Cuando comience a sonreír y deje de parpadear, colóquele encima cuatro películas de Hollywood. Manténgalo macerando en vinilo sin que pierda frescura. Antes de que se le agriete la piel, páselo por medellín y cocínelo a fuego lento. Sírvalo caliente.

Consomé Nacional

Ingredientes:

- 1 país
- 4 climas
- 2 premios Nobel
- 1 guerra
- 1 actriz
- 1 general
- 450 gr. de cabecitas (negras)
- trigo y oro, a gusto

Preparación:

Coloque en un país —bien condimentado— seis millones de toneladas de trigo, cuatro climas y dos premios Nobel. Mezcle todo hasta que se acabe la segunda guerra. Vaya espolvoreándole oro y plata hasta que el país consiga una textura de séptima potencia mundial. Una vez enriquecido, ponga en un bol una actriz barata, un general impotente y 450 gramos de cabecitas negras. Mezcle todo durante dos presidencias hasta que la grasa comience a desbordar y el país se agite por completo. Si lo desea, congele el consomé 18 años y repita la operación. Una idea original: en lugar de actriz barata, la segunda vez puede sazonar con trocitos de cabaretera.

Cazuela de Cebollita

Ingredientes:

- 1 zurdo tímido
- 1 bombonera
- ½ kg. de cocaína
- 1 cazuela de paparazzi

Preparación:

Consiga un jovencito tímido (de unos 11 años) y enharínelo hasta que se le infle el pecho y la pierna izquierda comience a dorarse y adquiera brillo propio. Colóquelo en una bombonera para que consiga mayor sabor, y antes de su edad adulta espolvoréelo con medio kilo de cocaína. Cocínelo en una cazuela de fotógrafos durante cuatro mundiales hasta que dé todo su jugo; después quítele la piel, córtele las piernas y comience a hervirlo. Cada vez que esté a punto de ebullición, agregue agua fría para que no se muera del todo. Déjelo engordar, arránquele la grasa, déle la vuelta y sírvalo por canal trece una vez a la semana.

Rugbier frito en salsa cubana

Ingredientes:

- 1 continente joven
- 1 rugbier
- 1 libro de Marx
- 1 motocicleta
- 10 cubanitos
- ½ litro de aceite de oligarquía

Preparación:

Llene un continente de injusticias y coloque en medio a un jugador de rugby de clase alta, un libro de Marx y una motocicleta. Tape todo con un repasador y deje macerar en un sitio húmedo durante algunos años. Mientras tanto, vaya pelando diez cubanitos y ponga un cerdo en una sartén. Cuando el rugbier se haya empapado de marxismo (verá que adquiere un tono cobrizo y le aparece una boina en la cabeza) quítele la motocicleta y revuélvalo junto a los cubanitos. Lleve todo a la sartén hirviendo hasta que no queden restos de cerdo. Retire al rugbier (dejando hervir a los cubanitos en la salsa), péguele un tiro y trocéelo hasta que se convierta en camiseta.

III

La mentira

Hay 35 mentiras en su correo

Hasta hace quince años no había otra manera de mentir más que en directo. El correo tardaba demasiado y, aunque uno bien podía ser un cretino epistolar, ¿qué sentido tenía mentir por carta si, cuando el engaño llegaba a destino con sus patas cortas, la verdad había arribado antes por teléfono? Pero en este siglo, para alegría de todos, llegó el mayor transmisor veloz de la mentira: el mail.

Asegura la consultora IDC que se envían 31 mil millones de correos electrónicos al día en todo el mundo. Yo puedo asegurar, sin necesidad de hacer testeos, que el 72% de lo que dicen esos mails es mentira. (El 28% restante es spam.)

Pero empecemos por el principio.

El cincuenta por ciento del tiempo estamos mintiendo. El resto es comer y dormir. Mentimos sobre por qué hemos llegado tarde al trabajo o a una cita, mentimos el amor, mentimos en las relaciones de amistad y en todo lo que se relacione con un compromiso preestablecido. Cada vez que decimos la verdad es porque no nos queda más remedio o porque no ha pasado nada fundamental.

A mí, por ejemplo, siempre me ha dado mucha pereza decir la verdad luego de haber hecho algo interesante:

—Llegué tarde al trabajo, señor Ordóñez, porque ayer me quedé fumando porro hasta las cuatro.

—No se me irgue la chota, Estela, porque vengo de coger en otro lado.

—Falté a tu cumpleaños porque me pareció más lujurioso quedarme en casa viendo Daktari.

—Carlos, no te estoy prestando atención porque sos un monotemático y prefiero componer canciones mentales mientras hablás.

Es un error garrafal admirar a los que son capaces de decir la verdad a la cara del jefe, de la esposa o de los amigos. Me parecen gente idiota, los sinceros. Personas incapaces de defenderse con imaginación, sujetos inadaptados que no logran salvarse con arte y sucumben a mostrar su mezquindad cuando es relativamente sencillo decir:

—No sabe el embotellamiento que había, señor Ordóñez.

—Disculpáme, Estela, pero hoy tuve mucho stress en el trabajo.

—No fui a tu cumpleaños porque murió mamá.

—Es increíble lo que me estás contando, Carlos, te compadezco y te apoyo.

La mentira, como puede apreciarse en estos ejemplos, no sólo nos hace sentir mejor a nosotros, sino que también provoca bienestar en nuestro interlocutor, que acabaría destrozado si conociera la cruda realidad. Y ya se sabe: lo que beneficia a ambas partes es, siempre, un buen negocio.

Mentir por correo electrónico es tan efectivo como hacerlo en la cara del interlocutor, pero sin la desventaja de tener que ensayar gestos milimétricos. Es tan

cómodo, seguro y eficaz como mentirle a una novia ciega.

Tengo la venturosa teoría de que, conforme el correo electrónico y el MSN sigan imponiéndose como medios de comunicación interpersonales, la Humanidad decuplicará el número de escritores, cuentistas y creativos por metro cuadrado.

Si el arte de narrar es, como creemos, un mecanismo de defensa que desarrollamos para sobrevivir a la verdad (recuérdese a Sherezade y su método para no morir, en Las Mil y Una Noches) está claro que cuantas más facilidades posea el mentiroso en el futuro cercano, mejor será la calidad fabuladora de nuestros hijos y nietos.

Ocurre que mentir personalmente es, para algunos, una actividad muy trabajosa, en la que se ponen en juego actos reflejo complicados de controlar. Hay que mantener la concentración, no contradecirse, no pestañear demasiado pero tampoco nunca, no tocarse la nariz o el cuello, no ruborizarse, no tartamudear, parecer seguro y, sobre todo, poner un gesto de familiaridad que le sale muy bien a Ricardo Darín en las películas, pero no al resto de los mortales.

Quienes dicen siempre la verdad no son, como se supone, ni bondadosos ni éticos ni profundamente católicos. Son gente boluda. Personas que no tienen aceitado el mecanismo de la autodefensa. Gracias al mail, estos pusilánimes incapaces de mentir, ahora pueden hacerlo a gusto. E incluso (con el tiempo) convertirse en artistas.

El arte sólo requiere un diez por ciento de talento; el resto es práctica tenaz y constante. La riqueza artística del ser humano abreva en la originalidad de una óptica singular; la mayoría de las veces, falsa. Un pintor abstracto, un violinista alto, un escritor checoslovaco, un político latinoamericano, una cortometrajista lesbiana, no nos muestran algo que existe, sino aquello que está en los bordes de lo real: la mentira, la exageración, una idea difusa que trastoca los sentidos, una noción probable pero jamás probada de la realidad.

Extrañamente un artista ha dicho más de dos o tres verdades en su vida cotidiana. En cambio los mediocres dicen la verdad siempre. ¿Son mejores? No: le faltan fósforos. Los Flanders podrán tener una vida espiritual en apariencia más rica que los Simpsons, pero difícilmente vivan (a no ser de la mano de sus vecinos) alguna aventura interesante que contar. Los Flanders podrán tener el cielo; pero los Simpsons tiene el rating.

Lo único que hace falta para que el mundo que viene sea mejor es que sus habitantes mientan mejor. No sólo hay que mentir. Hay que mentir con un mínimo esfuerzo. Una mentira tiene que tener introducción, nudo y desenlace. No puede llegar desnuda, como llegan las ofensas gratuitas.

Estoy harto de ver cómo algunos utilizan el mail, el messenger, el weblog y todos estos sistemas de difusión de mentiras para contar la obvia y tristísima realidad, o para ofender la inteligencia del lector con medias tintas cobardes e hipocresías del

siglo pasado.

A mí me gusta que me mientan por mail, porque intuyo la gestación de un novelista oculto en el remitente. Y que me mientan en un blog. Y que me mientan por messenger. Incluso es interesante descubrir de qué modo sutil nos miente la prensa, la tele, la esposa, los amigos, la señalización pública, los spots televisivos y los gobiernos de izquierda.

Cuanta más mentira haya en el mundo, mayor creatividad habrá desarrollado el hombre para su solaz. Y de a poco, pero sin pausa, irá desapareciendo del mapa la sinceridad, ese síntoma tristón de una enfermedad mortal que se llama aburrimiento.

Las teleoperadoras también lloran

Mi relación con las chicas que te quieren vender cosas por teléfono empezó hace un par de años, y fue un comienzo descorazonador. En Argentina estos llamados no eran una plaga (como lo son aquí) y yo no estaba acostumbrado a defenderme. La primera vez que me quisieron vender algo, mandé a la operadora a la concha de su madre y colgué, como dios manda. Error: a los dos minutos la chica me llamó de nuevo, y estaba llorando.

Amargamente, me dijo entre sollozos que yo era un miserable, que no me costaba nada decir «gracias, pero no me interesa la oferta» o alguna otra frase cariñosa. En medio de hipo y pucheros me invitó a comprender que ella no tenía la culpa de estar encerrada, puchero, en un cubilete de tres por tres llamando a desconocidos, puchero, durante nueve horas al día; hipo.

Me conmovió la teleoperadora; me conmovió en serio. Me provocó un charco de culpa en la mirada, como cuando —de niños— hacíamos bromas por teléfono y nos pasábamos de crueles.

Le pedí perdón con sinceridad y vergüenza, y le dije que, si fuera por mí, le compraba aquello que me quería vender. Pero que las decisiones económicas en la casa las tomaba mi mujer. Nos despedimos con tensa calma.

Lo primero que hice, esa misma tarde, fue adquirir un teléfono buchón, que son ésos que te dicen desde qué número te están llamando. De ese modo podría esquivar las ofertas de las operadoras intempestivas. La primera semana todo anduvo de maravillas: las empresas de telemarketing utilizan un sistema que nos impide conocer el número, por lo que yo no atendía ninguna llamada que pusiera «número privado» en el visor. Durante días me sentí un muchacho inteligente e ingenioso.

Pero lo bueno no dura mucho. A las dos semanas descubrí que las llamadas procedentes del extranjero también ponen «número privado». Por lo tanto podía ocurrir que, al esquivar a una teleoperadora depresiva, no me enterase de la muerte de mi madre o alguna otra cosa importante de Argentina. Y otra vez empecé a contestar las llamadas de todo el mundo.

En los últimos seis meses casi nunca murió mamá. La enorme mayoría de los telefonazos vespertinos fueron de estas chicas, y tuve que pasarme tardes enteras escuchando el discurso memorizado de las promotoras autómatas, a las que me imaginaba encerradas en cubiletes oscuros y a punto de suicidarse si yo decía algo inadecuado. Por temor, nunca les falté el respeto ni colgué el auricular sin un «chau, que tengas un buen día», pero también aprendí algunas técnicas de disuación.

Así como ellas, las telemarketers, hacen un cursito para aprender a ser seguidoras e insistentes, yo fui puliendo métodos eficaces para quebrantarles el objetivo de mantenerme en línea. A mis mejores trucos los bauticé EAT y YSA: «Estaba Al

Tanto» y «Ya Soy Abonado». Hasta hace poco, ambos me funcionaban a la perfección:

—¿Hablo con el señor Casciari Hernán? —ellas siempre saben tu nombre, y lo dicen al revés, como en los colegios de curas.

—Sí, digamé —hay que responder «sí», porque si decís «no» les da lo mismo.

—Disculpe, Hernán —desde ese momento dirán tu nombre al final de cada frase —, lo llamo de «Movistar» para informarle de una promoción de alta gratis...

—Ah sí, estaba al tanto —primer match point.

—Fantástico, Hernán, ¿y le interesa?

—Es que ya soy abonado —bolea y partido.

—Siendo así, Hernán, disculpe la molestia.

—Chau, que tengas un buen día —saludamos a los jueces de silla y nos retiramos a vestuarios.

Vivía feliz con mis métodos hasta hace una semana que me llamó Silvia, la teleoperadora de «El Periódico de Catalunya». Una mujer terrorífica que debería estar trabajando como perro que huele marihuana en el aeropuerto. No hubo forma de detenerla.

—Ah sí, estaba al tanto de la promoción —mentí convencido después de su primera impronta, creyendo que sería otro partido fácil.

—Fantástico Hernán —me dijo ella—, ¿y le interesa?

—Es que yo recibo El Periódico en casa todos los días —dije, y esperé la ovación de las tribunas. Pero ella entonces me devolvió un passing shot paralelo a dos manos:

—Es que esta promoción es justamente para suscriptores. Déjeme que le comente en qué consiste...

La siguiente media hora escuché el discurso de Silvia en silencio. Para peor, ella tenía razón: si yo realmente hubiera sido suscriptor de El Periódico de Catalunya estaría encantado con los vales anuales de descuento, los DVD y las entradas a los preestrenos. Era un monstruo, Silvia. Un león vendiendo diarios.

—¿Entonces qué hacemos? —me dijo al final del espích—. ¿Le envío los vales y los paga contrareembolso?

Manoteé una excusa débil:

—Es que debería consultarlo con mi señora —confesé avergonzado; aquel era un drive sin fuerza, muy alto, extremadamente fácil de devolver.

—¡Fantástico! Consúltelo esta noche con Cristina —me dijo, sabiendo por alguna razón el nombre de mi mujer—. Lo llamo mañana a esta hora y confirmamos el envío, Hernán —y me colgó.

¡Me colgó ella, hija de una gran puta! Manejó el partido mejor que Martina Navratilova en sus mejores tiempos, y me había ganado el primer set sin transpirar.

Al día siguiente me había olvidado por completo del incidente. Por eso contesté el

teléfono con las defensas bajas y la Nina en brazos.

—Hola Hernán —dijo con una sonrisa que se adivinaba a través el cable—, soy Silvia, de El Periódico de Catalunya.

Temblé y Nina casi se me resbala de las manos. En otra situación, hubiera dicho «no, está equivocado», pero el acento argentino me delata. Opté entonces por el desdoblamiento de la personalidad:

—No habla Hernán —dije—; soy Rafael, su hermano, ¿quiere dejarle algo dicho?

Fue peor. Durante media hora me informó sobre todas las ventajas de la promoción como si yo nunca las hubiera escuchado, y cuando terminó me preguntó a qué hora podría encontrar a Hernán o a Cristina.

—Mi hermano ha tenido que viajar a Buenos Aires de urgencia —fantaseé—. Pero mi cuñada mañana por la tarde está todo el día —esto último era verdad; yo no quería saber más nada con Navratilova: que se encargara mi cuñada.

Cristina y Silvia conversaron por teléfono el viernes. Silvia le contó a Cristina que había estado hablando con su cuñado Rafael sobre la renovación de la suscripción al diario. Cristina le dijo que nunca habíamos sido suscriptores de El Periódico y que ella no tenía ningún cuñado llamado Rafael. Se despidió de la teleoperadora sin sacarme los ojos de encima, como si me quisiera comer vivo.

—¿Por qué tienes que mentir siempre? —me dijo entonces Cris, haciendo puchero—. ¿Por qué le mientes a todo el mundo, sin ningún motivo? ¿Qué ganas enredándolo todo?

Nina nos miraba con un compás rítmico de cabeza, privilegiada espectadora de una final de tenis sobre mosaico. Busqué el mejor golpe de revés durante un segundo larguísimo. No quería que Cris empezara a llorar y había que hacer algo pronto. Cuando tuve todas las puntas más o menos hilvanadas, tomé aire y le dije, mirándola a los ojos:

—Sí, Cris: tengo un hermano que se llama Rafael —prendí un cigarro, porque sería un partido durísimo, a cinco sets—. Es una historia muy larga, pero tarde o temprano te tenías que enterar —y le empecé a explicar la doble vida de mi padre.

El nuevo argentino es una copia pirata

Desde hace tres años, Darín ha compuesto un arquetipo que ha calado muy hondo en la bombacha de la mujer española. El personaje es un soñador pícaro que sufre ataques al corazón porque su madre con alzheimer se quiere casar con un tipo que vende estampillas en un club que se está fundiendo. Un personaje meloso que siempre tiene, a flor de labio, una frase entre existencial y divertida. El problema no es que existan argentinos de esta calaña (que los hay) sino que hoy en día todos los argentinos recién llegados a España quieren componer este personaje darinesco, y se está saturando el mercado.

¿Por qué escribo hoy con semejante fastidio? Ocurre que la gente como yo, es decir, el puñado de argentinos que de verdad somos encantadores, paulatinamente vamos perdiendo eficacia emotiva, pues ha comenzado a proliferar un grupo inmenso de compatriotas de biyuterí que está ofreciendo —a mitad de precio— encantos falaces que se empeñan, malamente, en imitar.

Siempre nos ha ocurrido lo mismo, en todos los ámbitos. Cuando un adelantado puso un videoclub en Mercedes y le empezó a ir bien, salieron cuarenticinco videoclub y se fundieron todos. Después ocurrió algo semejante con las canchas de pádel, y más tarde con las pizzerías a domicilio. Todo aquello que a alguien le sale bien, es remedado hasta el hartazgo, hasta que la oferta es mayor que la demanda y todo se va a la mierda. Hasta el infinito y más allá.

Y justamente más allá, es decir a España, nos vinimos unos pocos seres sensibles cuando la última pizzería quebró en Buenos Aires. Nos vinimos, hay que decirlo, sin conciencia de nuestra seducción innata; llegamos ignorantes de ser objetos sexuales; arribamos, incluso, pensando que éramos gordos y feos; aterrizamos dispuestos a hacernos las pajas de siempre, pero de cara al Mediterráneo.

Entonces, como por arte de magia, nos comenzó a ir bien, por alguna razón empezó a funcionar el acento, las mujeres en lugar de decirnos «no seas vueltero» susurraban un «ay qué profundo eres», y empezamos a descubrir que éramos muy buenos creativos publicitarios, que éramos excelentes amantes furtivos, o que podíamos dirigir una empresa de catering. La vida empezaba a sonreír. Pero no faltó quien, rápidamente, dio la voz de alarma:

—Che, parece que si te vas a España y hablás como el puto de Darín cogés con un montón de gallegas —y zas, a los seis minutos salieron ochenta aviones de Aerolíneas llenos de argentinos impostando sensibilidad y nivel terciario.

Durante mis primeros años de estancia ibérica todo funcionó a las mil maravillas, porque no se había corrido la voz. Las chicas me escuchaban hablar y decían:

—Ay, Hernán, no sé si me calienta más lo que dices, cómo lo dices o cuándo lo dices...

Con el paso del tiempo, y el arribo del cine de Campanella, ellas empezaron a decir:

—Ay, Hernán, si cierro los ojos lo estoy oyendo propiamente a Ricardo Darín —y eso ya molestaba un poco, pero se cogía igual.

Pero ahora, cuando te escuchan decir algo nacido de tu sensibilidad natural, algo originalísimo, espontáneo, fruto de tu esfuerzo intelectual, ellas retrucan con fastidio:

—Vosotros los argentinos decís siempre lo que una quiere oír.

¡No, mujer! Por el amor de Dios, no somos todos..., ¡soy yo! El que ha estudiado el alma femenina desde los trece años, el que ha leído y ha sufrido de amor hasta comprender íntimamente todos los laberintos de tu ser, el que se ha quemado las pestañas durante décadas catalogando empíricamente las especies de mujeres que existen sobre la faz de la tierra para poder luego decir lo que necesitás oír, ése, el mago que por fin ha llegado a tu vida, soy yo, no somos «todos los argentinos». El resto son copias pirata, corazón, el resto es oro falso.

—Y una mierda —dicen ellas—, hace un par de días, en un bar, había un camarero argentino que me ha dicho también cosas por el estilo.

—¿Qué te ha dicho el camarero?

—No sé, pero hablaba como tú, y también usaba la palabra «empíricamente», que no tengo ni puñetera idea de lo quiere decir pero me pone cachonda.

Y es verdad. Eso es lo peor. Los argentinos pirata han aprendido a usar palabras clave y a hacer gestos que sólo conocíamos nosotros, los argentinos con denominación de origen. Y últimamente no se puede ir por la calle sin escucharlos. Son una plaga. Cada dos cuadras te cruzás con media docena de falsos argentinos recién llegados; van todos diciendo piropos naïf, guiñando ojos a mansalva, dando a entender que han leído a Borges, ofreciendo fuego a las fumadoras, persiguiendo morochas con paso acaramelado y sembrando la confusión en el target femenino.

Aún no ha ocurrido, pero falta poco para que se sature el mercado, para que nadie (ni los argentinos reales ni las burdas copias darinescas) puedan engañar a una gallega y llevársela a los yuyos. Es triste decirlo, pero vamos camino a perder un nicho de acción que podríamos haber hecho propio a fuerza de verdad y trabajo, y todo por culpa de nuestro egoísmo enquistado. No parecemos hermanos, parecemos aves de rapiña. Y así nos va.

Me tenés inadmitido, jueputa?

Me he peleado para siempre con gente muy querida a causa de mi costumbre de inadmitir a todo el mundo en el messenger. Los ofendidos piensan que soy un ser típicamente antisocial, un ermitaño moderno; yo creo que nadie en su sano juicio debería dejar abierta la ventana de su intimidad.

—¿Te pensás que no me doy cuenta que me tenés inadmitido, eh?

Ésa es la pregunta retórica que (desde el auricular del teléfono o desde el zaguán de casa) más he oído durante los últimos años. Por lo general, fueron las últimas palabras de muchas personas con las que compartía una amistad o un lazo sanguíneo. Dicen eso y trascartón se ofenden para siempre. Pero igual no cejo en mi solitaria lucha. El messenger no ha nacido para que te molesten, sino para conversar cuando uno quiere, no cuando quieren los demás.

El viernes discutíamos acaloradamente en casa este tema espinoso con la investigadora Beatriz Marín (que estudia las relaciones interpersonales dentro de las nuevas tecnologías, y además dirige Actilingua; es decir, una señora que ha estudiado) y ella, con gran aplomo y experiencia docente, catalogó mi actitud:

—Tú lo que eres es un maleducado de mierda.

Lo han intentado mil veces, pero nadie ha logrado convencerme de nada. La gente me dice que, de prosperar mi método, media Humanidad tendría inadmitida a la otra media Humanidad (y viceversa) logrando de este modo la ilusoria sensación de que el «Planeta Tierra ha abandonado la sesión». Lo acepto. Y la verdad, me importa un carajo. ¿O no vivimos así como mil años sin que pasara gran cosa?

Cristina, mi mujer, muchas veces me mira con trompa y me dice:

—¿Por qué me tienes inadmitida cuando estás en el trabajo? —yo le explico que no la tengo inadmitida a ella en particular, sino a todos. Que no es individual mi odio, que es contra el mundo entero.

—Yo no soy todo el mundo, gilipollas —me dice.

Y cuando tu esposa te dice «yo no soy todo el mundo», lo más seguro es que a continuación te toque hacer la comida y almorzar solo. Y después irte a publicar «Los Bertotti» al cibercafé de enfrente.

Y justamente allí, en los cibercafés, observo con irreprimible asquete a los adolescentes actuales con sesenta contactos admitidos y conectados, escribiendo como locos monosílabos de compromiso, respondiendo con síes y con noes, o lo que es peor, con jajajas. ¿No es hora de avisarle al pueblo, de gritar a los cuatro vientos, de confesar al unísono y de una vez por todas que nadie se está riendo mientras escribe jajaja? ¡Basta de farsas, por el amor de Dios! El messenger es el germen de la hipocresía y de la vigilancia interpersonal, igual que los teléfonos móviles.

Ahora leo en el diario —horrorizado— que a fin de año se lanzará al mercado un

sistema que te indica dónde está exactamente la otra persona cuando la llamas al telefonito. ¿Qué es este botoneo infame? Graham Bell se debe estar revolcando en su tumba... A veces pareciera que las mujeres celosas han conseguido trabajo en Nokia y buscan venganza. Deberíamos replantearnos esta moda de que todos sepan si estás, a dónde estás y en qué estás.

El hombre que inventó el «Teléfono Que Te Avisas Quién Llama» es un genio. Eso está claro. Porque gracias a él yo descubrí hace poco que, por hache o por bé, todo el mundo me molesta. Desde que tengo ese aparato en casa no atiendo más a nadie y soy feliz. O lo era.

Porque resulta que después vino otro inventor, un flor de hijo de puta, que creó un aparato que sirve para ocultar la identidad del que te busca. Y ahora mi teléfono, en vez de avisarme con un letrero que el que llama es «El pesado de Juancarlos», ahora pone un misterioso cartelito: «Llamada Privada», porque el pesado de Juan Carlos, que sabe que es un pesado, se compró un coso de esos para ocultarse... ¡Hay que subestimarse mucho para activar ese artilugio, mucha conciencia de ser un pesado hay que tener...!

Con el messenger (ya van a ver) va a pasar algo parecido en cualquier momento —si no es que ya ha pasado—: van a inventar un software para saber quién te tiene inadmitido. Y después van a inventar otro software para bloquear a los que tienen ese primer software, y así hasta la eternidad.

Yo creo que, dentro de no mucho, la vida se va a convertir en un contraespionaje casero, en una guerra psicológica en la que habrá que pelear desde casa y en pijama, contra bravísimos enemigos que serán todos tus parientes, tus conocidos y tus compañeros de trabajo.

¡Por fin una guerra como la gente, en la que no hay que hacer la colimba ni ponerse un casco y borceguíes! ¡Por fin una guerra a la medida de mis posibilidades!

Espero con ansias esa contienda... Sé que voy a triunfar.

El chistoso es una lacra social

Hay una clase de gente que sabe chistes. Saber chistes es fácil; te sentás una tarde con un cassette y, si le ponés voluntad, te aprendés noventa. Pero «saber» contar chistes es otra historia. Yo le tengo un miedo espantoso a esa gente que, en las fiestas, te empieza a contar chistes. Le tengo más miedo a eso que al cáncer de próstata.

—Hernán Hernán, vení —se viene riendo de entrada el chistoso, y te agarra del hombro para que no te escapes—. ¿Sabés el del tipo que va a la tintorería porque tiene una mancha de semen en el pantalón?

—No.

Yo soy de los que dicen «no», como casi todo el mundo. Quisiera ser de los que dicen «sí» y se quedan tan contentos. O de los que dicen «no sé, pero no quisiera verte hacer el ridículo, Ricardo».

Pero mi timidez, o mi falta de reflejos, provocan que mi respuesta sea «no». Y entonces me quedo en pausa, intimidado, como las liebres en la ruta cuando viene un camión de frente con las luces altas. Digo «no» y me preparo a vivir un momento incómodo. ¿Por qué es incómodo que te cuenten un chiste? Principalmente, porque hay que hacer demasiados esfuerzos para fingir que te estás divirtiendo.

Como primera medida tengo que poner la mandíbula en piloto automático. Esto es, sonreír de entrada, mientras el otro empieza con su relato. Siempre el contador amateur quiere ser gracioso desde el vamos: mueve las manos, cambia la voz si hay más de un personaje, etcétera. Y esto, supuestamente, «ya es» gracioso. Entonces tenso el músculo abductor, mostrando los dientes, cosa que cansa muchísimo.

El esfuerzo mayor, sin embargo, es dividir el cerebro en tres compartimientos: el que escucha el argumento del chiste, el que se pregunta porqué mierda no me quedé en mi casa, y el que critica minuciosamente la performance.

Mientras el chistoso cuenta, yo pienso cuánto hay de natural en su exposición. Cuánto es de él, y cuánto está copiando. Reconozco los fallos de tiempo y suspense. Le busco los hilos a la marioneta. No sé por qué, pero dedico mucha energía a hacer una crítica despiadada del pobre aficionado; me convierto en una especie de borjamari del chascarrillo.

Y sufro mucho. Sobre todo cuando el chistoso va llegando al final, y desde lejos se nota que la trama va perdiendo fuerza. Que no se sostiene, que las voces de los personajes no son las mismas que al principio, que el remate se ve venir, se sospecha... Y entonces empiezo a preparar la carcajada falsa. No sé reírme de mentira. Me sale como un catarro. Pero mentalmente voy practicando.

—¡Aja jaaaa jaa jaja! —exploto cuando el chiste termina, tratando de no quedar del todo satisfecho, por las dudas que el contador sea uno de esos que saben más chistes.

Pero hay algo peor que el que te arrincona en soledad: y es el que cuenta chistes verdes en la mesa, y en vez de decir culo, pito, coger o concha, hace gestos, ruiditos o movimientos de cejas:

—Había una pareja en un auto, a la noche, y estaban a punto de... ya saben —y cierra el puño, pone cara «graciosa» y mueve la mano para atrás y para adelante—. Entonces ella le agarra al tipo la... ¿no? —y mira a las mujeres presentes—, bueno, y era enorme.

¡Si vas a contar algo en donde la poronga es protagonista, decí «Poronga»! Y si pensás que decir poronga es amoral, o es una falta de educación, o constituye delito o pecado, ¡entonces no cuentes algo donde la poronga es la protagonista!

Yo transpiro mucho en esas reuniones de gente grande que cuenta chistes. Me hago mucha mala sangre, me saca úlcera. Incluso me estoy poniendo de muy mal humor mientras escribo esto.

Odio mucho, por ejemplo, a los que cuentan chistes de gallegos metiendo la zeta en todas partes, a los que después del primer chiste te cuentan otro porque fingiste mucha risa, a los que tartamudean al final porque se ponen nerviosos, a los que cuentan chistes de Verdaguer poniendo la voz de Verdaguer, a los que se ríen mientras narran como si los ganara la tentación, a los que cuentan chistes de caballos que entran a un bar y piden un vino, a los que imitan la voz de los maricones usando la misma zeta de los gallegos pero poniendo la mano como si llevaran una bandeja invisible, a los que te explican el final, a los que se equivocan y empiezan de nuevo, a los que creen que para hablar como un judío solamente es necesario decir «noive» en lugar de nueve, a los que repiten el remate porque no te causó gracia y creen que no entendiste, a los que sospechan que los chistes en donde aparece Marx o Freud son chistes inteligentes, a los que cuentan chistes largos donde hay un amante adentro de un ropero, a los que incluyen el final en la introducción y no se dan cuenta, a los que preguntan si no hay gente con cáncer en la mesa antes de contar un chiste negro, a ustedes, a todos ustedes que son legión y que compran los casettes de José Luis Gioia en las góndolas de liquidación y después se encierran un día entero a aprenderse de memoria cada palabra, a ustedes les tengo miedo, les tengo lástima y los odio.

No son graciosos y lo saben, pero insisten. La única virtud que tienen es haber aprendido algo de memoria. Saben las palabras, las pueden repetir una atrás de la otra, pero no tienen la menor idea de cómo decirlas. No les entra en la cabeza que el humor es un arte, como pintar cuadros o tocar el violín.

Yo, por ejemplo, me sé de memoria muchos poemas, pero eso no me habilita a ir por las reuniones recitándoselos a la gente por la espalda y a traición. Aunque no estaría mal que, una noche de estas, para vengarme de todos los hijos de puta que se creen graciosos, empezara a llevármelos uno por uno a un rincón y les dijera:

—¿Sabés ése del tipo que no es nada, que nunca será nada, que no puede querer

ser nada, pero aparte de eso tiene en él todos los sueños del mundo?
A ver cuánta poesía portuguesa son capaces de aguantar.

Pequeña teoría de las especies

Ya es hora de que alguien hable del gran tema tabú alrededor de la inmigración argentina en España. Y es que todo el mundo mira para otro lado ante la gran pregunta: ¿Por qué hay innúmeras parejas formadas por argentinos-macho y españolas-hembra, mientras que casi no existen relaciones estables entre argentinas-hembra con españoles-macho?

El argentino-macho, desde el principio de los tiempos, se topa con el mayor problema de su especie: la hembra de su entorno es un animal hermoso y exigente. Igual que los peces, que cuando bajaron las mareas debieron convertir sus aletas en patitas para sobrevivir, el argentino-macho tuvo que desarrollar su labia como sistema de seducción para no quedarse atrás.

¿Por qué desarrollaron la labia, y no por ejemplo los bíceps, como hacen las especies industrializadas? Porque aprender a hablar es gratis, mientras que un gimnasio cuesta 18 dólares por mes. Comprobamos así que el segundo problema del argentino-macho, después de seducir a la hembra de su entorno, es la falta de dinero para agasajarla.

La hembra-argentina no nace, pues, entre algodones: nace, vive y muere entre piropos y miradas de fuego. Por cada mujer que camina por la calle moviendo el culo, hay doce creativos publicitarios sin trabajo persiguiéndola con frases de amor llenas de originalidad y lujuria.

Un 70% de las mujeres argentinas elige a un hombre de su patria y comparte con él la vida, pero otros muchos varones, cansados de luchar contra una hembra autóctona cada vez más vanidosa e histérica, deciden emigrar a España. Y allí se encuentran con un mercado completamente virgen.

El español-macho, desde el principio de los tiempos, se topa con el mayor problema de su especie: matar a todos los toros y arrancarles una o las dos orejas. Según su óptica, el toro es un animal hermoso y exigente. Para seducir a las mujeres españolas mientras torea, se disfrazan de arlequines fosforescentes.

¿Por qué el español-macho sacrifica mamíferos en una plaza pública, en lugar de ejercitar los bíceps en un gimnasio o el arte de la oratoria? Porque se saben incapacitados para otros tipo de deportes en los que hay que enfrentarse a otros seres humanos (por ejemplo el fútbol o el cortejo de seducción) y prefieren enfrentarse a animales asustados. Comprobamos así que el segundo problema del español-macho, después de la tauromaquia, es su complejo de inferioridad competitiva.

La hembra-española, por ende, tampoco nace entre algodones. Lo hace esquivando las patadas de padres, hermanos y novios quienes, al creer que el toro es la exégesis de su masculinidad, tratan a sus hembras como si fuesen vacas. Cansadas de no recibir piropos, agasajos y mimos, la hembra-española (al menos la que no

muere por los golpes) se toma un taxi y se va a los aeropuertos, a esperar hombres de otras latitudes, a ver si hay suerte.

Y justamente desde los aeropuertos arriban, cansados de las exigencias femeninas de su especie, los argentinos-macho, con los puños llenos de verdades y la cavidad bucal explotando con piropos y lisonjas. El argentino-macho llega a España buscando una mujer serena que no esté acostumbrada a la caricia, y la hembra-española busca un hombre que sepa conversar de algo interesante durante más de dos minutos. ¡Feliz coincidencia!

¿Pero qué pasa con las argentinas-hembra que, cansadas de la penuria económica, también emigran a España? Ocurre, como es lógico, que se sienten descolocadas al caminar por las calles moviendo el culo. Les extraña no oír los piropos de siempre, ni las frases dulces almibaradas de lujuria. Y es que el español-macho, a esa hora, está mirando los toros o doliéndose porque su equipo de fútbol ha perdido otra vez en cuartos de final.

Las muy pocas argentinas-hembra que traban relación sentimental con un español-macho, lo hacen por interés (que es la segunda característica de esta especie, después de la belleza). El resto, a la larga, se consigue un argentino-macho emigrado, o se vuelve a la patria para escuchar otra vez, de boca de sus hombres autóctonos, lo lindo que balancea el traste. Y se sienten otra vez arropadas y en paz.

IV

La nostalgia

Próximo destino, la memoria

Creo que vuelvo al amanecer con gripe, que no hay escuela, y entonces me quedo en la cama a descubrir la televisión matutina, que es muy rara: primero Telescuela Técnica, después las Manos Mágicas y a las once Patolandia el programa feliz. A dejarme poner la bolsa de agua caliente en los pies. A eso creo que vuelvo cuando voy. Pero también a otras cosas.

Al olor del negocio de trueque de historietas de Mar del Plata, por ejemplo. A la textura áspera de las revistas de Disney y a la emoción de encontrar una nunca leída. O a hundir el tenedor en la clara batida y gratinada del pastel de papas, con precisión de cirujano, para oír ese ruidito leve, zsab, que deja escapar un aroma único a carne y pasadeuvas. O a morder la empanada desde las puntas y soplar una esquina para que salga el humo de la locomotora. Y reírnos.

Creo que vuelvo a saltar de la bolsa de dormir antes que nadie, y que salgo de la carpa iglú a las siete de la mañana, a esa hora en que hace frío y calor al mismo tiempo. Que camino hasta el río con paso de experto en la soledad. Que encarno, que tiro la caña, que espero. Y entonces me siento el chico de diez años más grande del mundo. Luego, cuatro o cinco mojarras después, siento los pasos del abuelo Salvador que llega con las líneas para dorados y taruchas. Al humo de sus Particulares 30, creo que vuelvo. A sus consejos de pescador de tiburones.

O a tener dieciséis años y estar sentados en en banco de la 40 con Chiri y el Ruso, hablando de don Miguel de Unamuno y del culo de las chicas de cuarto año. Los tres sabemos (y sabemos también que es un milagro saberlo) que en ese momento estamos siendo felices. La nostalgia del presente la descubrimos entonces, antes aún de descubrir el poema.

Me imagino que vuelvo a casa desde el centro (por primera vez en años, caminando) después de haberme dejado robar en las narices la bicicross. Hago esas seis cuabras muy serio, enojadísimo con el mundo, pensando cómo será mi vida desde ahora, sin bicicleta. Sin esa bicicleta, a la que sólo le faltaba volar. Y vuelvo sin llantos. No debo entrar llorando a casa, no soy un gordito maricón. Tengo que aceptar la tragedia como un hombre de a pie, que es en lo que me he convertido.

También sospecho que vuelvo a sobresaltarme en la cama sin saber si está amaneciendo o cayendo el sol. Sin terminar de entender si todavía es temprano para la escuela o si estoy en medio de la siesta. Alargo esa duda y trato de pensar en otra cosa, para que se llene de misterio la pieza y se estire la incertidumbre, que es hermosa e intensa: como la sensación de despertar en un país que aún no ha sido fundado por el tiempo.

Y sospecho que voy a Buenos Aires, por primera vez solo, y lo miro todo como si viera una pantalla de cine sin bordes. Pienso, fascinado: «acá voy a vivir en unos

años; acá voy a coger». Y me pierdo queriendo por Corrientes, la que no duerme nunca. Y entro a un bar y me pido un whisky. Y soporto estoico la media sonrisa del camarero, su cuchicheo irónico con el pelado de la caja. Pelotudos, los dos. Y descubro enseguida que un whisky es algo muy amargo que no me gusta. Vuelvo a todo eso.

Y a orejear la baraja despacio. A ver la panza redondeada de algo que que pueden ser 3 damas, o 3 nueves, o 3 ochos. Esa excitación de tener un proyecto de pierna con dos cartas aún cubiertas. Y rompo el suspenso con un envión del pulgar para destapar el full servido. Y sin fumar. Sobre todo sin fumar (ellos saben, Jorge, que cuando fumás después de orejear es porque ligaste). Y entonces pongo cara de póker, paso a la primera y después me juego el resto, para que me crean mentiroso.

O a caminar por el pasillo de casa en invierno sabiendo que hay cáscaras de naranja quemándose en la estufa. A oler el aire como lo olería un perro. A saberme, por alguna razón inexplicable, protegido y a salvo del futuro. O a ver pasar un sulky por la vereda de la 35 y pensar que los chicos de la Capital no van a tener nunca esa suerte. Vuelvo a estar orgulloso de haber nacido en un pueblo, a pesar de que ellos, los porteños, agarren Tevedós sin antena.

Y a patalear en el Cine Argentino cuando se empiezan a apagar las luces. O a tirarle piedras al farol del Solbaid, borracho como un chanco, y acertarle siempre. Y a vomitar hasta el pulmón jurando que nunca más, pero nunca más, vino tinto en cajita. Creo que vuelvo a marcar cuatro números en el teléfono, con el corazón hecho mierda, para hablar con alguien que amo y no me ama. También a eso.

Y seguramente a más cosas. Pero a ésas, sobre todo, creo que vuelvo cada vez que me bajo en Ezeiza, cada vez que miro mi cielo del sur, una vez al año. Durante las doce horas de avión tengo siempre la ilusión pavota de que estoy volviendo a aquello, a mi patria memorizada.

Pero cuando respiro y veo, cuando el taxista guarda mi valija negra en el baúl, entonces me cae la ficha. Entiendo de golpe que solamente he vuelto a la Argentina, a un país cualquiera entre mil países, a un envoltorio para regalos que ya no tiene mi juguete adentro.

Borges, desde el tablón

Lo peor que puede pasar en una mesa, cuando el tema es Borges, es que los que conversan empiecen con la cantinela de su posición política y la mar en coche. Hasta los 25 años yo me tomaba el trabajo de discutir sobre el asunto (un día en Chile, incluso, me cagué a palo con uno). Pero desde que maduré, me levanto de la mesa y me voy sin saludar.

Para ser hincha de Borges, pero hincha en serio, ojo, es necesario ir todos los domingos a la cancha. No vale ser «simpatizante». Es decir, no vale comprarse los tres tomos color manzana y tenerlos a la vista en el anaque. No vale «haber leído» a Borges. Para ser un incondicional, por lo menos la Poética Completa tiene que vivir en el baño, arriba del canasto de la ropa, junto a la revista dominical del diario y el Deportivo del lunes.

Para empezar, hay que saber que Borges dijo todo lo necesario que había para decir en el mundo. Si no tenés bien clarito esto, no podés ser hincha. Las demás cosas que dijo o escribió el resto pueden estar bien o mal, pero no son tan tan tan fundamentales. Por eso, en cualquier conversación jugosa sobre cualquier tema, un hincha en serio no tiene otra opción que decir, cada dos por tres: «boludo, ya lo decía Borges», y poner cara de barrabrava.

Los hinchas de Borges no son intelectuales. Les importan un carajo las siguientes palabras: semántica, silogismo, hipertexto, entrelínea y epistemología. Los hinchas de Borges no compran nunca, ni a punta de pistola, libros que estudian la obra de Borges, ni libros que chusmean sobre su vida privada. Los barrabrava más radicales incluso van a las librerías a quemar este tipo de literatura analítica o biográfica, mientras cantan de esta forma:

«Sarlo,
qué asco te tengo,
lavate el culo
con aguarrás».

O de esta otra:

«María
Kodama,
la concha de tu hermana».

Lo que sí hacen los hinchas muy a menudo es juntarse en un departamento a fumar porro y leer a Borges en voz alta, pasándose el libro cada tanto para que no se

les seque la garganta a ninguno.

Se empieza con la poética y se sigue con algún cuento. Después, hacia las tres am, se mechan ensayos cortos para no caer en el fanatismo barato. Si bien no es conveniente conversar mucho durante estas tertulias, está permitido, cada tanto, intercalar alguna interjección. Por ejemplo:

Lector: —«(...) A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires: la juzgo tan eterna como el agua y como el aire.»

Oyente: —¡Qué hijo de una gran puta!

Las hinchas femeninas de Borges fuman como un escuerzo y son, a los ojos de las señoras de los otros edificios, más putas que las gallinas de la raza ponedora. Puede invitarse a una tertulia a señoritas decentes para disimular, incluso a vírgenes, pero entre la medianoche y el alba pasan dos cosas: o se quedan dormidas —en tal caso hay que despertarlas y pedirles un taxi— o entienden de golpe el mundo y empiezan a manotear la poronga del que está leyendo.

Otra conversación aburrida y tópica, a la que los hinchas le escapan como el gato al agua, es la que gira sobre la sexualidad de Borges. A un barrabrava serio no le importa si a Borges se le erguía o no la chota en la intimidad. Ni le preocupa en lo más mínimo que su literatura esté exenta de salvajismo sensual. Los hinchas están en contra de Estela Canto y de todas las mujeres que se han querido hacer famosas a costa de la impotencia del escritor. Si Borges no se las cogía, es porque eran feas.

Adolfo Bioy Casares es un problema para la hinchada. Siempre lo fue. Se acepta y festeja su amistad con Borges, pero muchos hinchas no están de acuerdo con la literatura de Bioy. No les divierte, no los seduce, no les calienta. Pero igual —a pedido de los fanáticos muy radicales— a veces en las tertulias se lee un poquito de «La Invención de Morel»: más que nada el prólogo. Y santas pascuas.

Por último, pequeños detalles para ser un buen hincha: los libros de Borges no se prestan: se regalan. Está permitido decirle «el ciego» en la intimidad, pero nunca delante de gente que no sea barrabrava. No necesariamente hay que obsesionarse con las espadas, los mayores, el sajón, los espejos, el color amarillo ni el idioma alemán (una cosa es ser fanático, y otra cosa es ser adolescente histérico). Para un buen hincha, el mejor dibujo de Borges lo hizo Sábat.

Pero lo más importante para un hincha en serio es no hacer alarde de Borges. No hay que decir nunca (y mucho menos en un blog que se lee en la península) que Borges es el mejor escritor en castellano de todos los tiempos. Porque a los cervantinos se les atraganta la comida cada vez que descubren que la Eurocopa a veces la ganan, sí, pero que el Mundial fue y será siempre blanquiceleste.

Yo es otro

Yo creo que hago todo lo necesario, carajo. Y más. Abro el Clarín todas las mañanas a las ocho. Miro el partido del viernes; también entreveo, medio dormido por la diferencia horaria, el partido del sábado; y me siento en el sofá con una Quilmes en la mano a mirar los dos clásicos del domingo. Hago todo lo que hay que hacer.

El kiosco de enfrente de casa, que fue adquirido hace dos meses por un tipo de Lanús, ahora se llama La Bombonera y me vende yerba, alfajores y Serranitas; además, toda la familia del kiosquero me saluda con acento. Converso cuando se me antoja —vía Skype— con mi familia en Mercedes a un centavito de euro el minuto. Algunas tardes el Chiri me cuenta, por messenger, las novedades literarias desde su librería de Luján.

Me cuido mucho de no hablar de tú más que lo estrictamente necesario. Despotrico contra la forma en que las españolas meten el culo adentro de los vaqueros: sin gracia, sin calce profundo. Recito a solas la frase «ayer guiyermo se olvidó las yaves del garaye y el toyota se quedó abajo de la yuvia» para no perder la entonación. A la Nina le digo ¡che! y la santa se da vuelta: es importante inculcarle que «che» es su segundo nombre.

Voy con el mate por toda la casa, a cualquier hora, incluso cuando no tengo ganas de tomar mate. Para despertar a mi hija de la siesta le canto Manuelita, la Reina Batata y Siga el Corso, en versión infantil. Despotrico contra la televisión española cada treinta minutos. Entre amigos no digo euros, digo pesitos: «prestáme diez pesitos» digo concretamente. Sigo pensando colectivo, subte, calefón, garrafa y plomero pelotudo, aunque muchas veces tenga que decir autobús, calentador, bombona y fontanero gilipollas. Del Clarín leo más que nada la sección Espectáculos, para saber si Tinelli le ganó a Suar o al revés. Y después reviso los chistes de la contratapa, para comprobar si me sigo riendo de las mismas cosas que antes.

A veces, cuando no entiendo un chiste, cuando un código argentino no se desata en mi cabeza con la soltura de la cotidianeidad, me siento terriblemente aislado, contrariado, perdido y caducado como una natilla en la nevera. Vencido como un sandy en la heladera. En orsai. En off-side. Me siento sucio como si me hubiera violado un gallego metiéndome la edición dominical del diario El País, enrollada, por el culo.

Me siento ofendido con mi propia cabeza, una cabeza que, a pesar de los esfuerzos desmesurados que hago, a veces se olvida de algo, va puliendo los baches de la memoria, se contamina de pluralidad lingüística, va desterrando la frase «dejémé a mitad de cuadra» cuando me subo a un taxi. Odio a veces a esta cabeza mía que reconoce, por la calle, a los argentinos recién llegados por su desmesurado yeísmo.

Muchos días me molesta sentir que me estoy acostumbrando a que todo funcione, a cobrar el día uno, o a que el policía de la esquina converse amistosamente con la puta de la esquina como lo que son, dos servidores públicos nocturnos que trabajan en la misma esquina. No debería acostumbrarme a eso: yo vivía en Palermo, la policía y los travestis se perseguían, se pegaban palazos, a veces ganaban ellos, a veces ganaban ellas. Pero no. Me acostumbro al orden. Me acostumbro a ir de madrugada sin ver a los chicos en la basura. Incluso hay días en que me siento cívico y tiro el paquete vacío de cigarros en la papelera. Odio esos días en que me siento cívico.

Entonces me pongo como loco y hago más esfuerzos, para no acostumbrarme, para no dar el brazo a torcer, y leo el pirulo de tapa de Página 12, y me bajo del E-Mule ochenta películas argentinas, también las películas que, si viviera en Buenos Aires, no vería ni borracho. Incluso me bajo y miro las películas en las que trabaja Nicolás Cabré.

Compro literatura argentina para saber qué están haciendo los escritores de mi edad. Escuipo por la calle. Reconozco, a un golpe de vista, las publicidades españolas rodadas en Buenos Aires, por el paisaje o por la creatividad.

Despotrico, despotrico y despotrico todo lo que puedo, contra todo lo chato y todo lo triste y todo lo básico que hay en la cultura española. Hago comparaciones odiosas que a Cristina le ponen los pelos de punta. Me declaro en contra de la sociedad del bienestar, del consumo navideño, del Corte Inglés y de que en las ciudades de veraneo a las que vamos a echarnos panza arriba no haya una puta librería decente.

Hago todo lo que puedo, lo juro por dios y la virgen: una vez cada quince días canto «febo asoma ya sus rayos iluminan el histórico convento», y tengo en el bidet del baño (acá el bidet tiene tapa y no sirve para limpiarse el culo) las obras completas de Borges y las de Fontanarrosa.

Sigo los partidos del Villarreal porque es el equipo con más argentinos titulares. Anoche grité bien fuerte el gol de Maxi López, y después grité más fuerte todavía el pase de Maxi López que le dio el dos a uno al Barça contra los ingleses, que son todos putos. El que no salta es un inglés, el que no salta es un inglés.

Pero a la vez me alegra que mis amigos estén a punto de conseguir los papeles. Y cocino la carne como dios manda, cocida, asada, a lo macho. Le pongo chimichurri, le pongo sal gruesa. Hago todo lo que hay que hacer. A veces hago más de lo que hay que hacer. Y sin embargo, a veces, a solas, mirando por la ventana, cagado de frío en pleno febrero, pienso que no podría vivir otra vez en Argentina. Es más, a veces pienso que no he vivido nunca en Argentina, que he tenido un sueño, un sueño real y nítido, que he tenido la sensación maravillosa de ser de allí, pero que nunca, en realidad, he estado.

Que jamás me he quedado una noche entera esperando un trasbordo en Moreno, muerto de miedo. Que nunca en la vida me robaron el discman en la estación Victoria, ni que nadie me puso jamás un cuchillo tramontina en la garganta para sacarme el bolso. Que nunca me dijeron que me iban a pagar y después no me pagaron. Que nunca dije «la semana que viene te pago» y después me mudé de ciudad para no pagarle a nadie.

Todo me parece un sueño, a veces. Hasta este DNI que sigo llevando (al pedo) en la billetera, el celeste con el logo del Mercosur, el que tiene mi cara de antes. Ya no es algo real o palpable. Este documento plastificado ya se ha convertido en otro de mis esfuerzos por seguir aferrándome con desesperación a un lugar en el mundo, a una utopía, a una noche interminable de mis veinte años, a unos amores y a unos amigos, a una mesa llena de libros y porro y mugre y lamparones de vasos de cerveza.

¿Y esta foto? ¿De quién es la foto en este DNI? A veces me miro en esta foto, la miro detenidamente, y no me reconozco. No soy yo del todo, es un doble, un doble mío, un doppelganger, un double walker, un conocido, un tipo que se parecía mucho a mí en algunos gestos, en ciertas manías chovinistas. Pero ahora esta foto puede ser la de cualquiera —me digo—, aunque hay alguien que con toda seguridad no está allí, posando como un estúpido en la Policía Federal a principios del año 2000: allí no está, ése no es.

Y entonces concluyo, muerto de miedo, vencido, caducado, que en esa foto ya no hay identidad por la que valga la pena pelear. Porque ésa no es la foto del padre de la Nina. Ni lo será nunca más (ni lo seré nunca más), por más yeísmo que arrastre mi lengua hasta que el paladar se me seque de gloria morir. Ésa no es la foto del padre de mi hija. Yo es otro, ostia puta, y vengo a descubrirlo ahora, en febrero, en Barcelona, y con esta lluvia triste que parece mercedina.

Mi sofá, mi casa, mi embajada

Ayer volví a mi casa después de un mes de estar en otros lugares peores. He vuelto a mi baño, a la forma exacta del culo en el inodoro, a hablar por teléfono tirado en el sofá naranja, a ver películas hasta cualquier hora y, más que todo, he vuelto a tener todo el tiempo del mundo para conectarme a Internet y mirar televisión. Por alguna razón, siento que hubiera regresado no a mi sofá, sino a mi patria. Es un poco raro, pero cuando me voy de mi casa en Barcelona por algún tiempo, lo que más extraño es Argentina.

Es que con paciencia y dedicación, los que vivimos en un país extranjero hacemos de nuestra casa una especie de consulado, o embajada. En la mía, por ejemplo, el reloj más visible del comedor marca la hora argentina. No es una frivolidad nostálgica, sino algo muy útil, porque necesito saber qué hora es allí si quiero llamar al Chiri o a mi hermana, o si debo imaginar qué están haciendo mis padres, si almorzando o durmiendo la siesta. O para saber, los domingos, si ya es hora de poner la radio.

La televisión, o más bien la antena, también está tuneada para que sintonice los eventos imprescindibles del otro lado del charco; y la radio, los libros, los discos; y la compu bajando series argentinas toda la mañana, mientras duermo. Dentro de casa he construido el mundo de este modo para que casi nunca se me venga encima la sensación de estar lejos (y un poco también para molestar a Cristina).

Pero entonces, a veces, pasan cosas horribles e inesperadas. A mí me ocurrió hace treinta días: me tuve que ir de casa un mes entero.

Es increíble, pero en ese tiempo he padecido el exilio verdadero, no ese símil del que me quejo (de lleno) casi siempre en estas páginas. He vivido en carne propia aquel dolor horrendo que se sufría en la antigüedad: el de no saber nada en directo, el de no tener puntos de conexión con el origen. De hecho, ni siquiera pude ver los cuatro primeros partidos de Argentina en el Mundial de Básquet, y me enteré con tres días de retraso que Matías Silvestre, el hermano chiquito de mi amigo el Chino, hizo un gol en Boca y salió en la tapa de todos los diarios. Un asquete.

Por culpa de esa vivencia espantosa (la de sentirme en diferido) me puse a pensar con seriedad y admiración en aquellos que debieron dejar Argentina en las épocas en que, realmente, no había modo de informarse ni de estar cerca de manera virtual. Porque, digámoslo de una vez, en los últimos años —mediados de los '90 hasta hoy— vivir lejos del país comenzó a ser más fácil para el cuerpo, y más sosegado para el alma.

Los dramas personales del desarraigo ahora son más leves: las cartas no viajan ya por barco, ni uno tarda meses en saber que la madre ha muerto. Las noticias políticas y deportivas de la patria no llegan con cuentagotas, ni tampoco tergiversadas. La

memoria no se horada con el paso de los meses, ni la melancolía transita ya por el camino de la incertidumbre. «¿Me recordarán?», o aún peor, «¿Todavía los recuerdo?» no son ya las preguntas insomnes del que se ha ido.

No hace tanto, en los años de la dictadura argentina, muchos escritores que tuvieron los reflejos de salir del país a tiempo, sin casi maleta ni despedida ni explicación ni consuelo, narraron desde el extranjero la soledad y la impotencia del exilio. A mí siempre me emocionó esa catarsis, ese desahogo literario. El que más recuerdo siempre es Humberto Costantini, un narrador porteño a ultranza que un día, de sopetón, se vio solo y desesperado en México, sin saber nada más de su familia, ni de sus amigos, ni de sus calles, ni de la suerte o desgracia de su país asediado.

Por terror a olvidarse, Costantini había inventado un juego solitario. Por las noches, a oscuras en el DF, intentaba recordar al detalle la vereda oeste del Rosedal bonaerense, palmo a palmo; exactamente el breve trecho entre un viejo farol inglés y una matita de corona de novia. Lo hacía con cuidado, como si acariciara ese pedacito de la avenida Infanta Isabel, reinventando en el recuerdo cada baldosa, cada busto: William Shakespeare junto a Alfonsina Storni, y más allá don Luis de Góngora, hasta el arco formado por Gabriela Mistral y Carlos Guido Spano.

—Era una forma, como cualquier otra —decía el escritor exiliado— de entrar clandestinamente en el país, por la mal vigilada frontera de la imaginación.

Cuando yo tenía 18 años leía con fervor a Costantini, y ese ejercicio de la memoria que él había inventado me parecía a la vez doloroso y poético. Desesperado, pero también imposible. No me creía capaz, en mi juventud, de pasar por ese trance de no estar en mi lugar de origen. El desarraigo me parecía más una enfermedad que una decisión; me parecía una fatalidad. Yo estaba convencido, y lo aseguraba en las sobremesas juveniles, de que jamás dejaría la Argentina por voluntad propia.

Con el paso del tiempo, y una ayuda tecnológica providencial, sigo pensando lo mismo: soy incapaz de dejar mi país. No podría vivir aquí en España, ni en ningún otro sitio, sin ser argentino durante las veinticuatro horas del día, con toda la fuerza de mi voluntad. Claro que ahora no hay que acostarse y, a oscuras, recordar al milímetro las plazas y los parques queridos. ¿Para qué?, si existen los mapas satelitales de Google. Ni hay que esperar a que llegue otro expatriado para preguntarle, a los gritos desde el puerto:

—¡Ey! ¿Cómo va Racing en la tabla?

Al contrario. La tecnología es tan veloz y tan puta, que hubo noches en que he visto a Racing en directo desde Barcelona, mientras que mi padre, en Mercedes, lo tenía codificado. Y yo le explicaba los goles por el messenger, en una paradoja moderna que nos sigue causando gracia y, a la vez, estupor.

Cada vez importa menos dónde estamos parados. Cada día que pasa uno puede elegir su patria con mayor facilidad, sin la desgracia de tener que padecerla.

Si entrásemos a hurtadillas en el ordenador portátil de cualquier desconocido, y estudiásemos brevemente el historial de los últimos diez periódicos que ha visitado, sabríamos en qué patria piensa, qué patria le preocupa, cuál lo desvela, con independencia de dónde haya elegido vivir, o dónde le haya tocado. Creo, entonces, que hay una nueva y moderna concepción de identidad, y quisiera resumirla en cinco palabras: «Somos de donde necesitamos saber.»

Yo, por suerte, ya he vuelto a casa; y estoy lleno de preguntas.

Las Fiestas del hemisferio norte

Toda mi vida he asociado la noche de reyes con un olor y un sonido. A las madrugadas del cinco al seis de enero, como toda criatura ansiosa, yo no las dormía sino que las soportaba en vela, conteniendo la respiración e intentando escuchar los pasos de los camellos sobre el mosaico. En la oscuridad de la noche, sin embargo, solamente se podía distinguir el runrún del ventilador. Ahora ya soy grande, pero cada vez que me despierto con el ventilador prendido, el corazón me late como si al lado de mis zapatos pudiese haber regalos.

El olor que recuerdo con más emoción es el de los espirales fuyí para los mosquitos. La única luz de aquellas madrugadas era la candela encendida de esos mata-insectos inocentes, antiguos y verdes, que soltaban un aroma a infancia y a monarquía oriental, y que me protegían de las ronchas matinales. El ventilador y el espiral siguen siendo hoy, para mí, dos milagros que al mezclarse me evocan la ansiedad infantil del fin de año, de las Fiestas y de la noche de los Reyes Magos.

También recuerdo con emoción esta canción de la época, a la que el lector argentino le pondrá música mentalmente sin esfuerzo:

Llegaron ya los reyes, eran tres,
Melchor, Gaspar, y el negro Baltasar.
Arrope y miel le llevarán
y un poncho grande de alpaca real.
Changos y chinitas duérmanse
que ya Melchor, Gaspar y Baltasar
todos los regalos dejarán
para jugar mañana al despertar.

Los países que tienen la desgracia de pasar diciembre y enero entre bufandas, estornudos y calefactores, celebran las Fiestas sin ganas, como si el festejo fuese una tortura que hay que soportar una vez cada doce meses. Como los chequeos médicos, las declaraciones juradas y los discos de Calamaro.

En algunas partes de España, por ejemplo en la que vivo yo, ni siquiera existe Papá Noel. Lo que hacen es conseguir un tronco de madera, lo tapan con una frazada y le pegan con un palo hasta que «caga» regalos. El ser sobrenatural no viene del Polo ni tiene barba ni es gordo ni va en trineo. El ser sobrenatural es un tronco y se llama Tió. La canción que se canta en Cataluña mientras se apalea la Navidad es la siguiente:

Caga tió, caga turró

d'ametlles i pinyó
i si no cagues bé,
et fotré un cop de bastó!

Lo que traducido al argentino sería como cantar:

Cagá Papá Noel,
cagá turrón de miel,
y si no cagás regalos,
te cagamos bien a palos.

A pesar de esta tradición violenta, en las Fiestas del hemisferio norte los petardos suenan más despacio, los parientes más iracundos nunca llegan a las manos, los regalos de Melchor son más caros pero menos valiosos, en las mesas no hay piononos ni mucho menos salpicón de pollo, y los chicos se congelan como estalactitas antes de que llegue el ser sobrenatural que corresponda a cada región y se chamusque el culo en la chimenea.

Mientras escribo esto es un jueves de diciembre, tengo treinta y cinco años y hace frío. Sin embargo, pasé mis primeros veintinueve diciembres con calor, en patas o en chancletas y abriendo la heladera cada dos minutos para buscar los cubitos. Ahora hace seis diciembres consecutivos que canto el «caga tío» al lado de una estufa, como un viejo choto o un esquimal achanchado, y todavía no me puedo acostumbrar a este espantoso clima español del fin de año. Ni tampoco a lo que llega después, que es todavía más ridículo: el carnaval en invierno. Las mascaritas con campera. El rey momo pidiendo a gritos que lo quemen.

Las películas y las series de la televisión, que casi siempre vienen desde Norteamérica, nos acostumbraron a convivir —visualmente— con las navidades blancas del hemisferio norte, con los gorros de lana que usaba Michael Landon cuando le construía los trineos de madera a sus tres hijas, con las compras de último momento en la helada Nueva York, donde el humo aparece nítido desde las alcantarillas y las bocas de subte.

Es decir, los habitantes del cono sur entendemos con ojos de videotape la vulgaridad que representa pasar la navidad con frío. Pero no la podemos entender con el cuerpo. Y, lo que es lo mismo y hasta más grave, no la podemos soportar cuando se nos acerca, blanca y radiante como la novia de Antonio Prieto.

Lo más preocupante de las culturas frías es que no se puede sacar la mesa al patio para ver llegar el nuevo año. Y eso genera que las conversaciones sean tediosas, programadas y prolijitas. No sé por qué ocurre esto, pero el español, cuando está bajo techo, tiende a construir sobremesas sin gracia. En cambio cuando lo alumbra la luna,

las estrellas y los faroles del jardín, se da el lujo de ser más natural, de tirarse pedos sin disimulo y de cortejar abiertamente a las cuñadas.

En España, a las doce de la noche del 31 de diciembre, todos los televisores de todas las casas están encendidos; eso es lo que se llama empezar mal el año. Generalmente en la tele se ven a unos personajes conocidos, con abrigos hasta el cuello, en una plaza pública donde hay un edificio con un reloj enorme. Cada año, el pueblo ibérico tiene por costumbre comer una uva por cada campanada que suena en la televisión, hasta engullir exactamente una docena en doce segundos. Esto les parece a todos muy divertido, porque fingen atragantarse o fingen que les cuesta mucho hacerlo.

Desde las once de la noche, además, los presentadores de la televisión le explican a la población civil que no hay que confundir los cuartos con las campanadas. Lo explican de esta manera:

PRESENTADOR: —«Un repiqueteo intenso acompaña el descenso de la bola; a continuación comienzan los cuatro cuartos, que no es el momento en que ustedes se toman las uvas; e inmediatamente después, casi simultáneo al cuarto cuarto, la primera campanada, donde sí ustedes deben tomarse las uvas».

En Argentina nadie sabe exactamente qué programa pasa la televisión a las doce de la noche del 31 de diciembre. Me imagino que alguna misa, o una película donde Jesús es hermoso y tiene los ojos parecidos a Robert Powell. La gente normal está en el patio, peleándose con los mosquitos y los cascarudos. Yo creo que la presencia cercana de insectos nos ayuda mucho a liberarnos de los códigos y los reglamentos. No es lo mismo conversar cuando el animal más cercano es un locutor de televisión, que charlar mientras una vaquita de san antonio te camina por el antebrazo.

En España, como es lógico, no hay insectos en Navidad. Ni ventiladores, ni patios, ni artilugios ingenuos contra los mosquitos. Tampoco suena la sirena de los bomberos a las doce en punto del nuevo año, ni se ilumina el cielo con fuegos artificiales caseros y mortíferos, ni un vecino saca el revólver y tira balazos al aire, ni otro vecino muere al instante por culpa de una bala perdida, ni se cae tu suegro borracho a la pileta, ni las mujeres se pasan la tarde cortando frutas para la ensalada, ni las amigas de tu hermana se aparecen a la una y media para ir a bailar, semidesnudas y alegres, ni te llama por teléfono a las doce en punto un pariente emigrado desde España, para decirte que allí ya son las cinco de la madrugada, que todos duermen y que en las calles desiertas hay dos grados bajo cero.

Ahora, que el pariente estúpido que llama soy yo mismo, esas comunicaciones telefónicas me revuelven el estómago.

Es que detrás de la voz de mi madre o mi padre o mi hermana, detrás de la conversación trivial y del cómo la están pasando, detrás de las enhorabuenas y de los deseos recíprocos, escucho siempre esos gritos veraniegos, los estruendos y los

petardos, a los chicos que gritan o se zambullen, las sirenas y la música de fondo. A veces, si pego bien la oreja al auricular, también escucho mi voz, mi propia voz de los veinticinco años, mi voz antigua allá a lo lejos, que arrastra las erres, y que está conversando con mi cuñado al lado de la parrilla.

V

La sociedad

Yo soy un niño barato

En la televisión española no hay programas infantiles. Será porque hay pocas criaturas en la península, o porque hacer un buen producto para chicos es difícil, o porque los que deciden la programación no crecieron mirando a Piluso. O quizás es porque —y es lo que me temo— acá los chicos son mercadería de segunda.

Cuando llegué a España me encontré con quince mil cosas más ordenadas que en Argentina, como es lógico. La economía, para empezar, y todas las ventajas que eso implica. Pero también me encontré —corría el 2000— con una lucha hipócrita entre padres y maestros: los padres querían menos vacaciones de verano para sus hijos. Y los maestros se negaban poniendo el grito en el cielo.

Los argumentos de los tutores o encargados era que sus niños necesitaban más educación; la excusa de los maestros, que sus alumnos ya tenían la suficiente. En realidad el motivo de la lucha entre padres y maestros era otra: deshacerse de los chicos por más tiempo.

Un viñeta del humorista gráfico Ermengol, en el Diari Segre de aquel tiempo, mostraba a un padre y a un maestro jugando al tenis. La red era el muro de un colegio. La pelota, un pibe desconcertado que volaba de un terreno al otro.

Verano Azul, aquella especie de Pelito con mar de fondo, y Los payasos de la tele son los últimos éxitos populares para chicos españoles. Hablo de los años ochenta. Después de aquello, un silencio abrumador y una natalidad en retroceso.

Los spots de «Vamos a la cama, hay que descansar» que la tele argentina de nuestra época pasaba a las 10 de la noche, aquí se emiten a las 19:55. Y no estamos Noruega, donde la gente se va al catre a las 20:30. Estamos en España, un país latino en el que los padres se acuestan entre la una y las dos de la mañana, como en el resto del mundo libre. Y la realidad es ésa: ya no saben qué inventar para que sus hijos desaparezcan del comedor.

Contarle historias a un chico es, de entre las pocas maravillas de este mundo, una de las más nobles y gratificantes. Buscarles el asombro, la risa o la curiosidad no se paga con nada. Meterse en el laberinto de sus ideas, que son de por sí explosivas, y aprender a contar desde esa magia, es una tarea inmensa a la que nadie (ni la tevé, ni la escuela, ni los padres) debería hacerle asco.

Me da mucha pena (y, desde que soy padre, un poco de bronca y miedo también) que la televisión española menosprecie a los chicos. Que el único programa infantil actual sea una de esas franquicias de «El show de Disney» donde ponen a un negrito, a un gordito y a dos nenes estándares a presentar dibujos animados del orto. Y que la única opción para compartir con tu hijo sean, siempre, los Simpsons.

Los chicos españoles ven una media de tres horas de televisión al día. Pero no hay nada español para ellos. Sólo dibujos enlatados en la televisión de aire. De los buenos

o de los malos. Pero nadie en esos dibujos come paella, por ejemplo, nadie les explica en qué lugar nacieron y por qué.

Y, aunque es peligroso generalizar, los padres tampoco son lo que se dice promotores de la fantasía de sus hijos. Los traen al mundo casi al borde de sus posibilidades de concepción, tienen —como muchísimo— un hijo, y se pasan la vida intentando que el pobre diablo no tenga vacaciones, para estar tranquilos como cuando no tenían ninguno.

«En esta vida hay cosas que son caras porque cuestan mucho dinero —decía el Chavo— y otras que cuestan muy poco y por lo tanto son baratas. Yo, por ejemplo, soy un niño barato». Contarle historias a un chico es, de las cosas baratas de este mundo, la que mejor se paga, la que más nos engrandece. Por eso el amor que siento por aquellos que me han contado historias, cuando yo era un chico, es un amor irrepetible.

Si hoy tengo fantasías y sueños, es porque alguna vez estuvieron a mi lado Mark Twain, Roberto Gómez Bolaños, Alberto Olmedo, García Ferré, mi mamá y mi papá, todos los inmensos periodistas y dibujantes de la revista Humi, Carlitos Balá, Quino, María Elena Walsh, mi amigo el Chiri, Berugo Carámbula, Coquito, Arthur Conan Doyle, Gaby, Fofó y Miliki. No es por otra cosa, ni por nadie más, que sigo siendo un niño barato.

Esto lo escribo por algo; es un artículo que no estaba previsto. Hablo del tema porque hace cuatro horas terminó en Argentina la entrega de los premios Martín Fierro. Y hace unos minutos felicité por messenger a Javier Morello, un guionista que, desde hace cuatro años ininterrumpidos, produce o escribe programas infantiles que resultan ganadores del Martín Fierro. Este año —otra vez— Javier se subió al atril para recibir el aplauso de la crítica.

Yo le di hace un ratito la enhorabuena, con esa alegría intrasferible que se siente cuando a un amigo que queremos le salen las cosas bien. Pero me dio vergüenza decirle, así, mariconamente, que lo que hace es fundamental en un país que —incluso sin presupuesto— apuesta a seguir teniendo hijos con identidad.

De las muchas cosas que podemos hacer para salvar al mundo, divertir a los chicos sin darles mierda es una de las que más admiro. Sin embargo, y con el egoísmo que me caracteriza, quisiera que Javier estuviera creando sus cosas en España. Para mi hija, que lo mira por tevé.

Negro que muerde blanco no es noticia

El 4 de abril de 1994 recrudeció en Ruanda una guerra civil entre dos tribus (los tutsis y los watusi) que le costó la vida a 800 mil personas analfabetas de color negro en cuarenta y ocho horas. La portada de los diarios, al día siguiente, no mencionaba el asunto. El 11 de septiembre de 2001 se estrellaron dos aviones contra el World Trade Center de Nueva York. Murieron casi tres mil personas alfabetizadas de color blanco en veinticuatro horas. Las portadas de la prensa del día siguiente tuvieron letras del tamaño de un caballo y ediciones especiales durante semanas.

Al menos en la prensa occidental de la que existe una hemeroteca online (como La Vanguardia, que es la que estoy usando para contrastar ambas masacres) la noticia de la desaparición de casi un millón de negros analfabetos aparecía en un recuadro perdido en la página 15, cuatro días después de que ocurrieran los hechos. En cambio, la muerte de 2.700 seres humanos blancos alfabetizados durante el 11-S apareció en portada y en las siguientes 39 páginas de todos los diarios.

Utilizo ex profeso los colores «blancos» y «negros» para dar cuenta de la cantidad de melanina existente en la piel de los muertos en cada uno de los acontecimientos. También puntualizo, adrede, la condición cultural de cada grupo de víctimas con los prefijos «analfa» y «alfa» delante del verbo «betizados». Y hasta podría adentrarme en la descripción y decir: muertos con traje y corbata (en un caso) y muertos en camiseta (en el otro caso). Muertos limpios; muertos sucios. Muertos parecidos a mí; muertos distintos a mí.

El tópico del periodismo es muy claro: «un perro que muerde a un hombre no es noticia; un hombre que muerde a un perro, sí». Más sintético: lo que ocurre con frecuencia no merece la pena ser contado. Y así, como quien no quiere la cosa, llegamos a una hipótesis general sobre las desgracias seguidas de muerte: hay muertos importantes y muertos sin importancia.

También hay dos clases de dolor, pensaba yo esta mañana mientras navegaba frenéticamente por las hemerotecas de los años 1994 y 2001. Está el dolor que nos duele en serio, y también está el dolor que debería dolernos pero, por alguna razón desconocida, no nos duele. La muerte de casi un millón de personas (del color que sean) debería dolernos. Pero (¿por qué será?) no nos duele en absoluto si no son del color adecuado.

Yo lo siento mucho por los progresistas y la gente sensible que pretende que no es así, pero quien marca el destino de nuestros valores éticos no es el Vaticano, ni Greenpeace, ni la Asociación Pro Africa fundada por Jimmy Carter, sino el rating que una noticia tenga en nuestra vida diaria (el rating ocupa, en este siglo, el sitio que en la antigüedad ocupaba la moral colectiva). Y la masacre ruandesa de 1994 no tuvo rating, a pesar de que superaba en casi trescientos mil muertos a la masacre

neoyorquina del 2001, que sí lo tuvo.

Pero no nos preocupemos, porque este hecho absolutamente natural (es decir, que está en nuestra naturaleza) también se da en otros ámbitos. Atención que voy a poner un ejemplo muy lindo:

Punto A. Miles y miles de africanos se mueren de hambre a diario y tienen que comerse entre ellos: esto lo sabemos, y no pasa nada. Punto B. Se cae un avión con 18 deportistas uruguayos que deben practicar canibalismo para sobrevivir; el asunto genera una novela de trescientas páginas, un documental de la BBC, una película en la que Ethan Hawke toma mate y un almuerzo anual con los sobrevivientes en el programa de Mirtha Legrand.

¿Por qué esa diferencia? ¿Por qué el Milagro de los Andes nos sigue produciendo escalofríos treinta años después, y el cotidiano goteo del hambre en el mundo no? Porque los uruguayos son como nosotros; porque «podría habernos pasado». La muerte cotidiana de gente distinta, que no juega nuestros deportes, que se viste de un modo raro, que se divide en tribus, nos importa un reverendísimo carajo. Y no nos acordamos nunca de esas muertes, porque ocurren todos los días. El perro muerde al hombre casi siempre: no es noticia, no nos importa (estamos vacunados).

Cada tanto, por una cuestión de civilidad (y porque estamos alfabetizados) donamos cinco dólares por teléfono para que coman un poco mejor unos seres intangibles que existen en sitios a los que no iremos nunca de camping. Si además de pobres, un día un terremoto los pone patas arriba, hasta somos capaces de dejar dos litros de leche en polvo en la embajada de un país que posiblemente no sepamos ubicar en el mapa.

No estamos capacitados moralmente para decir «cierta gente me importa una mierda porque no vale un carajo». Pero en el fondo lo sabemos; sabemos que, según nuestra manera de medir la valía, hay una clase de humanos que no vale nada. Porque son demasiados y morirán de todos modos. Porque no sabemos nada de ellos ni podríamos mantener con alguno una conversación decente. Porque andan como animales. Porque no leen nuestros libros, ni escuchan nuestra música, ni se emocionan con nuestras cosas. Trascartón, ellos tampoco piensan en nosotros. No nos duelen sus muertes porque tampoco nos alegran sus vidas, y porque a ellos no les dolemos. Ojo por ojo, todos somos ciegos.

Releyendo, me da la impresión de que este artículo va en contra de nuestra desidia moral, pero en realidad a mí me parece bien que sea así. Más que nada, porque no hay manera de que sea distinto. La Humanidad es así. Vino así de fábrica y es complicado hacer algo por que cambie, de repente, el miedo generalizado que nos acecha cuando vemos a alguien que es diferente y que, si pudiera, nos robaría la cartera.

Personalmente, igual que a todos los editores de los diarios que decidieron no

informar en portada del holocausto del '94 en Ruanda, a mí los negros analfabetos que se mueren de hambre o se matan entre tribus me importan un carajo. En cambio los hipócritas blancos alfabetizados que dicen «gente de color» suponiendo que de ese modo irán al cielo, esos, me dan directamente asco.

Breve paseo por la autocensura

Últimamente estoy viendo en la tele, con verdadero espanto, que la publicidad viene con unos cartelitos en los que se atiende la sensibilidad de los espectadores con frases como estas: «Este anuncio fue hecho por profesionales», o «Esto es una ficción publicitaria» e incluso «Para realizar esta publicidad no se han maltratado animales». Cada vez que veo estas pacaterías, y es casi siempre, confirmo que la idiotez le está ganando, por goleada, la eterna batalla a la creatividad.

Creo que todo empezó el año pasado. Después de mucho intentarlo en vano, la publicidad española parió una buena idea. Les costó, pero lo lograron. El spot era de la franquicia catalana Bocatta, que vende comida rápida —del mismo modo que McDonald's— pero con ingredientes mediterráneos.

El aviso es precioso: con unas coplas irónicas de música alegre, en la que se informa sobre la trabajosa labor de las zonas rurales («amanece en el pueblo y flota ya en el cielo un intenso aroma a estiércol», comienza la canción) se recomienda consumir productos campestres, pero sin pasar por la penuria agraria de su elaboración. La frescura del contraste entre las imágenes y la musiquita generaba algo que jamás había conseguido la publicidad española de los últimos años: ser creativa imponiendo además una marca.

En cualquier país decente se le hubiese dado un premio a ese anuncio. Pero aquí no pasan esas cosas. A los tres días de emitido, el coordinador general de la Unión de Campesinos de Catalunya, Joan Caball, le puso una denuncia a Bocatta por ofrecer una imagen de los trabajadores rurales que calificó de «denigrante». Casi al mismo tiempo, la Asociación Valenciana de Agricultores invitó a todo el sector agrícola a «cerrar filas y no consumir ni uno solo de esos productos».

Desde entonces, cada vez que una agencia de publicidad intentaba salirse —tímidamente— de la mediocridad reinante, aparecía una Asociación de Imbéciles sintiéndose dolida, o lo que es peor, una Comisión de Imbéciles Representante de Ausentes, sospechando que los ausentes podían sentirse vejados.

Pero igual no creo que el problema exista porque haya idiotas que se quejan de aquello que no entienden. De eso habrá siempre, me figuro. El problema surge, nace y se ramifica cuando se les hace caso. Y la justicia española les hace caso: la publicidad de Bocatta desapareció de la tele tan pronto como se escucharon los primeros pataleos. Y con las demás pasó otro tanto.

Ha pasado más de un año desde el Bocatta Wate, pero fue entonces cuando empezaron a proliferar (en las pantallas de televisión) esos cartelitos que explican obviedades para salvarse de la censura. Las agencias publicitarias, que ya no saben por dónde puede saltarle al cuello una Asociación de Imbéciles, han optado por subtítular sus anuncios con frases como por ejemplo «Esto es una ficción

publicitaria» al mostrar cómo un ama de casa distraída mete al microondas una pecera con un pececito de colores. (No es chiste, el spot aún está en pantalla y los lectores ibéricos no me dejarán mentir).

La miopía es singular, y no tiene desperdicio: durante un programa de gastronomía se puede ver a cualquier cocinero hervir un langostino vivo alegremente, pero si durante la publicidad una señora mete un pez de colores al microondas, hay que especificar que no se ha maltratado a este animal. El langostino, que sí ha sido torturado en la vida real, que se joda por ser comestible.

Pero hay más. Si dos coches van rápido en un aviso de BMW, actualmente el cartelito nos avisa que «El spot ha sido filmado en un circuito cerrado», imagino que para que la Asociación de Peatones Pelotudos no les ponga una denuncia retroactiva por fomentar la alta velocidad en las calles. Si un tipo se cae de un primer piso para promocionar un seguro de vida, el cartel nos dice que «Es una ficción publicitaria» para que la Asociación Anti Resbalones en las Terrazas no sospeche que los de Mapfre han matado, de veras, a un actor para vender pólizas.

En lugar de mandar a la mierda a los campesinos, a aquellas feministas que en todas partes ven sexismo, a las madres asustadizas y a los idiotas que se creen en la obligación de preservar la sensibilidad de los enanos, se les hace caso como si tuvieran razón. En lugar de educarlos, de decirles que viven en un mundo donde la gente no es tan idiota como ellos creen, se les da luz verde. Y entonces después pasa lo que pasa.

Yo todavía espero ver un anuncio en donde un candidato que promete mejoras en la educación, subtitle: «Esto no es otra ficción publicitaria». O un spot de cámaras digitales que ponga: «Para hacer este producto no se han maltratado a cientos de filipinos». Los carteles deberían servir para señalar aquello que se esconde. Es muy cobarde, y sobre todo mezquino, explicar siempre lo que se cae de maduro. Aunque claro, lo mejor de todo sería que no hiciesen falta carteles de ningún tipo.

El humor es un perro mutante

¿En qué se parece Racing a Pinochet? «En que los dos llevan gente a los estadios para torturarla». Esto, técnicamente, es un chiste. Pero hay veces en que el humor resulta refrescante y gracioso para un grupo, pero ofensivo y doloroso para otro. En este caso, sólo hay una cordillera que los separa. Y es entonces cuando se puede complicar mucho el estofado.

Para que exista humor, han de haber elementos comunes entre el narrador y el espectador. Debemos saber que los hinchas de Racing sufrimos cuando vamos a la cancha, y que en la dictadura chilena se usaban los campos de fútbol para practicar torturas. Sin esos códigos, no hay chiste.

Pero cuando uno de esos códigos es insoportable para una comunidad (por ejemplo, si contamos este chascarrillo frente a los hijos de desaparecidos chilenos) no les hará la menor gracia. El humor y la ofensa son parientes cercanos cuando no conocemos el rostro o la identidad de los receptores.

Ahora que ha pasado algún tiempo, puedo contar algo: hace algunos meses recibí un correo de una lectora de Los Bertotti, indignada o dolida por la inclusión del personaje Carmencita en la historia. Para los que no hayan seguido el folletín, el personaje de Carmen era enana; la lectora, evidentemente, también.

Esta mujer se quejaba por los chistes ofensivos que los integrantes de la familia Bertotti hacían sobre la enfermedad física del personaje. He recibido (en el mismo tono) cartas de paraguayos y chilenos a los que no les agradaba el modo en que eran retratados personajes como la Negra Cabeza o el Chileno Calesita, o, más bien, el modo en que fueron tipificados dentro de la historia.

También he recibido una queja, alguna vez, de una lectora que no soportaba la posibilidad de que Los Bertotti fuesen relacionados con los argentinos. «Así no somos nosotros», me decía la ofendida, «y odio que en el resto del mundo la gente se piense que somos de esa manera».

Hasta el advenimiento de Internet, existía el humor domesticado (el de la tele, los diarios, la radio) y el humor en estado puro (el de la calle). En el humor de los medios no se puede hacer un chiste sobre los asesinatos de ETA, por ejemplo; en las calles de España, sí. No hablo de que sea moral o no: hablo de que en el escenario mediático nadie se atreve, mientras que allí donde no existen condicionamientos sí es posible. Digo, finalmente, que el humor existe desde el mismísimo momento en que se produce el dolor. Lo que no existen son canales masivos que reproduzcan ese acto reflejo.

Pondré un ejemplo:

En 1998 ETA cometió uno de los asesinatos que más se recordarían a través de los tiempos: el de Miguel Ángel Blanco, concejal del Partido Popular en el

ayuntamiento de Ermua (Vizcaya). El contrarreloj que usó la banda armada para matarlo generó expectación mundial, como hoy ocurre con los secuestros con degüello en Irak. A Blanco lo mataron de un disparo en la cabeza a la hora exacta que se había anunciado, y el dolor del pueblo español provocó las mayores manifestaciones contra el terrorismo de la historia ibérica.

Aún hoy es impensable hacer humor domesticado al respecto (humor oficial, humor impreso o televisado). Pero en las calles de España, a la semana de ocurrido el asesinato, ya había nacido el humor en estado salvaje. El chascarrillo más recordado es el que aseguraba que el Estado Español agregaría la figura de Miguel Ángel Blanco en las monedas de veinticinco pesetas, «pues el concejal ya viene con el agujero de fábrica», en referencia al disparo que lo mató y al formato de la moneda de cinco duros.

Tendrán que pasar muchos años, muchísimas cicatrices tendrán que convertirse en piel curtida, para que un lector español lea esto en la prensa, o lo escuche en la televisión.

Pero entonces llegó Internet, y los límites se borronearon a una velocidad trepidante. La red es un híbrido entre un medio de comunicación y la mismísima calle. Un animal que a veces se muestra amaestrado como un perro faldero y otras veces aúlla como un lobo en el bosque. Y muchas veces (esto es lo que en realidad desconcierta a muchos) es el perro faldero el que aúlla y el lobo quien mueve amistosamente la cola.

Cuando un noticiero de la tele no puede o no quiere mostrar determinada imagen, la buscamos en el Kazaa y la encontramos. Cuando queremos leer chistes sobre el terremoto que mató a dos mil personas ayer, no ponemos la radio: vamos a Google.

En lo personal (y aquí no estoy haciendo una valoración moral sino exponiendo una sospecha sociológica) creo que las comunidades deberán encaminarse a reconstruir los cimientos de su dolor cohabitando con el humor en estado puro de otras comunidades, sin interpretar en él símbolo ni insensibilidad ni agresión.

El párrafo anterior me salió muy hermético; voy a poner un ejemplo, que siempre se agradece:

En el futuro, un chileno hijo de desaparecidos deberá entender que en el chiste sobre Racing y Pinochet no hay una burla personal a su dolor, sino una fusión creativa en la que se toma un hecho social reconocible para contrastarlo con otro y generar una tercera idea rompedora.

La semana pasada el diario El País envió a sus lectores una publicidad en la que, para promocionar 90 días de suscripción gratuita en su edición digital, graficó la oferta con dos fotos panorámicas de Nueva York: una del 11 de septiembre por la mañana, con las Torres; y otra del 12 de septiembre, sin ellas. La frase remataba con «Un día da para mucho; imagínese lo que puede suceder en tres meses».

La sociedad progresista española (y digo progresista en el peor sentido de la palabra) se rasgó las vestiduras y provocó que, al día siguiente, en la portada del periódico los editores pidiesen perdón «a los familiares de las víctimas del 11S» y catalogasen, ellos mismos, la propia campaña como «repugnante», quitándola de circulación.

He leído mucho sobre el hecho en estos días. Y me preocupa que las plumas progres, sensibles y profundas no hayan hecho más que quejarse y patalear como señoras gordas. Me preocupa que no se haya hecho una valoración objetiva de los cambios sociales que provocan estos lapsus de lo políticamente incorrecto que, mañana, serán moneda corriente.

En el futuro, todo el mundo comprenderá que en esa publicidad no había mofa, que en esas fotos no había víctimas más que de un modo semiótico o simbólico, que únicamente se hablaba de un hecho histórico de común conocimiento. «Una noticia trascendente ocurre en un segundo; no deje de suscribirse y estar atentos a la edición digital, porque con el diario en papel se va a enterar a las 24 horas, pero no al minuto». Ese fue el objetivo del anuncio, y se lo podrá criticar por ser una campaña de marketing mediocre y predecible (y lo es) pero jamás se lo podrá culpar de agresión a una señora de Nueva Jersey que perdió a su hijo en el piso 30 de un edificio por el impacto de un avión.

Si los publicistas de El País hubiesen utilizado una foto de la ciudad de Troya (un día antes estaba, un día después ya no) no hubiese habido escándalo, aunque allí también haya muerto gente. Pero era gente antigua, era lejos. El escándalo lo genera la cercanía (temporal o física) de un acontecimiento. Su intensidad o su eco.

El humor es un mensajero del mensaje, nunca un error. Puede ser bueno o malo, pero no debe juzgarse desde la tribuna de la sensibilidad o la moral, porque siempre habrá víctimas. Siempre. Puede no causar gracia, pero no está capacitado, el humor en sí mismo, para provocar dolor: sólo la mano de quien lo mece y la oreja del que lo escucha.

Sin embargo, la sociedad aún no está del todo preparada para comprender que cuando nace el dolor nace también la metáfora, que es el embrión del humorismo y la publicidad.

Ese tecnicismo, con el tiempo, caducará. No sé si esto sea bueno o malo, pero sospecho que ya, hoy mismo, todos los perros del mundo están comenzando a aullar.

A mí me decían El Gordo Boludo

Dos tragedias similares, aunque con desenlaces distintos, ocurrieron ayer en Argentina y España a causa de la tradicional costumbre que tienen los adolescentes de burlarse de los compañeros de aula más introvertidos o estúpidos o deformes. En Buenos Aires, un nerd asesinó a cuatro compañeros; en San Sebastián, un chico que siempre era blanco de las burlas saltó desde un sexto piso y se mató.

Como todo el mundo sabe, no hay nada más cruel que un chico entre los 12 y los 16 años, aburrido de aprenderse de memoria el nombre de los ríos y con ganas de redefinirse en la vida. La escuela, ese hábitat que en apariencia fomenta la sociabilidad y otros valores humanos, es, en realidad, el sitio adecuado para aprender a hacer chistes de mal gusto y ponerle sobrenombres humillantes a los compañeros raros.

Cada vez que ocurre una tragedia a causa de las burlas, los medios de prensa y la televisión comienzan a desempolvar las claves de la solución final de estos males. Siempre que escucho estas opiniones apresuradas, me da por pensar que las personas que las propician han olvidado completamente su época escolar. No recuerdan nada.

Escuchaba ayer a un sicólogo, en un noticiero español, brindando a los jóvenes algunas pistas para lograr que los más fuertes no se burlen de los más débiles en el aula. Aconsejaba al resto del alumnado «dar parte a los profesores cada vez que notaran alguna de estas prácticas». Es decir, el sicólogo aconsejaba abiertamente el buchoneo (en español: chivatazo), sin recordar que ésta es una de las características de debilidad que más odian los fuertes del curso.

Los adultos que, asombrados, se preguntan por qué los adolescentes fuertes humillan, golpean y ridiculizan a los adolescentes débiles, desconocen que esta actividad no es exclusiva de las aulas. Incluso se da con mayor frecuencia en la ONU que en los colegios.

En casi todos los campos de la educación, padres y maestros tienden a culpar a los alumnos de fallos que son inherentes a la condición humana general: el joven no estudia, prefiere la trampa al esfuerzo, no lee, se burla de los más débiles, recurre a la violencia con asombrosa facilidad. ¿Es realmente éste el identikit de la juventud, o es el currículum de Bush, o es la descripción de un padre promedio, o es la ficha técnica de uno de los miles de maestros mediocres que pueblan las aulas?

Si el lector tiene un hijo entre los 12 y los 16 años, creo que es recomendable que descubra, antes que nada, si el chico es un estúpido. Objetivamente, sin engañarse ni mezclar el veredicto con mantos de piedad o de amor. A mí me daría muchísimo miedo, por ejemplo, que en el futuro la Nina no supiera responder con creatividad a un insulto. No me alarmaría que fuese una alumna mediocre, pero sí que no tenga reflejos dialécticos para interactuar ante la crueldad del entorno.

Pequeño instructivo para padres, profesores y opinadores de medios de prensa: hay tres clases de alumnos, y ellos mismos se encargan de etiquetarse tan pronto llegan al establecimiento escolar: están los que se sientan adelante, los que se sientan en el medio y los que se sientan atrás. Parece demasiado general, incluso un estudio de campo torpe, pero no falla.

Con este muestreo, no es complicado saber que, si alguien va a suicidarse, será uno de adelante; si alguien va a matar a todo el mundo con una pistola, será uno del medio; y si alguien tendrá la culpa de todo según los ojos miopes de la sociedad, serán uno de los de atrás.

El profesor no debería sentirse satisfecho si los de adelante escuchan atentamente la clase. Debería saber que eso no se llama «escuchar»: eso es timidez, introversión o pánico. Lo que debe intentar un maestro es entretener a los del fondo. Por supuesto que para eso hace falta creatividad y pasión por el deporte. Pero logrado esto, el resto «débil» de la clase se sentirá a salvo de sus verdugos y podrá participar, ya no desde el terror, sino desde la confianza.

Cada vez tengo más claro que los opinadores mediáticos que hablan de lo que debe hacerse con la educación han sido, de jóvenes, alumnos indefensos y humillados que se sentaban en los primeros bancos y aprendían de memoria ríos y fechas. Gente que no tuvo siquiera el valor de suicidarse o la prepotencia de matar. Y por eso, por pura mediocridad, ahora aconsejan desde la venganza y el rencor fórmulas imposibles.

Es necesario, sospecho, que la educación moral (la que brindan sobre todo los padres) aporte herramientas útiles, y no valores de un mundo que ya no existe. Junto a la solidaridad, habría que inculcarle al niño un poco de ironía. A la vez que honestidad, algo de malicia. Al mismo tiempo que amor por la verdad, pasión por la fábula y la exageración. A los hijos y a los alumnos no sólo hay que educarlos: también es preciso curtirlos.

A un chico hay que enseñarle a reírse de sí mismo, antes que a realizar cálculos matemáticos con logaritmos. Nadie que sepa reírse de sus propias desgracias se suicida o mata porque le digan «rengo» «narigón» o «cuatroojos» durante doce años ininterrumpidos. A mí me decían «El Gordo Boludo», y nunca intenté, por eso, coquetear con la muerte.

Lo que sí me generaba era angustia oral.

¿Mi última voluntad? Que te calles

Estuve todo el fin de semana con un retortijón en el estómago por culpa de unas declaraciones de María Kodama a la prensa española: «A Borges le gustaba Pink Floyd», aseguraba, muy alegre de cuerpo, la viuda. Y no es que esté en contra de la música moderna; lo que me pone los pelos de punta es esta moda, contemporánea y ruin, de que los herederos saquen a relucir las intimidades de sus parientes inmortales. Sobre todo cuando lo que cuentan son esas pequeñeces de entrecasa que los muertos más han querido esconder.

Hay muchas maneras de disfrazar nuestra mediocridad doméstica. La más difícil de todas, está claro, es ser un genio. Los pocos que logran escribir un par de poemas inolvidables, o pintar cinco cuadros gloriosos, o patear todos los tirolibres al ángulo, o componer tres canciones de las llamadas clásicas, deberían tener eternamente perdonado que hayan meado en vida la tabla del inodoro, o que hayan votado a la derecha, o que un día atropellasen a una vieja en el auto y se hayan dado luego a la fuga.

Esta regla debería estar en Código Civil, junto con las demás cosas importantes del mundo. Artículo 4º: A los genios se les deben conmutar sus mezquindades. Archívese. ¡Es que hay tanto idiota defendiendo a los koalas de la extinción, que me da rabia que nadie lo defienda a Borges de María Kodama! Porque, si bien es algo tácitamente consensuado esto de que a los genios se les perdona todo, parece ser que los herederos lo han olvidado, y andan sacando trapitos al sol cada vez que se les pone un micrófono en la trompa.

Si a Borges le gustaba Pink Floyd, yo creo que tuvo veinte años para decirlo. Y si no lo dijo nunca, por algo habrá sido. Lo mismo, aunque más grave, pasó hace una década con la hija de Piazzolla, a la que se le ocurrió decir barbaridades sobre su padre en un libro llamado «Astor». No tengo el libro acá para ser literal como quisiera, pero recuerdo que la guacha chusmeaba lo siguiente:

—«El día que murió el abuelo, papá estaba en Nueva York, y ni siquiera tuvo la delicadeza de enviar flores al entierro de su propio padre».

Por supuesto que no. El pobre músico se entretuvo llorando en la pieza de un hotel estadounidense mientras componía Adiós Nonino, quizá la obra más hermosa escrita en los últimos cinco milenios, y se le pasó lo más importante, que es mandar flores a un velorio que se estaba desarrollando en Mar del Plata. Si Piazzolla hubiese elegido bajar a la calle y comprar una corona de crisantemos para su padre en vez de ponerse a componer, ahora tendríamos una histérica menos y un agujero todavía más grande en la música contemporánea.

Y ahora me acuerdo de otra estúpida. Hace un par de años Marina Picasso estaba aburrida en su casa y no se le ocurrió mejor cosa que escribir otro libro biográfico. Lo

único que había hecho hasta entonces Marina Picaso con su vida había sido gastarse la plata de su abuelo Pablo. El libro todavía no fue censurado (en España sólo se censura la publicidad de Axe) y se llama, cómo no, Picasso, Mi Abuelo. En él Marina narra, sin que le tiemble el pulso, que Picasso no era lo que se dice una buena compañía para una nieta, que no la sacaba a pasear, que no le cantaba el Arroz con Leche y que nunca la subió a caballito en los desfiles cívico-militares.

¡Y a mí qué mierda me importa, Picassita! Mi abuelo Salvador Casciari, que en paz descanse, me llevaba a pescar todos los domingos, me armaba barriletes con caña y papel manteca, me daba de tomar vino de misa mezclado con azúcar y yema de huevo y era el mejor amigo que un chico de nueve años puede tener, y no por eso voy a escribir un libro que se llame: «Mi abuelo era un inútil pintando cuadros cubistas».

Hablando de pintores y de Salvadores: hace tres meses escasos, una señora que dice haber sido novia de Dalí antes de que el catalán conociese a Gala, ha dicho por la televisión que el genio de Cadaqués estaba obsesionado con el sexo porque era impotente y, atención, «tenía un micropene». Por supuesto, la tele habló más de Dalí ese día que cuando se murió.

¿Pero qué cambia en el mundo por eso? Nunca faltará un gracioso que reinterpreté el porqué de los relojes blandos, sí. Pero exceptuando eso, ¿qué cambia? ¿No sigue siendo la vida algo mejor gracias a que Dalí pasó por ella revoleando sus pinceles? Quizás, si el pintor hubiese tenido una poronga gigante como la de Darío Grandinetti, en vez de cuadros maravillosos ahora tendríamos más películas de Subiela. Dios nos libre y nos guarde.

Es probable, pienso ahora, que incluso sean más peligrosas las novias de la juventud que las mismísimas viudas o nietas o hijas de los genios. Las novias de la juventud son ésas que dicen haber estado con, pero que no presentan pruebas. Porque las viudas, más que más, tienen un poco de respeto. En cambio las que no lograron cazar al genio, además de veneno chismográfico, escupen vil resentimiento.

No hace mucho se paseó por Barcelona Edith Aron, una señora francesa muy fea que asegura haber sido la mujer que, en los años cuarenta y siendo noviecita de Cortázar, inspiró al escritor para su personaje La Maga. Esto no es lo malo; lo malo es que la perra lo cuenta como con lástima, con un cierto desdén, dejando claro siempre que ella nunca estuvo enamorada de él, sino al revés. Será puta.

En una entrevista reciente un periodista le pregunta:

—¿Cortázar era tan buen mozo como se ve en las fotos, Edith?

Y ella, la ingrata, la gorda, la fea, contesta:

—Bueno, de chico tuvo un problema en las glándulas... Después se hizo operar y sólo entonces le creció la barba. Por otra parte, no podía tener hijos. Y era demasiado intelectual. Incluso usaba anteojos de joven sin necesidad.

Escuchemé, señora —me dieron ganas de decirle—: este hombre la inmortalizó a

usted. Este buen señor la debía querer mucho para componer uno de los personajes femeninos más impresionantes de la literatura del siglo veinte basándose en su cara de foca. Por lo tanto, si en el futuro alguien le pregunta si Cortázar era buen mozo, lo que usted tiene que hacer es decir: «Sí, era un churro bárbaro» y cerrar el orto con candado.

El hijo de Camilo José Cela, que se llama igual que su padre, y su última esposa, que se llama Marina Castaño, vienen protagonizando desde hace años, en la prensa española, un novelón patético para ver quién la tiene más grande (a la herencia). Don Camilo aparece en la tele tantas veces como Enrique Iglesias, y por motivos igual de superficiales. Debe ser el escritor más nombrado y menos leído de la península, por culpa de su descendencia conventillera.

Desde hace un par de meses se ha sumado al folletín una señora que dice haber sido la sirvienta de Cela, y que ha sacado a relucir las dedicatorias privadas que el Premio Nobel gallego escribía a su segunda esposa, diciéndole cosas como por ejemplo «este libro es para ti, analfabeta, a ver si aprendes a leer» y otras divertidas ironías de entrecasa que la prensa quiere hacernos ver como violencia doméstica.

Todo esta lista de mezquindades ocurre mientras hoy leo en la prensa (este fin de semana ha sido aciago para los genios muertos) que los herederos de Marlon Brando quieren patentar la imagen del actor y comercializar, en su nombre, camisetas, relojes, manteca y otros iconos por el estilo. Brando se revolvería en su tumba, si no fuera porque murió tan gordo, si supiera esto, porque justamente él quiso escapar, en vida, de toda la parafernalia y el merchandising y el rocanrról.

Yo me acuerdo cómo nos escandalizamos, hace quince años, cuando los padres del actor enano Gary Coleman estafaron a su hijo robándole las ganancias que le dejó la serie Blanco Negro. Hoy día, viendo cómo están las cosas, habría que hacerle un monumento al matrimonio Coleman, porque al menos tuvieron la sinceridad moral de no esperar a la muerte del hijo para destruirle el buen nombre.

La última voluntad de todo el mundo no debiera ser «entiérrenme aquí o allá», ni debería ser «déjenle el piano al Museo de la Música». No. La última voluntad de todos nosotros debería ser: «Que los que se quedan vivos no abran la boca». Que se callen, que no cuenten nada sobre nuestra vida, que no vayan a la tele, que laburen. Sobre todo eso: que los parientes vayan a trabajar si quieren mantener el presente de reyes que el muerto les daba en vida.

A la Nina ya se lo tengo dicho. Cada vez que me ve bailando solo en el comedor con el disco de Los Parchís, le advierto:

—Nena, vos a papá nunca lo viste hacer esto.

No sea cosa que yo termine siendo un genio o algo, y después la pendeja quiera vender a buen precio mis intimidades para comprarse vestiditos.

Disculpe, ¿me dice dónde hay un quiosco?

Una familia ecuatoriana, marroquí, boliviana, rumana o peruana, cuando descubre que lo ha perdido todo, compra un pasaje de oferta y viaja a España para seguir siendo pobre en otro país. Una familia argentina, en cambio, antes de sucumbir económicamente, antes de caer en lo más bajo y hediondo de la indigencia, hace un último esfuerzo y pone un quiosco en su propio barrio. Lo último que hace un argentino antes de bajar los brazos no es buscar nuevos horizontes, sino endeudarse con un proveedor de golosinas.

Por ese motivo, y no por otro, en España no hay argentinos pobres. Quiero decir, no hay argentinos pidiendo monedas por las calles de Madrid, ni latinkings rosarinos en Barcelona, ni mafias porteñas, ni familias mendocinas que mandan a sus hijos a robar teléfonos, ni mendigos bandoneonistas, ni prostitutas de veinte euros que se llamen Carolina o Daniela. Hay pobres de casi todas las razas y colores, pero no argentinos. La razón es sencilla: los pobres de Argentina no emigran, mueren quiosqueros en sus propias casas, mueren alimentándose con golosinas caducadas y sin conocer el mundo.

En otros países se usa más el suicidio, el exilio, el alcoholismo o la degradación personal. Los argentinos tenemos un sistema un poco más extraño de asimilar el fracaso. Abrimos la ventana que da a la calle (en general la habitación del abuelo muerto), ocultamos la cama y la mesa de luz, llenamos el ropero de galletitas, alfajores y cigarrillos Jockey Club, y nos jugamos la última ficha a la mínima expresión del microemprendimiento: el quiosco propio.

Es una jugada extraña, porque lo que menos hace falta en Argentina son quioscos (hay uno cada ventisiete metros). Pero sin embargo siempre alguien supone que poniendo otro más no pasará nada malo. Algunos pocos están bien provistos, pero la mayoría son quioscos tan escasos como la creatividad de sus dueños, y solamente te ofrecen veinte o treinta cosas inútiles (en un buen quiosco debe haber, como mínimo, más de doscientas cosas inútiles). Y entonces ocurre que la frase que más utiliza un quiosquero novato es «de eso no tengo, pero me están por traer».

Más de la mitad de los argentinos ha sido dueño alguna vez de un quiosco. Y el 98% de la población tiene un amigo que trabajó en uno. El quiosco forma parte de la vida diaria de los argentinos, mucho más de lo que nosotros mismos imaginamos mientras vivimos allí. Solamente nos damos cuenta de la importancia de los quioscos el día que emigramos y desaparecen de nuestra vista.

A España sólo se muda la clase media argentina: el joven profesional, el futbolista incipiente, el cantante malo pero honrado, el psicólogo mentiroso, el publicista sensible y también su novia, la modelo descerebrada. Pero el argentino pobre se queda en casa. Y la verdad es que esta tendencia nos está matando. A nosotros, digo:

a los argentinos de clase media que vivimos en España, la ausencia de quioscos nos está dejando un vacío en el alma y otro, de dimensiones similares, en el estómago.

Como es por todos sabido, los argentinos no entramos a los quioscos por necesidad alimenticia, sino por angustia oral. Según un estudio, el ser humano que camina tranquilamente por la calle piensa en sexo cada ocho segundos. Los argentinos también, pero usamos los siete segundos restantes para fantasear con cosas rellenas de dulce de leche. Nuestro ritmo mental se comporta con esta cadencia:

—... teta, cabsha, fantoche, shot, cubanito, concha, jorgito, milka, tubbi tres, tubbi cuatro, culo, aero blanco, minitorta de águila, teta, cabsha, fantoche triple —y vuelta a empezar.

Cuando un argentino pisa España por primera vez y recorre los bulevares sin rumbo fijo, descubre a los quince minutos que algo va mal, muy mal en su paseo, pero no atina a descubrir qué es. Es como caminar por las calles de un mundo paralelo, casi idéntico, pero con siete errores. ¿Qué es lo que me pasa —se pregunta el argentino—, por qué me vienen estas ganas de llorar? Al rato, descolocado su aparato digestivo, el recién llegado descubre el fallo: ha andado más de veinte minutos por una avenida y no se ha topado con ningún quiosco.

Por lo general, la primera conversación entre un argentino recién llegado y un español es la siguiente:

—Disculpe, ¿me dice dónde hay un quiosco?

—¿De periódicos? —pregunta el español.

—No, no. De cigarros, biromes, chocolatines, hilo de coser, alfajores, tarjetas de teléfono, cinta scotch, libros, tornillos, hojas cánson, planisferios, revistas, pelotas de rugby, linternas, ginebra bols, desodorante, helados, alcohol fino, café, panchos con savora y desinfectante para matar sapos.

El español indica como puede:

—Vamos a ver —dice—. Los cigarros los encuentra en el estanco, el hilo en la tienda, los libros en los supermercados, el helado en la heladería, la comida rápida en un burger, los tornillos y la linterna en la ferretería, las hojas y el mapa en la papelería, la revista en el odontólogo, el alcohol en los bares, las pelotas de rugby en Francia, y lo demás no tengo ni pajolera idea porque no existe.

—¿Y los alfajores?

—De eso por aquí no hay.

—¿Y entonces qué comen ustedes cuando van por la calle?

—Generalmente cosas con atún o con chorizo.

—¿Y dónde compran eso?

—En la panadería.

El quiosco es una de las costumbres argentinas más difíciles de explicar a un español. Es posible que te escuche con atención y más tarde te diga «ya, ya,

entiendo», pero en realidad sigue en blanco. Sólo se hace una idea fugaz, pero no puede ir muy lejos con la idea. Su estructura moral no concibe que en un solo sitio se puedan conseguir todas las cosas del mundo, a cualquier hora del día o de la noche. El español medio no comprende el concepto de síntesis, ni la urgencia de tener un antojo a las tres de la mañana.

Hay otras muchas costumbres argentinas que el español no comprende: el peronismo, por ejemplo; la televisión por cable, la palabra «prolijo», el relato radiofónico de fútbol en donde el locutor entienda de fútbol, la ironía publicitaria, la autocrítica, el cine subtulado, etcétera. Son todas nebulosas difusas en el cerebro ibérico. Pero la ausencia del concepto «quiosco» es, de todas sus taras, la más grave.

El día que el español conozca las ventajas de los quioscos es posible que se convierta en una raza entretenida. En vez de gastarse las monedas en las tragaperras y las horas muertas en los bares, comería más alfajores y descubriría que nadie puede ser dichoso en un país en el que al chocolate duro lo rellenan con chocolate blando.

Es hora de que los argentinos pobres de Argentina descubran que hay que instalar los quioscos aquí, en España, donde de verdad hacen muchísima falta, y no en el propio barrio, donde ya el nicho está saturado y en caída libre.

Somos miles y miles los argentinos que, en España, no sabemos qué hacer cuando caminamos por la calle. Vamos en ayunas a los trabajos, no tenemos envoltorios que tirar en la vereda, hace años que no nos robamos un encendedor del estante de abajo, lustros enteros sin leer el horóscopo del bazooka. Y lo que es peor: estamos a punto de olvidar el olor de la bananita dolca, que es peor que olvidar el rostro de nuestras madres.

Necesitamos de la pobreza de nuestros hermanos en desgracia, queremos volver a sentir el suave cosquilleo del sobreprecio de las cosas. Estamos dispuestos a consentir que nos den mal el cambio, queremos abrir nosotros mismos la heladerita de los conogoles y congelarnos los dedos. Queremos los bonobon derretidos del verano y los guaymallenes de fruta que nadie quiere. Queremos esos sánquches espantosos que vienen adentro de un plástico. ¡Queremos quioscos!

Argentinos pobres: hay un mercado enloquecido que está pidiendo a gritos un quiosquero en cada cuadra de España. Somos capaces de subalquilar nuestras propias ventanas que dan a la calle, y de pintar a mano para ustedes un cartel que diga «kiosko», las dos veces con k, con tal de que se incorporen a nuestras vidas europeas y nos llenen las manos de sugus, aunque sean todos de menta. No nos importa que bauticen a sus quioscos con la primera sílaba del nombre de sus tres hijos menores. Es más, echamos de menos esos nombres espantosos.

¡Aquí! ¡Aquí, en la madre patria, es donde estamos ansiosos y vírgenes de quioscos! ¡No allá, que hay muchos, sino aquí! Necesitamos hombres tristes, esposas despeinadas, adolescentes drogados y abuelos paralíticos que, con cara de hastío y de

muerte en vida, nos vendan un paquete de cerealitas a través de una ventana.

Los estamos esperando, hermanos pobres; con los brazos abiertos, la sonrisa en la boca y los puños llenos de monedas de cinco, de diez y de veinticinco.

VI

La humanidad

La verdadera edad de los países

Una lectora sagaz me dice en el comentario 227 del artículo llamado España, decí alpiste, que «Argentina no es mejor ni peor que España, sólo más joven». Me gustó esa teoría y entonces inventé un truco para descubrir la edad de los países basándome en el sistema perro. Desde chicos nos explicaron que para saber si un perro es joven o viejo había que multiplicar su edad biológica por 7. Con los países, entonces, hay que dividir su edad por 14 para saber su correspondencia humana. ¿Confuso? En este artículo pongo algunos ejemplos reveladores.

Argentina nació en 1816. Tiene ciento ochenta y nueve años. Si lo dividimos por 14, Argentina tiene trece años y cuatro meses. O sea, está en la edad del pavo. Argentina es rebelde, es pajera, no tiene memoria, contesta sin pensar y está llena de acné. Por eso le dicen el granero del mundo.

Casi todos los países de América Latina tienen la misma edad y, como pasa siempre en esos casos, hay pandillas. La pandilla del Mercosur son cuatro adolescentes que tienen un conjunto de rock. Ensayan en un garage: hacen mucho ruido y jamás sacaron un disco. Venezuela, que ya tiene tetitas, está a punto de unirse para hacer los coros. En realidad quiere coger con Brasil, que tiene catorce y la poronga grande. Son chicos; un día van a crecer.

México también es adolescente, pero con ascendente indio. Por eso se ríe poco y no fuma inofensivo porro como el resto de sus amiguitos. Fuma peyote y se junta con Estados Unidos, que es un retrasado mental de 17 que se dedica a matar a chicos hambrientos de seis añitos en otros continentes.

En el otro extremo, por ejemplo, está la China milenaria: si dividimos sus 1.200 años entre 14, nos da una señora de ochenta y cinco, conservadora, con olor a pis de gato, que se la pasa comiendo arroz porque no tiene para comprarse la dentadura postiza. Tiene un nieto de ocho, Taiwán, que le hace la vida imposible. Está divorciada hace rato de Japón, que es un viejo cascarrabias al que todavía se le para la chota. Japón se juntó con Filipinas, que es jovencita, es boluda y siempre está dispuesta a cualquier aberración a cambio de dinero.

Después están los países que acaban de cumplir la mayoría de edad y salen a pasear en el BMW del padre. Por ejemplo Australia y Canadá. Estos son típicos países que crecieron al amparo papá Inglaterra y de mamá Francia, con una educación estricta y concheta, y ahora se hacen los locos. Australia es una pendeja de 18 años y dos meses que hace topless y coge con Sudáfrica; Canadá es un chico gay emancipado que en cualquier momento adopta al bebé Groenlandia y forman una de estas familias alternativas que están de moda.

Francia es una separada de 36 años, más puta que las gallinas, pero muy respetada en el ámbito profesional. Es amante esporádica de Alemania, un camionero rico que

está casado con Austria. Austria sabe que es cornuda, pero no le importa. Francia tiene un hijo, Mónaco, que tiene seis años y va camino de ser puto o bailarín, o las dos cosas.

Italia es viuda desde hace mucho tiempo. Vive cuidando a San Marino y a Vaticano, dos hijos católicos idénticos a los mellizos de los Flanders. Italia estuvo casada en segundas nupcias con Alemania (duraron poco: tuvieron a Suiza) pero ahora no quiere saber nada con los hombres. A Italia le gustaría ser una mujer como Bélgica, abogada, independiente, que usa pantalón y habla de tú a tú de política con los hombres. (Bélgica también fantasea a veces con saber preparar spaghettis.)

España es la mujer más linda de Europa (posiblemente Francia le haga sombra, pero pierde en espontaneidad por usar tanto perfume). España anda mucho en tetas y va casi siempre borracha. Generalmente se deja coger por Inglaterra y después hace la denuncia. España tiene hijos por todas partes (casi todos de trece años) que viven lejos. Los quiere mucho, pero le molesta que los hijos, cuando tienen hambre, pasen alguna temporada en su casa y le abran la heladera.

Otro que tiene hijos desperdigados es Inglaterra. Gran Bretaña sale en barco a la noche, se culea pendejas y a los nueve meses aparece una isla nueva en alguna parte del mundo. Pero no se desentiende: en general las islas viven con la madre, pero Inglaterra les da de comer. Escocia e Irlanda, los hermanos de Inglaterra que viven en el piso de arriba, se pasan la vida borrachos, y ni siquiera saben jugar al fútbol. Son la vergüenza de la familia.

Suecia y Noruega son dos lesbianas de 39, casi 40, que están buenas de cuerpo a pesar de la edad y no le dan bola a nadie. Cogen y laburan: son licenciadas en algo. A veces hacen trío con Holanda (cuando necesitan porro), y a veces le histeriquean a Finlandia, que es un tipo de 30 años medio andrógino que vive solo en un ático sin amueblar, y se la pasa hablando por el móvil con Corea.

Corea (la del sur) vive pendiente de su hermana esquizoide. Son mellizas, pero la del norte tomó líquido amniótico cuando salió del útero y quedó estúpida. Se pasó la infancia usando pistolas y ahora, que vive sola, es capaz de cualquier cosa. Estados Unidos, el retrasadito de 17, la vigila mucho, no por miedo, sino porque quiere sus pistolas.

Israel es un intelectual de sesenta y dos años que tuvo una vida de mierda. Hace unos años, el camionero Alemania (que iba por la ruta mientras Austria le chupaba la pija) no vio que pasaba Israel y se lo llevó por delante. Desde ese día, Israel se puso como loco. Ahora, en vez de leer libros, se la pasa en la terraza tirándole cascotes a Palestina, que es una chica que está lavando la ropa en la casa de al lado.

Irán e Irak eran dos primos de 16 que robaban motos y vendían los repuestos, hasta que un día le robaron un repuesto a la motoneta de Estados Unidos, y se les acabó el negocio. Ahora se están comiendo los mocos.

El mundo estaba bien así, es decir, como estaba. Hasta que un día Rusia se juntó (sin casarse) con la Perestroika y tuvieron docena y media de hijos. Todos raros, algunos mogólicos, otros esquizofrénicos.

Hace una semana, y gracias a un despelote con tiros y muertos, los habitantes serios del mundo descubrimos que hay un país que se llama Kabardino-Balkaria. Un país con bandera, presidente, himno, flora, fauna, ¡y hasta gente!

A mí me da un poco de miedo que nos aparezcan países de corta edad, así, de repente. Que nos enteremos de costado, y que incluso tengamos que poner cara de que ya sabíamos, para no quedar como ignorantes. ¿Por qué siguen naciendo países nuevos —me pregunto yo— si los que hay todavía no funcionan?

Al planisferio le sobran cosas

De chico coleccionaba estampillas. Las que más me gustaban eran las de los países que no existían más: Letonia, Estonia y el Tibet. Ahora hay muchas más naciones que no existen, que cambian el nombre, que desaparecen. La semana pasada, mirando la inauguración de los Juegos Olímpicos, me puse a pensar cómo sería el mundo si dejaran de existir los países de siempre.

Si desapareciera la Argentina del planeta la gente comería una carne dura, nerviosa, mal asada; pero nada más. No se solucionan los grandes problemas de este mundo. Lo peor que podría pasar, sin argentinos en el mundo, es que la costa catalana, en verano, se quedaría sin camareros. Argentina es uno de los muchos países que no le hacen mal a nadie. Y tampoco bien.

Lo mismo ocurre con España. ¿Qué pasaría si España no existiera? Poca cosa: los toros vivirían sin sobresaltos, morirían de viejos, y Daniela Cardone tendría que pasar el invierno en Buenos Aires. Si no existiera Francia, comeríamos otra clase de pan (eso ya me jode un poco). Y si no existiera Italia, la Fórmula Uno sería un poco más peleada. Nada del otro mundo.

Después están los países que, desapareciendo, le harían un favor involuntario a la humanidad. Por ejemplo, Etiopía. Por culpa de esta gente, en el mundo hay hambre y en atletismo no hay quien gane. Si no existieran los etíopes las carreras de cien metros llanos serían más emocionantes, y no nos sentiríamos tan culpables cuando tiramos las sobras del arroz con pollo a la basura.

Si, de un día para el otro, nos quedásemos sin Japón, toda la gilada que consume «manga» tendría que empezar a hacer algo productivo con su vida. Pero también hay muchas contras: sin los japoneses, tendríamos que volver a sacar las cuentas con los dedos y el mundo se quedaría sin turismo boludo. El turismo boludo es importantísimo, sobre todo para los países que no tienen paisaje. Vos ponés un monumento cualquiera, cobrás 11 dólares la entrada, esperás que lleguen los japoneses y al rato ya te crece el PBI.

Hay otros países que, de no existir, ayudarían a mejorar el paisaje de naciones vecinas. Si desapareciera San Marino, por ejemplo, Italia tendría un agujero en el medio, como el Cañón del Colorado, que se llenaría de turismo japonés. Si desapareciera Paraguay, Bolivia podría tener por fin un puerto y nacería una nueva raza: los bolivianos pescadores. Si desapareciera Chile, los alumnos de Sudamérica calcarían los mapas muchísimo más rápido y sin quejarse. Y si desapareciera Haití, la gente del Blockbuster tendría que poner las películas de zombies en la góndola de ciencia ficción.

Hay otros países que, al desaparecer, provocarían una especie de caos mundial. Inglaterra, sin ir más lejos. Si de la noche a la mañana desaparecen los británicos,

quedarían un montón de islas y peñones huérfanos y a la deriva alrededor del ancho mundo; isleños que de golpe no sabría a quién chuparle las medias, gente que tendría que recortar el ángulo superior de sus banderas y reintegrarse, con desgano, a esos países pobres que están tan cerca de sus costas como lejos de su corazón.

Y luego están los países necesarios. Sin ellos, el mundo sería peor en serio. Si no existiera Brasil, por ejemplo, América Latina sería un pasillo angosto para ir de Argentina a México, y nada más. El Barça sería un equipo de siete jugadores muy malos, y la música viviría en una frontera entre lo serio y lo solemne. Las mujeres del resto del mundo, si Brasil no existiera, no sabrían qué culos envidiar, y dejarían de ir a los gimnasios, provocando una irremediable tristeza masculina. Si no existiera Brasil, no tendría sentido enfocar las tribunas en los Mundiales.

Sin los chinos, Asia perdería la categoría de continente y pasaría a ser un fiordo, y el periodismo mundial tendría que archivar la bonita frase «fueron hallados por la policía en un sótano, malviviendo en condiciones infrahumanas». Si no existiera Rusia, la pornografía en Internet se quedaría sin fotos de adolescentes putas con carita virginal, y la mafia volvería a hablar en italiano, que es un acento que hace más simpático y querible al crimen organizado.

Sin Rumania, los coches del mundo no tendrían quién les limpiase los parabrisas en los semáforos. Sin Grecia, los relatores deportivos no se verían en la obligación de estudiar por la noche apellidos imposibles. Si no existiera Marruecos, los españoles entenderían que también hay delincuencia autóctona. Si no existiera Perú, Fujimori podría salir de Japón y hacer turismo boludo. Si no existiera Taiwán, estarían vacíos los desvanes donde guardamos las cosas que se rompen enseguida. Si no existiera Uruguay, los porteños tendrían el océano a la salida del subte. Si no existiera el Vaticano, no andaríamos todos como locos buscando la moneda de euro que nos falta para llenar el álbum.

A estas alturas del artículo, no pocos lectores están esperando la impostergable referencia a los Estados Unidos. Sospecho que casi todo el mundo se ha preguntado alguna vez cómo sería nuestra vida sin yanquis en el mundo. Qué perdemos y qué ganamos.

Estados Unidos es el grandote de la escuela, el que repitió dos veces, el descerebrado que no lideraba por derecho sino por anormal y por grandote. Si no existiera Estados Unidos, Canadá sería un continente, antes que nada. La televisión sería peor. El cine, mejor.

Y la mayoría de los países del mundo, igual que nosotros cuando al grandote pelotudo lo cambiaron de colegio, respiraríamos en paz.

Ya no sabemos qué inventar

El problema no es qué fue primero, si el huevo o la gallina. ¿A quién le importa, si las dos cosas están ricas? El problema es quién descubrió que el huevo se come. O quién fue el visionario que dijo «tomen de esa leche y van a ver qué gustito». ¿Qué hacía alguien chupándole las tetas a una vaca? En la prehistoria, creo yo, la gastronomía y la zoofilia eran ramas de una misma ciencia.

Si te ponés a pensar, hay muchísimas cosas que comemos, hacemos y usamos a las que —hoy— no le hubiésemos descubierto la utilidad. El huevo de gallina es la que más me sorprende. Yo, por ejemplo, si fuera un señor prehistórico, me podría estar cagando de hambre que ni de casualidad me como un huevo. ¿Cómo me voy a comer un feto, y para peor viscoso? Jamás se me cruzaría por la cabeza decir:

—Mirá qué loco, Grock: si agarro este futuro pájaro, lo pongo 12 minutos en agua hirviendo, lo pelo y le echo sal, ¡es la cena!

Porque ahora todo está en las góndolas y cualquiera es guapo, pero antes había que andar comiendo cualquier porquería para encontrar algo decente. ¡La de antiguos que se deben de haber muerto mientras probaban cosas!

Porque la historia la escriben los que ganan, dijera Litto Nebbia; la escriben los que descubrieron el huevo, la leche de vaca, la ricota, la crema enjuague y los champiñones. ¿Pero qué hay del que se comió una avispa para ver si era rica? ¿Dónde está el monumento del mártir que dijo «a ver qué onda si me lavo el pelo con fuego»? Yo no he visto, bautizando ninguna calle, los nombres de estos héroes silenciosos. ¿Y por qué? Porque la sociedad es exitista.

Los grandes inventos nacieron de una casualidad, dicen los sabios, pero no es cierto. Y te ponen como ejemplo lo del lechoncito asado. Antes el chanco joven era una mascota familiar, incluso un guardián muy fiel de las fincas. Hasta que un día se incendió una casa con un chanco adentro, y nació el lechoncito asado. Para cocinar el segundo lechoncito, los prehistóricos, que eran muy básicos, tuvieron que quemar otra casa con un chanco adentro. Y así pasaron años, hasta que alguien descubrió el agua. ¡El genio es ése, el que dijo «basta de quemar las casas hasta el final, muchachos, acá les traigo una manguera»!

Hablando de fuego, otro inventor injustamente olvidado fue el que descubrió que si te ponés un encendedor en el culo —un segundo antes del pedo— te sale una llamarada. Porque ahora lo hacemos todos, tanto sea para amenizar una fiesta como para arrancarle carcajadas a la Nina. Pero hubo alguien que lo tuvo que inventar. ¿Qué estaba haciendo ese tipo, por qué andaba metiéndose un encendedor en el orto, con qué fin? Ese descubridor anónimo y desprestigiado también es un genio, mucho más que Magallanes y gente así.

¿Y el que inventó que para pedir un café —cuando el mozo está lejos— hay que

levantar la mano y fingir que se está sosteniendo la nariz del hombre invisible? ¿Quién fue ese genio del hiperrealismo? O más bien: quiénes fueron esos genios, porque el camarero que vio ese ademán tan ambiguo y lo entendió como «por favor, un café» también era un adelantado para su época.

Somos animales de costumbres los cristianos, no hay duda. Casi todo lo que hacemos lo hacemos porque sí. No nos preguntamos nada. Y por eso últimamente no hay grandes inventos como antes. «Ya está todo inventado», decimos, y nos sentamos a esperar a ver qué hace Bill Gates, o Tinelli.

Hay gente que dice que en esta época se está inventando casi todo. Mentira. No me van a comparar el huevo (esa genialidad) con el teléfono con politonos. Los inventos de ahora tienen muchos botones y lucecitas y son en apariencia muy fashion, ¿pero cuánto hace que no inventamos algo simple como la leche, la llamarada del culo o el lechoncito asado? ¡Siglos, hace!

—Algo bueno habremos inventado en esta época, che —dirán ustedes—, por ejemplo, la valija con rueditas.

Sí, es cierto; ése es el invento contemporáneo más útil, pero también es la prueba de que somos todos una manga de tarados mentales. La rueda, que yo sepa, se inventó hace como mil años, y la valija común en el 726 D.C.. ¡Catorce siglos estuvimos llevando las valijas en la mano, habiendo ruedas!

¿Por qué tardamos tanto en ponerle bolitas redondas a la valija, si las dos cosas separadas existieron siempre? ¿Por qué la Samsonite portátil apareció en el siglo veinte? Porque somos todos unos pelotudos y unos cómodos que ya no sabemos qué inventar para no tener que inventar más nada.

Elogio a la punta de la lengua

¿Cómo se llamaba el cuatro de Ferro que ganó el metropolitano del '81? ¿Quién era aquel peladito que trabajaba en La Tuerca? ¡Ay, qué fácil es todo para ustedes, los jóvenes! En nuestra época, querido nieto, podíamos estar días enteros con un cosquilleo mortal en la yema de los dedos a causa de un dato que estaba ahí, a punto de salir, y que no salía. Entre las cosas muertas del pasado, entre los cadáveres que ha dejado Google a su paso, lo que yo extraño es tener cosas en la punta de la lengua.

—Me sale Recabarren, pero no es Recabarren —decíamos, con gesto de dolor, y crispábamos las manos.

—¡Gurundarena! —saltaba algún amigo que se había sumado a nuestra lucha—. ¿No es Gurundarena? O Gorostiaga, o algo que empieza con gé...

—No. Empieza con erre, o lleva erre en alguna parte —asegurábamos nosotros sin ninguna convicción, y nos quejábamos—: ¡La concha de la lora!

Como el bostezo, el olvido parcial era contagioso en nuestros tiempos. A la media hora de generada la duda, nuestro amigo, aquél al que habíamos consultado confiando en su buena memoria, estaba igual que nosotros: desesperado. Y consultaba a otro amigo, y éste a otro más, y la rueda se hacía infinita.

Llegaba un momento en que la mitad de la población de Mercedes dejaba lo que estaba haciendo, paralizada por la necesidad de saber cómo se llamaba aquél actor secundario de Calabromas que no hablaba, o el apodo de un baterista que había sustituido a Oscar Moro durante un mes, en dos conciertos que Serú Girán había dado en Chile en 1979.

Siempre había un idiota que, inmóvil en la mesa del bar o harto de darle vueltas a lo mismo, decía la siguiente pelotudez:

—Van a ver que cuando dejemos de pensar en eso, sale solo.

¡Claro que salía solo! Pero el problema no era ése; el problema era que no se podía, ni con la ayuda de los bomberos, dejar de pensar en el tema. La palabra extraviada, fuese la que fuera, se instalaba en todos los rincones del cerebro como un virus mortal, y nos impedía continuar con la actividad que veníamos desarrollábamos antes, que casi siempre era hacer la Claringrilla o mirar culos por la ventana.

Si en aquellos tiempos, querido nieto, alguien nos hubiera vaticinado que en el futuro iba a existir un motor llamado Google, donde luego de insertar las hilachas de una duda y, presionando un botón, saltarían frente a nuestros ojos todas las respuestas del mundo, habríamos desvalijado al informante en busca de los restos del porro que se había fumado. No le habiéramos creído; nos habría resultado imposible y, al mismo tiempo, aterradora, la sola idea de un mundo de respuestas a domicilio.

Y es que había algo de masoquismo en esa sensación prehistórica, en el dulce

devaneo de haber olvidado algo que sabíamos y que nos era familiar. Queríamos sacarnos el peso de encima, sí, deseábamos más que nada el mundo que la respuesta llegase de repente a la cabeza, pero a la vez flotábamos en aquel mar de la duda con placer y no queríamos perder la sensación de la agonía.

Según aseguraban los psicólogos en esos años, cada persona tenía (aunque lo desconociera) un sistema de claves para acceder a la información perdida, basándose en las palabras falsas que nos llegaban a la cabeza en sustitución de la real.

Por ejemplo, si la palabra olvidada era «Mister Ed» y todo el tiempo la memoria nos devolvía «Demetrio», era posible (según los estudiosos) que nuestro sistema de claves nos devolviera en el futuro las dos primeras letras cambiadas: DEMetrio comienza como acaba misterED.

Estas claves eran personales, porque si a mí me salía «demetrio» y al Chiri le salía «terracota», en su caso TERracota tenía tres letras iniciales que se correspondían con la parte media de la palabra olvidada: misTERed.

Por supuesto, jamás dimos con la clave de nadie, porque hubiera sido trampa.

Lo realmente desconcertante de esta enfermedad mental ocurría siempre a las dos o tres de la madrugada, cuando, por fin, recordábamos lo que se había extraviado. La sensación de recordar era paradójica porque, en vez de alegría, nos causaba congoja:

—¡Vicente Rubino era! —gritábamos, solos en nuestra habitación, quince horas después—. ¡Vicente Rubino, la puta madre que los recontra mil parió! Vicente Rubino, mirá vos qué boludez... Mañana lo llamo a Chiri y le digo.

Lo mismo nos pasaba si nuestro amigo era el que finalmente descubría la palabra. Al darnos la noticia, al día siguiente, nuestra reacción no era la que esperábamos.

—Víctor Hugo Vieyra —decía Chiri, incluso antes de saludar.

—Es verdad, claro... ¿Qué se habrá hecho de ese tipo?

—No sé, pero me salió anoche, mientras cagaba.

La recuperación de la información le quitaba toda la magia al acontecimiento. Entendíamos que lo intenso no consistía en conocer los datos perdidos, sino en buscarlos larga, desesperada, inútilmente durante toda la tarde en los bancos de la plaza San Martín.

Y era por eso que cuando, solos en la habitación o viajando en tren, recuperábamos sin querer la palabra olvidada, éramos capaces de dar nuestros mejores discos a cambio de volver al segundo anterior del hallazgo, y ubicarnos otra vez en ese terreno gelatinoso y vibrante, en la punta misma de la lengua, donde no sabíamos nada y cada cosa era posible, los tiempos en que Google no existía, querido nieto, los años en que todas las respuestas del mundo dependían de la buena memoria de un puñado de amigos.

Acordate de olvidarte

Tengo la teoría de que la carcasa de la cabeza tiene un espacio limitado, y que cada vez que memorizás una información, otra información ya antigua se cae, se pierde, se muere. ¿Pero escogemos lo que borramos, o eliminamos al azar? Elegir lo que vamos a olvidar es lo que diferencia a los humanos de los primates y de las cajas del Carrefour.

Por ejemplo conocés a alguien y te dice: «Hola, me llamo Carlos». Como sabés que durante toda la conversación vas a tener que recordar ese nombre para no quedar como un desubicado, lo memorizás: «carlos, carlos, carlos...». A continuación, con el objeto de dejar espacio y que la cadena de caracteres «carlos» te entre cómoda en el cerebro, das de baja otro recuerdo al azar, por ejemplo la marca del segundo auto que tuvo tu papá. Amiocho, Amioch, Amio, Ami, A... ¡Plop!.

Hasta ahí vamos bien. ¿Pero qué pasa cuando querés memorizar una imagen pesada, un culito inolvidable que va por la calle, por ejemplo? Ocurre que tenés que borrar algo también de mayor valor, más o menos de 100k.

Yo, por ejemplo, cuando veo un culo recordable, elimino automáticamente de la cabeza a dos o tres compañeros de la primaria, que los tengo ahí guardados al pedo. ¡Ojo! No sólo hay que olvidarse los apodos, sino de todo: la cara, la voz, el apellido... (Un apellido español pesa 32bytes; un apellido ruso, 4k.)

Si ayer, miércoles 26, tuviste un día movido y hoy te querés acordar del día enterito, lo mejor es que borres algún pasaje tonto de los años ochenta. Recomiendo eliminar algún día de invierno, que casi nunca pasaba nada. Cuidado, no elijas 1982 o 1986 porque había Mundial, y capaz que te olvidás de algún partido importante.

Otro buen consejo es zipear, sobre todo en la época de estudiante. Cuando sos adolescente, empezás a ver a las primeras chicas en pelotas, tenés alucinaciones interesantes con ácido, tus amigos tienen caras graciosas; es decir: casi todo lo que te pasa está bueno. Por eso cuesta tanto estudiarse de memoria los nombres de los ríos de Argentina. En esas épocas te conviene usar la mnemotecnia.zip o directamente el machete.rar (y después del examen eliminar los archivos enseguida; lo podés hacer a mano o con porro. A mano es más selectivo; con porro te olvidás hasta del Paraná).

Lo que no hay que hacer nunca es eliminar al azar, porque la cabeza es muy hija de puta. Yo antes de ser inteligente borraba a ciegas; un día, para acordarme de memoria el teléfono que una chica me dio en una boîte, eliminé por error la cara de mi vieja. Gestos, color de ojos, tintura, ¡todo! Fue un garrón, porque trasca la chica me había dado un teléfono falso.

Otra cosa muy peligrosa es hacerse el Funes y no borrar nada. Mi amigo el Chiri, en una época, se acordaba de todo. Yo le preguntaba, por ejemplo:

—¿Te acordás esa vez que fuimos a ver un Racing-Cruzeiro al club Belgrano?

—Mil nueve ochenta y ocho —me canchereaba—, final de la Supercopa, uno a cero con gol de Catalán, vos tenías una camisa cuadriyé y desde ahí nos fuimos por la 31 a buscarlo a Talín. 23 grados. Al otro día llovió un rato.

Era admirable su capacidad de compresión, pero por contrapartida le salían muchos granos y se quedó miope. El otro día hablé por teléfono con él y me asegura que ya no se acuerda de nada, que anota todo en un papel que tiene pegado a la heladera. Lo bien que hace.

Hablando de Funes. El otro día con mi amigo el William llegamos a la conclusión de que Borges se sabía tantos libros de memoria no porque fuera inteligente sino porque todos sus recuerdos son .txt (dado que el .jpg y el .avi no son compatibles con la gente ciega).

—¡Así cualquiera! —se quejaba el William.

Cuando nació la Nina presencié el parto. Y para guardar esos milagrosos 17 minutos en alta definición, tuve que eliminar un montón de información, alguna muy útil. Elegí olvidarme del año 1979 entero, y como faltaba espacio tiré también el archivo Capitales_de_Asia.mdb, y una carpeta con los nombres reales de todos los actores del Chavo, que me venían bien para las conversaciones posmodernas. Lo siento mucho, pero una hija vale más que eso.

Pero igual tengo cosas que quiero borrar y no puedo. La noche que se murió mi abuelo Salvador, por ejemplo, fue la única vez que lo vi llorar a mi viejo. A esa madrugada la debo haber guardado como archivo de sólo lectura, o con una contraseña encriptada. Porque me pesan mucho esas imágenes en la clínica, son como tres megas, y sin embargo no me las puedo sacar del marote.

Los quiénes y los porqué

Los argentinos y los españoles habitamos en las dos puntas más extremas de la cuerda psicoanalítica. Nosotros vamos al psicólogo sin prejuicios y en masa, como quien concurre a la matiné de los domingos; ellos lo hacen con gafas de sol y a escondidas del barrio, como quien decide ir por primera vez a un cine porno para ver una cinta chancha. Y ni siquiera. En realidad no conozco a ningún español que vaya al psicólogo por propia voluntad. Suelen llevarlos los parientes cercanos cuando huelen el suicidio o la debacle.

Esto ocurre porque el español contemporáneo todavía no sabe exactamente en qué consiste estar deprimido. Muchos lo confunden con la jaqueca, otros con el dolor de espalda y la mayoría supone que la depresión es un deseo irrefrenable de pasar por el bar de camino a casa. Quizás por eso hay tantos bares.

Si bien la diferencia frívola entre nuestras dos culturas tiene que ver con la incompatibilidad gastronómica y otras idioteces a las que suelo referirme siempre aquí en Orsai, el gran desencuentro —la diferencia profunda entre españoles y argentinos— reside en que, por culpa del mucho psicoanálisis o su ausencia, somos incapaces de comunicarnos en la misma frecuencia emocional.

Un español y un argentino pueden hablar de fútbol, de trabajo, de amor, de política y de casi cualquier cosa; pero no les está permitido conversar sobre nada. Hablar de o hablar sobre, ahí está la cuestión. La diferencia entre estas preposiciones parece mínima a simple vista, pero no lo es.

Para hablar de amor, por ejemplo, sólo es necesario saber a quién le ha ocurrido qué. Para hablar sobre el amor, en cambio, es obligatorio analizar por qué ocurren ciertas cosas en el alma humana. Nosotros nos comunicamos a través de ideas abstractas, muchas veces densas y enroscadas, mientras que ellos lo hacen desde la circunstancia y la anécdota.

—A ver, tío, vé al grano o ponme un ejemplo —dirá en este momento el lector español, si es que queda alguno.

—Lo siento en el alma, querido amigo, pero los argentinos no sabemos ir al grano. Ése es el mejor ejemplo.

Hemos nacido y crecido, a veces sin desearlo, en una sociedad psicoanalizada. No todos somos moradores habituales del diván, es cierto, pero cada uno de nosotros tenemos una madre, un hermano, un jefe o una secretaria tetona que todos los martes y jueves hacen terapia y regresan con los ojos en compota. Estamos habituados al discurso, al recurso y al método analítico.

No; no podemos ir al grano.

En nuestro lenguaje coloquial utilizamos los neologismos depre, neura, masoca y persecuta como quien dice agüita fresca, y también hemos creado los verbos

histeriquear, paranoiquear y sicopatear (tuvimos que inventarlos porque no podríamos armar una frase sin conjugar alguna de esas acciones). El argentino medio conoce las diferencias básicas entre la terapia freudiana y la gestáltica. El español medio, a fuerza de ir siempre al grano, todavía sigue confundiendo psicología con psiquiatría.

En realidad, nos resulta imposible profundizar con los nativos porque en España existe el culto del quién. En las conversaciones privadas, en los debates públicos, en los enfrentamientos políticos, en los titulares del periódico, en las charlas de sobremesa y en el cotidiano discurrir de cualquier diálogo español es necesario, es urgente y fundamental, saber a quién le ha ocurrido o de quién se está hablando.

—No estoy de acuerdo, argentino. Yo no soy así. Estarás refiriéndote a los madrileños, a los andaluces o a los gallegos. No a mí. ¿De quién estás hablando exactamente?

Quién. Necesitan saber el quién. Difícilmente les interesa el por qué.

Aquí sólo se habla de arte, de literatura, de política, de humor o de sexo cuando hay un cotilleo de por medio. Al no ser éste un país con costumbre de psicoanálisis, ni de sobremesa filosófica, es muy difícil que alguien quiera preguntarse, alguna vez, el por qué de las cosas que ocurren. Por qué no podemos reírnos de nosotros mismos. Por qué todos los días un marido sexagenario mata a su mujer a hachazos y después se tira del balcón. Por qué nuestros hijos intimidan a sus profesores. Por qué tenemos una derecha tan caricaturesca que da risa y una izquierda tan hipersensible que nunca entiende el chiste. Por qué aunque ahora tengamos el dinero seguimos sin tener la felicidad. Etcétera.

El largo tentáculo de la prensa rosa ha invadido todos los campos de la comunicación española, y sus ideas. Ya nadie se pregunta por qué, o peor: nunca se lo han preguntado. Nadie se recuesta en el diván, nadie cierra los ojos y mira serenamente su pasado o su interior. Todo el mundo está ansioso por saber a quién, y después cuándo, y después, si queda tiempo, dónde. A quién se refiere este cómico cuando dice la puta España. De cuántos hachazos mató este señor sexagenario a su mujer. En qué comunidad autónoma los hijos de quién intimidan a sus maestros (porque en la mía no). Qué ha dicho esta mañana el periodista facha que siempre dice cosas fachas. Quién le ha respondido desde el otro lado y cuál fue el insulto progre que usó esta vez. Cuántos euros me han subido el salario y dónde coño está mi hijo que nunca me da un abrazo.

Nunca por qué.

A nosotros nos ocurre lo contrario, y también es un desastre, el gran desastre nacional. A cada charla, por más estúpida o superficial, la seccionamos con bisturí y la teorizamos, la recurrimos, la impugnamos y la cortamos en pedacitos. Conversamos sobre nuestras cosas y nuestras acciones hasta quitarles el sentido. Cada sobremesa entre amigos se convierte en terapia de grupo. Histeriqueamos,

psicopateamos, somatizamos y sublimamos hasta volvernos psicóticos. Siempre alguno de nosotros acaba llorando, otro pegando el último portazo de su vida y un tercero descubriendo su homosexualidad. O su desesperación. O su destino de exiliado quejumbroso, y se va a vivir a España.

Los argentinos y los españoles somos dos familias destrozadas. Estamos hechos mierda por motivos tan diferentes, tan extremos y extrañamente tan idénticos, que parecemos rostros calcados en el dorso y el anverso de la misma hoja. Una de estas familias, de tanto gritarse las verdades a la cara, de tanto sacar la mierda a la luz del día, de tanto hacerle la autopsia al desencanto, se ha quedado desnuda y mutilada, sin saber quién es el asesino. La otra familia no habla sobre el tema de su dolor, no sabe no contesta, no encuentra los por qué de su desdicha y, por no poder, no puede ni mirarse en los ojos de su hermano. (Cuando España hace un gol, medio país no está saltando.)

Le hizo muy bien a la Argentina, hace setenta años, recibir en su pampa a los gallegos laburadores que después fueron nuestros abuelos. Y le hace bien a España, en estos tiempos, mezclarse con tanto charlatán de feria, cancherito y bocasuelta. El vecino que llega desde afuera, desde el mundo contrario, nunca trae las respuestas exactas que calman nuestro dolor, pero muchas veces, a fuerza de ser extraño o extranjero, nos acerca las preguntas adecuadas.

Quién y por qué.

Nosotros, los argentinos, deberíamos aprender a bajar dos cambios en la retórica del por qué y preguntarnos, de verdad, quién carajo nos ha hecho tanto daño. (Cuando Argentina hace un gol, los diputados se suben el sueldo porque todo el mundo está saltando.) Deberíamos matar de una vez al padre de todas nuestras miserias. Aprender de los españoles, al menos, esa mínima enseñanza.

Y ellos, está claro, deberían saber que ya es hora de sentarse en el diván, entrecerrar los ojos, y empezar a preguntar por qué.

Epílogo

Hace seis años también era domingo

Hace seis años yo vivía en una casita alucinante, en miniatura, que parecía el decorado de una sit-com. En realidad lo era, porque me la alquilaba un alemán que había trabajado durante veinte años como escenógrafo de Canal 13, y la había puesto a punto con sus propias manos. Era todo chiquito y placentero, y tenía una barra de madera que separaba la cocina del comedor. Y taburetes. También había un jardín, con un horno de barro y una parrilla. Y no tenía Internet. Hace seis años mi vida era la prehistoria.

Hace seis años todavía estábamos en el siglo pasado. Yo escribía sonetos, vivía del otro lado del Atlántico, era veinteañero, trabajaba de noche, no tenía una hija, jugaba al paddle todos los miércoles, tenía una novia de dieciocho años que se desmayaba cuando hacía calor, en mi casita de comedia se hacían fiestas muy raras, se jugaba al póker abierto, y me había comprado un sommier de plaza y media con resortes bicónicos. No tenía Internet ni me parecía importante. Hace seis años mi vida eran unas vacaciones.

Bronceador, desengaños, esterillas,
juegos de azar, amor, esfuerzo y cena...
Vivir son unas cortas maravillas
que nos dejan las manos con arena.
Con la excusa de la comida paga
nos quitan de lo incierto y nos devuelven
—desnudos— a recomponer la saga
de misterio en que todo se resuelve.
Vano entonces decir amor eterno,
plazo fijo, quizás, ella te espera,
financiación, después, futuro yerno...
No hay razón de llenar las cubeteras
si vivir es la breve temporada
que nos distrae del yugo de hacer nada.

Era eso: ¿para qué hacer planes, hace seis años, si no había nada que me cambiara el rumbo? Me costaba escribir «dos mil» cuando había que poner la fecha, porque habían sido décadas enteras de poner «mil novecientos». Me costaba también aceptar que había crecido, que ya no era un adolescente, que la vida podía ponerse peligrosa de un momento a otro, que posiblemente el amor fuese una farsa, y entonces también yo. ¿A quién podía preguntar sobre mis dudas, si en casa no estabas vos por la mañana?

Hace seis años tenía un teléfono celular de un kilo y medio que sonaba demasiado por la noche; un jefe rengo hinchado de Racing que me quitaba cien pesos del sueldo si llegaba diez minutos tarde; un pájaro gigante que cantaba los sábados en el patio y se llamaba Juancarlos (yo lo había bautizado así); tenía un jazmín, tenía un helecho y tenía también el recuerdo de otro pasado menos bueno. Hace seis años mi vida era una primavera que empezaba tarde.

Yo fui invernal. En mis antiguos vuelos
quise batir el récord de lo oscuro
para que en mis espaldas de deshielo
me crecieran las alas de Epicuro
y así volar al ras del subterráneo
y aterrizar en sótanos y cloacas,
sin sol dermatológico o cutáneo
y con miedo a la cruz y a las estacas.
Yo fui invernal; viví congestionado,
amarillento y pobre de suspiros,
tan ajeno del verde y del dorado.
Cálido hogar, hoy salgo al patio y miro:
sonríe el horno de barro, el helecho
y el jazmín, porque el cielo está al derecho.

Hace seis años yo vivía en el barrio de Belgrano, a dos cuadras de Cabildo y Juramento, en una casa que, si la hubieras visto, te habría parecido demasiado masculina. Escribía sonetos y dibujaba monigotes con crayones que se me quedaban pegados en las manos. Leía desesperadamente a Camilo José Cela: sólo me faltaba un libro suyo, que no podía conseguir por ningún lado. Cada quince días visitaba a mi hermana y su familia en La Plata, cada quince días a mis padres en Mercedes, cada quince días a Chiri y su familia en Luján. Hace seis años yo me subía a los colectivos de media distancia para recorrer distancias que ahora me parecen imposibles.

Eso es raro, ¿ves? Hace seis años la nostalgia me quedaba a cien kilómetros. Mi esquina del barrio de Belgrano era entonces el «afuera». Yo era un mercedino que vivía en la capital: no echaba de menos la batata, ni el dulce de leche, ni el bombardeo televisivo pre-Mundial, sino caminar de noche por la Avenida Cuarenta. Era una melancolía fácil de arrastrar, una saudade que ahora me parece de juguete. Hace seis años el exilio se combatía subiendo a un 57 en Plaza Italia.

y entonces de repente miré el cielo
fragmentado de cabildo y olazábal

y descubrí que en todos estos años
nunca jamás hubo estrellas fugaces
y que el virtuoso del subte de olleros
vive cantando al amor desgarrado
pero no oí a nadie cantar junio brusco
nunca jamás como a eduardo byrne
ni tampoco pasó un motociclista
por corrientes y carlos pellegrini
que se paró para fumar conmigo
y avisarme en qué quinta era la fiesta
fui feliz en la plaza del congreso
y desdichado en un zaguán de urquiza
pero no tan feliz ni desdichado
como en algún lugar de la Cuarenta

Hace exactamente seis años era un fin de semana cualquiera. Era un domingo, igual que ahora. Y me tocaba ir a Mercedes a visitar a mis padres. Ellos se habían comprado una computadora y querían que les conectara Internet. Yo no tenía Internet, pero no creí que fuese nada del otro mundo conectarlo. A la mañana me fui un rato a caminar por la Cuarenta, fumando tranqui, sin saber que sería el último día de mi vida sin saber quién eras.

Hace seis años, a la tarde, mi padre quiso que lo instruyera sobre cómo funcionaba un chat, para poder vigilar a su nieta de ocho años cuando se conectara. No quería problemas ni cosas raras. Abrimos entonces un portal cualquiera y le empecé a explicar (casi sin saberlo) cómo había que hacer para conversar con gente.

Hace seis años, a la misma hora, a vos te había dado risa un banner en Internet que utilizaba la forma verbal de Argentina. La publicidad rezaba: «Hacé clic y conectáte en un periquete», o algo parecido. Te preguntaste, curiosa, cómo sería un chat donde toda la gente usara mal los acentos de los verbos y dijera palabras raras, y te metiste en un portal de Argentina.

Pudo no haber pasado nunca, como todas las cosas de este mundo. Pero pasó justo de esa manera y ahora hace seis años. Yo vi, entre la turba de gente parloteando al mismo tiempo, a alguien que era de España y que no hablaba. Me acordé del libro de Camilo José Cela, el que no podía conseguir por ninguna parte, y entonces te pregunté:

- ¿Sos de España?
- De Barcelona.
- ¿Conocés a Cela?
- Claro.

Le dije a mi padre: «¿Ves? Así es como se usa un chat, podés hablar por acá con todo el mundo al mismo tiempo, o por acá con una persona sola». A mi padre le pareció bien y me cebó un mate. En media hora empezaba Racing-Independiente y lo pasaban en directo, así que se fue a la pieza para conectar el cable trucho y preparar los sillones. En el monitor había una frase nueva, desde hacía un rato:

—¿Por qué lo preguntas? —decían tus letras, parpadeando.

Hace seis años, más o menos a esta hora, decidí seguir hablando un poco más con vos, por lo menos hasta que empezara el partido.

Era el 14 de mayo del año 2000 y yo todavía no sabía que Racing iba a perder dos a uno con un gol de Cambiasso en el complemento, ni que vos te llamabas Cris, ni que al final de aquel siglo viejo nos abrazaríamos en el aeropuerto Charles de Gaulle, ni que andaríamos por París esquivando la nieve, ni que tendríamos esta casa, y después esta hija, y después esta historia.

Yo sé que me quejo mucho, y que extraño todo, y que te cuesta soportar mi adolescencia y mis pataleos. Yo sé que estás cansada de oírme decir cuánto me gustaba mi otra vida, mi otro siglo y mi otro mundo. Y que me paso el día mirando la tele argentina y escribiendo boludeces en contra de España, y tratando de que la Nina no aprenda nunca catalán, y diciendo en las sobremesas con amigos que no sabés cocinar ni un huevo frito. Pero una vez cada seis años también soy capaz de decir la verdad; solamente una vez cada seis años, porque escribir cursi me saca sarpullido. Así que escucháme bien, porque la próxima es en el 2012: la verdad, la puta verdad de todo este asunto, es que jamás he sido tan feliz como en estos años.



HERNÁN CASCIARI nació en Mercedes, Buenos Aires, en marzo de 1971. Es escritor y periodista. Ha recibido el Primer Premio de Novela en la Bienal de Arte de Buenos Aires (1991), con la novela *Subir de espaldas la vida*, y el premio Juan Rulfo (París, 1998), con el relato *Ropa sucia*. Desde el año 2000 está radicado en Barcelona, desde donde ha escrito una serie de blogonovelas pioneras en la literatura por Internet. En febrero de 2004 comienza a escribir artículos, ensayos y piezas cortas de ficción en su blog personal *Orsai*. Ha publicado las novelas *El pibe que arruinaba las fotos* y *Más respeto que soy tu madre* (que adaptó al teatro con gran éxito Antonio Gasalla), y los libros de relatos, *España, decí alpiste*, *El nuevo paraíso de los tontos* y *Charlas con mi hemisferio derecho*. Sus libros han sido traducidos a varios idiomas. Hasta septiembre de 2010 fue columnista semanal de opinión en *El País* (España) y *La Nación* (Argentina), periódicos a los que renunció para embarcarse en el proyecto *Orsai*.